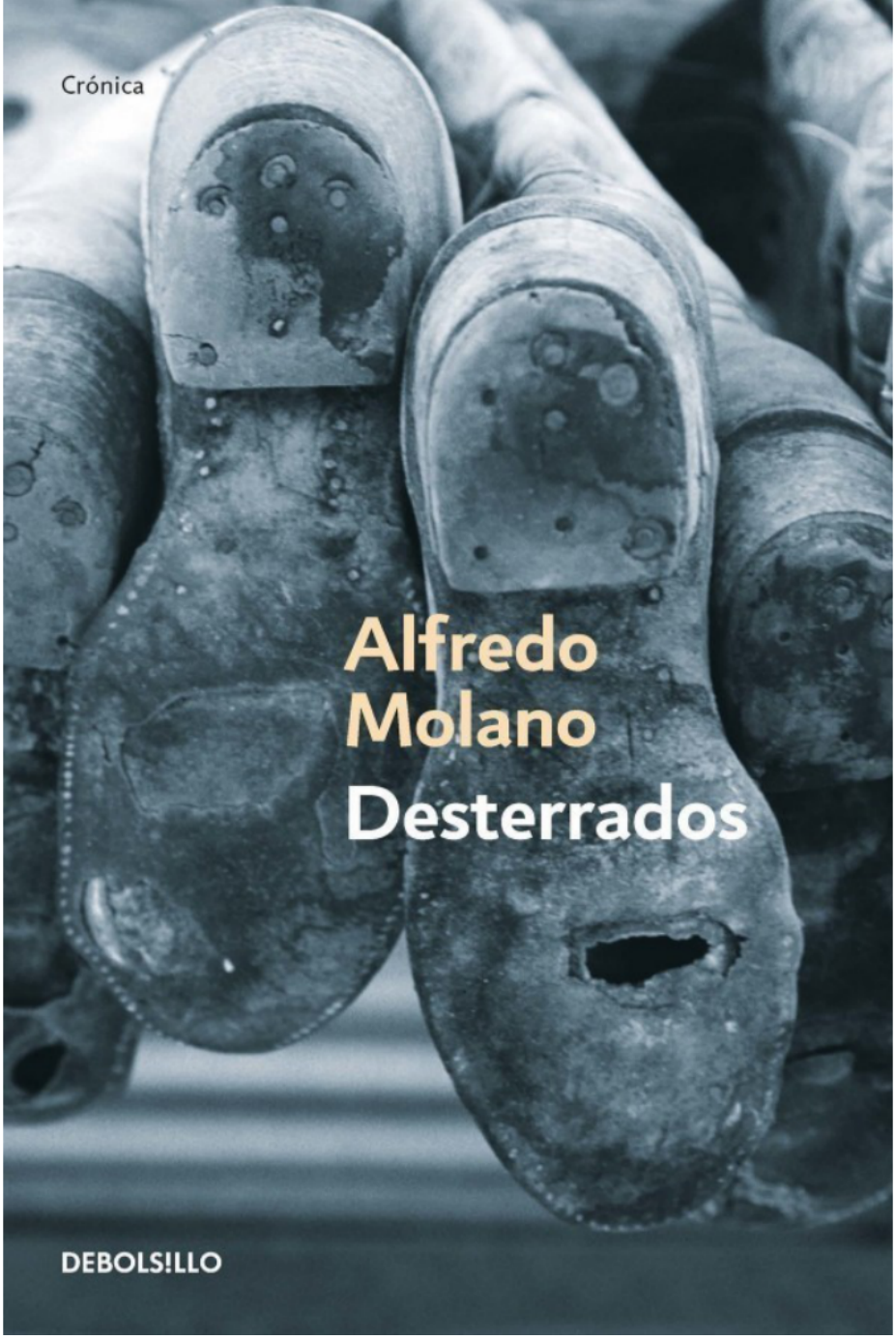

Crónica
Alfredo
Molano
Desterrados
DEBOLSILLO

Alfredo Molano

Desterrados

Crónicas del desarraigo

Debolsillo

SÍGUENOS EN

megustaleer

Me Gusta Leer Colombia

@megustaleerco

@megustaleerco

Penguin Random House Grupo Editorial

A Mónica Restrepo,
cuya risa derrota la muerte.

Buenos días, memoria terca,
buenos días, sangre seca,
buenos días, hueso acostado,
buenos días, aire sin mano.
(Pensar en hacer burbujas
con el corazón ahogándose.)

JAIME SABINES

1. Desde el exilio

Decidí escribir este libro cuando abrí la puerta del piso al que llegué en Barcelona una tarde triste y oscura de febrero, hace cerca de tres años. El silencio me golpeó la cara, y el vacío —lo confieso — hizo vacilar mis convicciones. Atrás quedaban los pronunciamientos con que enfrenté, ante mis lectores y ante mis hijos y mi gente, las amenazas de muerte firmadas por los paramilitares, amenazas que no fueron las únicas ni las más peligrosas. El paramilitarismo es una vieja estrategia de un sector poderoso del establecimiento, que ha contribuido a impedir que prospere una salida civil del conflicto armado. En Colombia casi todo campesino puede decir que su padre, o su tío, o su abuelo fue asesinado por la fuerza pública, por los paramilitares o por las guerrillas. Es la diabólica inercia de la violencia, que desde antes de 1948, año del asesinato de Gaitán, ha dejado más de un millón de muertos.

Sin embargo, mi exilio se remonta al tiempo en que arrumé los libros, dejé de escribir informes técnicos y abolí la pretensión de entender nuestra realidad desde un escritorio. El rompimiento se produjo cuando a comienzos de los años ochentas me topé con una anciana que me contó su vida, que había sido una continua huida. A sus abuelos se los habían llevado las tropas liberales «en las guerras grandes del novecientos», y nunca más se supo quién ganó esas batallas porque jamás regresaron. Su relato era tan apasionante, que los tratados de sociología y los libros de historia patria dejaron de tener el sentido que antes tenían para mí. Entendí que el camino para comprender no era estudiar a la gente, sino escucharla. Y me di obsesivamente a la tarea de recorrer el país, con cualquier pretexto, para romper la mirada académica y oficial sobre la historia.

La gente me contó mil cuentos. En todos había —y hay— un

elemento común: el desalojo por razones políticas, pero con fines económicos. A los campesinos los acusaban los ricos de ser liberales, o conservadores, o comunistas, para expulsarlos de sus tierras y quedarse con ellas. Siempre las guerras se han pagado en Colombia con tierras. Nuestra historia es la historia de un desplazamiento incesante, sólo a ratos interrumpido.

Escribí lo que veía, lo que me contaban; unas veces grababa, otras tomaba notas, e inclusive apelé al video. Pero los relatos, a pesar de recurrir al lenguaje de los viajeros del siglo XIX , llegaban a poca gente, a muy poca. El tiraje de libros en Colombia no supera —salvo algunas excepciones— los tres mil ejemplares. Yo andaba insatisfecho. El mundo que los campesinos me mostraban llegaba al mismo círculo de siempre. Fue así como, metiendo primero un dedo, luego la mano y por último el brazo, llegué a los periódicos.

Al principio creo que la gente me leía con una mezcla de estupor e incredulidad, pero poco a poco fue cogiéndoles afecto —o antipatía— a los personajes que describía en mis crónicas y reportajes, o en una columna semanal. Entonces tuve que enfrentar un nuevo problema: mientras más lectores se interesaban y defendían mis versiones sobre el país, más enemigos aparecían. El corolario fue que cada día mis viajes se hicieron más difíciles. Los relatos, por simples que fueran, eran de hecho una denuncia contra un terrateniente, un gamonal político, una autoridad «competente», un capitán del ejército, un comandante guerrillero. El círculo se estrechaba de semana en semana. Mis viajes también eran riesgosos debido a que las áreas de cultivo de coca y amapola, las zonas de colonización, las fronteras que yo frecuentaba, se veían cada vez más ensangrentadas. El enfrentamiento de un orden formal —impecablemente jurídico— con un país real que no cree sino en sí mismo, se da allí con toda su violencia. No eran sólo los colonos los que encontraban en la sustitución de cultivos tradicionales por cultivos ilegales un modo de vida. La guerrilla encontró en los empresarios del narcotráfico una fuente amplia de extorsión, y las autoridades militares y de policía se lucraban a manos llenas con la represión del fenómeno. En ese río turbulento todos pescaron; nadie, a la hora de un juicio, podría tirar la primera piedra, pero algunas personas comenzaron a tirarlas. Los culpables éramos los que veíamos el problema y los que lo denunciábamos, los que

entendimos el fariseísmo que se escondía acusando solamente a los guerrilleros de ser narcotraficantes, cuando la verdad era y continúa siendo que la guerrilla financiaba parte de sus actividades con el dinero que obligaba a pagar a los grandes capos.

Por aquella época, el gobierno de Samper me nombró asesor externo del consejero de Paz, un puesto que me permitía dar mis opiniones sin que ellas me comprometieran con la política gubernamental. Había posibilidades de que la guerrilla entrara en conversaciones y así nos lo dio a entender. La única condición era despejar el municipio de La Uribe, una región emblemática para las FARC . El gobierno, hechas las consultas políticas, se mostró dispuesto a hacerlo, y entonces se atravesaron dos obstáculos: de un lado, la crisis relacionada con los dineros calientes en la campaña electoral de 1994, que puso al presidente Samper a la defensiva, y de otro lado, la licencia que el gobierno dio para armar civiles que colaboraran con las Fuerzas Armadas. Esta medida equivalía en la práctica a reforzar el paramilitarismo a través de la organización de grupos armados —las Convivir— pagados por los latifundistas, muchos de ellos narcotraficantes. Estas circunstancias comenzaron a debilitar el acercamiento con las guerrillas y a hacer más difícil el despeje que pedían.

Yo continuaba publicando una columna de opinión en *El Espectador* , en la que denunciaba las masacres de los paramilitares, criticaba al gobierno por su debilidad frente al proceso y, sobre todo, señalaba la creciente autonomía del poder militar frente al civil como el origen del mal. Veía además que la esgrimida doctrina de la «narcoguerrilla» llegaría a ser nefasta para la paz en Colombia. El término había sido acuñado por un embajador norteamericano en Bogotá, y proclamado como verdad absoluta por los militares, por la derecha de ambos partidos y, sobre todo, por los medios. Las posiciones críticas que adopté me ganaron la animadversión abierta de la derecha y de los militares, que comenzaron a señalarme como defensor intelectual de la guerrilla. La verdad era que yo exponía públicamente lo que había visto y sabido en las zonas de colonización donde se cultivan la coca y la amapola. Denunciaba tanto la extorsión de la guerrilla como los vínculos de los militares con los narcotraficantes, y de éstos con los paramilitares. Fue una pelea desigual que, debo reconocer, fue posible dar gracias a que el

gobierno nunca me impidió opinar libremente, inclusive contra muchas de sus tesis. Por su parte, *El Espectador* no suprimió de mis columnas ni siquiera una coma; antes bien, me enseñó a ponerlas.

En esos días la guerrilla copó una base militar y se llevó a cien soldados presos. El gobierno se debilitaba rápidamente. La Iglesia, los gremios, los medios de comunicación y, naturalmente, los Estados Unidos, cerraban filas en su contra. Samper tambaleaba. Yo continuaba tratando de decir que el problema del país no se resolvía debilitando al Estado, sino iniciando negociaciones de paz. Insistía en que el mayor obstáculo era el hecho de que el poder militar no le obedecía al civil, y que en esta fractura se fortalecía el paramilitarismo. Mis artículos se hicieron muy críticos, en particular contra los paramilitares, que crecían masacrando campesinos, incendiando pueblos y asesinando selectivamente defensores de derechos humanos, crímenes cometidos todos en la más absoluta impunidad. Comencé entonces a recibir amenazas firmadas.

En la primera, a raíz de una columna que escribí en *El Espectador* sobre la naturaleza del paramilitarismo, su vínculo con los narcotraficantes, con los latifundistas y con el Ejército Nacional, se me calificaba de paraguerrillero en los siguientes términos: «Si la guerrilla no respeta a los miembros de los partidos políticos de derecha, tampoco nosotros podremos respetar a los subversivos enquistados en los estamentos gubernamentales». Me di cuenta de la gravedad de la situación y de que había tocado fibras muy sensibles. Mis enemigos me leían con atención y sentí que trazaban un límite. Lo ignoré, y con dificultades continué viajando por el país, oyendo a la gente, conociendo sus problemas, que ya comenzaban a convertirse en tragedias, sobre todo en el caso del —hasta entonces— millón de campesinos desplazados por el terror. Me afectaron en el alma los asesinatos de amigos ambientalistas con quienes defendíamos los páramos, las selvas y los ríos de la expansión ganadera y denunciábamos los efectos mortales de la fumigación de los cultivos ilícitos; de los abogados que se apersonaban de la causa de los derechos humanos; de los indígenas que habían caído por exigir el respeto a su tierra y a sus tradiciones, y de los periodistas que investigaban las desapariciones forzadas, los secuestros, las masacres. Escribí una columna donde, a pesar del

miedo, dije: «Llegó el momento de aclararle al país cuáles son los vínculos entre el establecimiento, el Estado y los paramilitares, y de entrar a saco contra todo lo que ha impedido el ejercicio de la democracia y de la oposición civil. Todo lo que está pasando da miedo. Y escribirlo da más, pero hay que aguantárselo».

A causa de las amenazas, ya públicas, me llamó a su despacho el comandante del ejército para ofrecerme protección. Ordenó que se establecieran las condiciones de mi seguridad para garantizarme la vida. En efecto, una comisión visitó mi casa y concluyó que debía arrancar todos los árboles que la rodeaban, instalar reflectores, alarmas, garitas, usar carro blindado y conseguir guardaespaldas de día y de noche. Sobra decir que ninguna de estas medidas sería costeada por la seguridad del Estado.

Unos meses después, posesionado el nuevo gobierno, insistí en que el presidente Pastrana, a pesar de sus buenas intenciones, no lograría avanzar por el camino de la paz si no confrontaba con determinación a los paramilitares. Advertí, sí, que de hacerlo de una manera real, corría el riesgo de dividir a las Fuerzas Armadas, puesto que era inexplicable que los paramilitares actuaran con la impunidad con que actuaban. No había acabado de firmar el artículo cuando recibí un regalo: *El libro negro del comunismo* , la conocida y rigurosa investigación realizada por el equipo de la RNC , con una dedicatoria manuscrita en la que se me decía de una manera enigmática que «la historia reserva un lugar adecuado para quienes la trazan y otro para quienes la tuercen». Tres días después recibí una nueva carta en la que me advertían que los paramilitares no eran «desmontables», como yo lo pedía, pero en cambio ellos sí estaban dispuestos a desmantelar la «paraguerilla», que les hacía más daño a las instituciones que los mismos guerrilleros. Esta comunicación fue respondida por *El Espectador* en su editorial: «El objetivo de las autodefensas es silenciar las voces que las critican y alcanzar un reconocimiento político para tener acceso a la mesa de negociaciones». El paramilitarismo reviró de inmediato: «Tenemos pruebas fehacientes de que el señor Molano hace parte de la parasubversión, que no es enemigo de las autodefensas sino de la nación y que es un francotirador intelectual parcializado en sus juicios y sesgado en sus análisis». Y remataba: «Señor Director, le reiteramos públicamente nuestro respeto por la libertad de

expresión, la crítica y el disentimiento».

Esa noche, un 24 de diciembre, tomé la decisión de exiliarme. La embajada de España en Colombia me había ofrecido protección y viabilidad para establecerme en España. Desde que comenzaron las amenazas había previsto una salida semejante, pero era difícil saber cuándo se cruza la raya. Yo sentía el peligro, aunque me empeñaba en ocultarlo; sabía que el precio era el desprendimiento de mis hijos, de mi gente y de aquello que uno va acumulando y que quiere entrañablemente: un caballo, un libro, un par de tenis. Sin embargo, los ojos de algunos amigos me decían a gritos que también ellos se sentían amenazados con mi presencia. Y cuando alguno me preguntó al saludarme: «Pero cómo, ¿y todavía estás vivo?», me sentí derrotado. Me confesé incapaz de hacerle frente a una nueva y grosera carta, esta vez anónima, que decía: «A usted se le debe dar sepultura lo más pronto. Si es comunista, es bandolero, y eso es sinónimo de terrorista, hijo de puta. Donde estés mal parado, las autodefensas te damos chicharrón».

Al día siguiente, sin despedirme de mis hijos, porque soy un hombre flojo, tomé el avión a España. No quise traer más que un par de camisas y unos libros. No deseaba echar raíces lejos de mi patria, así aquí no me sienta un extranjero. El exilio, a pesar de todos los dolores que ha significado, me ha enseñado a mirarle la cara a la soledad que siempre anda conmigo y a no tener más que lo que llevo puesto, para no perder la libertad de regresar a Colombia cualquier hora de cualquier día. Los sabores amargos del desarraigo cambian y a veces llegan a ser hasta agridulces, aunque hay un peso agobiante que se arrastra siempre de calle en calle, de noche a noche. Los primeros días no pude deshacerme de la sensación de ser el mismo niño que alguna vez mis padres dejaron al cuidado de una señora amiga —sin duda muy amiga—, que a la hora de almorzar comía salchichas con una voracidad que me hacía apretar las piernas. Llegué a Barcelona a vivir en un apartamento oscuro y de techos aplastantes en días de invierno gris y lento. Salía apenas lo necesario para comprar el pan, y volvía a mi cueva a escribir y, sobre todo, a llamar por teléfono. Vivía cuarenta y ocho horas diarias: veinticuatro en el país y veinticuatro aquí. En las flores de los primeros cerezos volvió la vida a la Barceloneta, mi barrio, y un buen día, de madrugada, rompieron a sonar por todas partes

tambores y trompetas. La gente salió disfrazada de lo que era —pescado, tigre, payaso, vampiro— y por la noche, en la Plaza de San Miguel, hubo vacaloca y pólvora. Pero yo no estaba para fiestas y salí al mar, frío todavía —contradicción a la que no me acostumbraré—, a dejarme llevar por él, como cuando niño los ríos me llevaban a sus playas. Los círculos que el exiliado traza y recorre a diario son estrechos; se tiene ese miedo que los marineros antiguos le tenían al abismo, un miedo que encierra e impone una insoportable redundancia a los pasos. Tengo la certeza de que es la misma sensación que experimentan los colonos en las soledades de la montaña, y que poco a poco van derrotando a punta de rula, ganando terreno para cosechar y sobre todo para mirar bien lejos y saber quién llega. Como los colonos, fui también «fundándome», haciendo las paces con las paredes del apartamento, con las esquinas del barrio, con las calles de Barcelona, hasta que caí en cuenta de que ellas nunca me habían declarado la guerra. Entonces, una tarde, sentí deseos de comer banano —así no fuera producido en Urabá—; otra, de comprar una yuca africana y unas granadillas de Urrao, que había visto en una tienda de productos exóticos. No he sido nunca patriotero, o por lo menos no lo he sido al estilo del señor Caro —que por traducir a Virgilio nunca conoció el río Magdalena—, pero confieso que, desde lejos, hasta los bambucos me comenzaron a gustar. Echaba de menos a mi gente, las travesías por las cordilleras y los llanos, y me hacían falta hasta mis enemigos. Al país —como tierra, como querencia— hay que aprender a distinguirlo —y verticalmente— del sistema político que lo tiene como lo tiene. A fuerza de saludar —a veces sin respuesta— al peluquero de la esquina y a la panadera, terminaron hablándome. Nos costó trabajo entendernos. Para mucha gente, los colombianos hablamos un castellano antiguo que no aciertan a saber dónde lo aprendimos. Pero el pueblo español —el bravo pueblo español— es alegre, toma vino limpio, hace siesta y no ha olvidado las lentejas con sabor a pólvora que tuvo que comerse durante la feroz guerra civil. Pase lo que pase no repetiré la historia de los republicanos españoles, o de los luchadores chilenos y argentinos que salieron para volver en dos semanas, y regresaron —los que regresaron— treinta años después. Lavando mis calzoncillos y persiguiendo las inaprensibles motas de polvo que se dan en las ciudades viejas, he

redactado poemas de amor que nunca escribiré, encendidos discursos contra los crímenes del paramilitarismo y la complicidad de la fuerza pública —que algún día publicaré—, y pesadísimas polémicas con los sociólogos franceses —y sus epígonos— sobre el significado de la sociedad civil. No diría que he repensado el país, pero he aprendido a saber la importancia —la muy poca importancia— que tiene en estas frías latitudes. *La virgen de los sicarios* —esa maravillosa película de ese maravilloso libro—, por ejemplo, es vista por el público europeo como algo tan irreal —pero mucho menos divertida— que *Los Ángeles de Charlie* . La dificultad para que en los periódicos de España publiquen un comentario sobre Colombia en lugar de la bazofia de siempre, untada de sangre y coca, se hace inverosímil. Sobre todo, dándoles tanto espacio a los estúpidos amores de la Jurado con su torero, que ya ni lo es.

Escribir desde aquí sobre nuestras realidades es difícil. Implica no sólo atreverse a reconocerlas —ejercicio diario y siempre doloroso—, sino hacerlo sin respirarlas. Leo y releo mis textos y suelo encontrarlos secos y llenos de esas trampas tendidas por la magia de las palabras, en las que se cae con tanta facilidad. Escribir sobre las realidades de Europa es aún más difícil porque casi todas carecen de resonancia en nuestro infierno. ¿Qué importancia puede tener para mí el Plan Hidrológico de España, frente a los cincuenta campesinos asesinados a machete en Chengue por los paramilitares? Leo los debates a que ese plan da lugar y me parece que están hablando de los fósiles de los microorganismos encontrados en un meteorito caído de Marte hace cien años. Hay noticias que nos afectan —las vacas locas, el renacimiento del racismo y hasta la suerte del Barça—, pero sólo me dicen algo aquellas que hablan sobre la solución a nuestra guerra. Estoy convencido de que un arreglo a las buenas, aun en medio de las malas, es cosa de vida o muerte para mí porque —además de la justicia que se le haría a la gente que siempre ha sido excluida— es mi única posibilidad de regresar a Colombia sin tener que vivir rodeado de blindajes tan hostiles como inútiles, de poder volver a caminar caminos de herradura sin tener que mirar hacia atrás, y, sobre todo, de ver crecer a mi nieto. No me acomodaré nunca al exilio, aunque tengo que decir hoy que esa pequeña muerte, hecha siempre de ajenidades, no comienza con las amenazas de los enemigos sino con

el silencio de los amigos.

No obstante, cuando mataron a Jaime Garzón admití que no podía regresar pronto, conseguí una mesa de trabajo grande, afilé la pluma y comencé a escribir este libro. Al terminarlo comprendí —agachando la cabeza en señal de profundo respeto— que el drama de mi exilio, a pesar de sus dolores, es un pálido reflejo de la auténtica tragedia que viven a diario millones de colombianos desterrados, exiliados en su propio país. Creo, con ellos, que sólo un acuerdo político profundo permitirá echar las bases de una verdadera democracia; la guerra no tendría resultado distinto a la dictadura de los vencedores.

2. La derrota

La vi organizar sus cosas sobre la cama, como siempre lo hacíamos, abrir la maleta y empacar con afán. Salió sin mirarme. Yo sabía que me había dejado de querer desde el día en que ya no volvimos a reírnos juntos. Me lo callé para no creerlo y no tener que aceptarlo, y por eso aquel adiós no me sorprendió, como se lo recordé el día que regresó derrotada para contarme lo que le había pasado; sabía que yo necesitaba escribir sobre ella para poder ponerle punto final —o quizás punto y coma— a mi duelo.

La Boca del Cajambre es un puerto escondido en un manglar de la Costa Pacífica colombiana. O mejor, en lo que el negro Bonifacio Mosquera ha dejado del manglar, porque el hombre ha levantado familia, comprado panga, construido casa e instalado aserrío a punta de venderle «palos prohibidos por la ley», como los de mangle, a don Enrique Ortiz, un comerciante que compra la madera que sea para vendérsela a su vez a Cartones Colombianos. Haberse pillado este negocito fue la perdición de Diego y de su amigo Aníbal, los vecinos que ella y su compañero tenían cerca de donde fueron a parar después de que alguien les dijera, en Buenaventura, que en el río Cajambre se estaba organizando una colonia de blancos. Era la ilusión que ella alimentaba desde que la conocí: vivir a la orilla del mar y no tener nada distinto a la paruma que llevara puesta, así —digo yo— le tocara cargar a ratos a Ramón, su compañero.

Diego era un ingeniero de petróleos que había trabajado toda la vida con Ecopetrol. Graduado en la Escuela de Minas de Medellín, dirigió el campamento de Puerto Niño, en el Magdalena Medio, por allá en los años cincuentas, y luego vivió en El Tarra, Norte de Santander, donde fue directivo de la empresa y como tal estuvo haciendo un largo curso en Kuwait. Se jubiló, compró la casa donde vivían, para que la mujer y los hijos no tuvieran problemas, y se fue

a vivir a la Boca del Cajambre. Construyó una casa pequeña frente al mar y se dedicó a aprender ajedrez con un libro que compró en Estambul sobre la historia de las grandes partidas, desde Capablanca hasta Kasparov.

Una mañana Diego vio desembarcar a un hombre de barba blanca, que cargaba un morral y que pensó que era un simple excursionista de paso. No fue así: venía a quedarse, y por eso se prometió a sí mismo no ayudarle. Incluso le negó el saludo, y sólo lo vino a conocer seis meses más tarde, cuando ya Aníbal, el viejo, había construido casa y una tarde vino a desafiarlo a una partida de ajedrez que le sirvió, aunque la hubiera perdido, para hacer migas con quien apodó «El forastero». Aníbal había sido chofer de la familia Mallarino, perteneciente a la más rancia aristocracia bogotana. Cuando enviudó decidió irse a pescar al mar, su pasión desde que don Arturo, su patrón, lo había iniciado, al regreso de un viaje a La Florida, en los solitarios placeres de la pesca. Conocía al dedillo todos los enredos amorosos y políticos de la familia Mallarino, y se reprochaba no tener facilidad de escribir para contarle al país de qué masa estaba hecha la que llamaba con desprecio «gente decente». En lugar de escribir, miraba el mar a través de un catalejo, con sus pequeños ojos azules.

Los viejos se hicieron muy amigos. Jugaban ajedrez todas las tardes y comían el pescado que todas las mañanas traía Aníbal, mientras Diego cuidaba la huerta, que en realidad eran cuatro matas de yuca, dos de papachina y unas pocas de plátano. Habían reducido sus necesidades a nada. Diego consentía una gata escuálida que apareció una noche, y Aníbal visitaba de tarde en tarde a una negra generosa en carnes y risas que se lo daba a cambio de unas botellas de biche, un aguardiente de sacatín, muy popular en la región. Se diría que vivían un ocaso plácido y merecido.

La única preocupación de todos era la destrucción del manglar. Repetidamente lo habían denunciado en Buenaventura y en Cali, pero don Enrique, el comprador mayorista, tenía vínculos con los políticos y había logrado construir una muralla que protegía su negocio a cambio de los votos que le conseguía Bonifacio Mosquera, votos todos de los trabajadores que le aserraban la madera y se la ponían descascarada en el puerto. Eran muchos, porque el río

Cajambre tenía mangle hasta bien arriba, y porque además el tipo explotaba los ríos Agua Sucia, Timba y Yarumanguí.

Un día se supo que habían secuestrado a don Enrique.

—La guerrilla, sin duda —dijo Diego.

—Pero no se le olvide que también hay delincuencia —le reviró Aníbal.

Nunca se supo quién pagó el rescate, y el negocio de la madera continuó a mayor escala porque había que tapar el hueco abierto por la extorsión.

Fue por aquella época cuando llegaron ella —que para más veras se llama María José— y su compañero a la Boca del Cajambre. Construyeron un tambo donde guindaron las hamacas y pusieron un fogón para asar el pescado. Ella no quería más. La amistad entre los recién llegados y los viejos se estableció con rapidez. Nadie quería molestar a nadie y se guardaban entre todos un afable respeto, hasta que una tarde María José vio desembarcar a unos hombres con armas.

—Tan raro —se dijo—. El Ejército por aquí en estas lejanías… —y llamó a Ramón.

Eran quince hombres y cuatro mujeres. Al rato llegaron al tambo, y sin mucha vuelta se presentaron como guerrilleros. Anunciaron que los iban a ver muy seguido por la región, y aclararon con severidad que lo único que no permitían eran los sapos. A Diego y a Aníbal también los visitaron.

Pasaron los días y no se volvió a saber de ellos. Sólo que andaban, que caminaban por ahí, y que se iban por donde llegaban. El 24 de diciembre, no obstante, a eso de las diez de la mañana, cuando Aníbal pescaba y Diego preparaba una natilla para celebrar la Nochebuena, volvieron. Venían sólo cinco: cuatro hombres y una muchacha. Se sentaron a charlar con Diego. El comandante contó cómo se hacía en su tierra, El Espinal, la lechona para la Navidad. Cuando llegó Aníbal, la conversación estaba muy animada; tasajió el pescado que había cogido e invitó a un biche a los guerrilleros. Los hombres aceptaron y la muchacha dijo que a cambio del aguardiente, ella prefería que le permitieran bañarse en la ducha. Aníbal, que era un viejo seductor, le contestó que sí, que claro, que encantado, y le preparó toalla, jabón, champú. Llevaban media botella de biche cuando salió la muchacha del baño, recogió sus

cosas y las organizó dentro de una mochilita de Hello Kitty. Aníbal le dijo que siempre que quisiera, el baño estaba a la orden. Diego hizo un chiste ridículo:

—Y él también.

Cuando terminaron la botella, los guerrilleros —a pesar de la protesta y de las reiteradas invitaciones que Aníbal les hizo para que se quedaran a celebrar la Nochebuena— se fueron. Pero la «colonia» siguió bebiendo hasta que amaneció. María José se levantó el día de Navidad pensando que algo grave había pasado esa noche, pero como nadie le reprochó nada ni había queja alguna de nadie, concluyó que la sensación era puro guayabo.

Sin embargo, al día siguiente, y a la semana siguiente, siguió con el gusanillo. Ramón le preguntó si no era que le había gustado el comandante, y ella, que es una fiera, le respondió que comiera mierda y que lo que él tenía era más bien un «guardado» en Buenaventura. Y que no fuera hijueputa. Ella ya sabía porque se lo había contado la gorda de Aníbal, y María José andaba —yo la conozco— con el colmillo montado.

El 7 de enero pasó mala noche. Dio vueltas en la hamaca y se levantó varias veces. El silencio era perfecto. Salvo el mar, nada se oía. En la madrugada llegó Aníbal a contarle que los perros habían amanecido muertos; envenenados —rectificó—, porque tenían la jeta llena de babaza. María José supo en ese momento —me dijo después— que todos tenían que irse de la Boca del Cajambre, y así lo confirmó a la mañana siguiente, cuando Diego llegó como un loco pidiendo socorro y gritando que habían asesinado a Aníbal. Al rato recobró el resuello: un grupo de hombres armados había llegado hacia las nueve de la noche; Aníbal creyó que era la guerrilla y los saludó muy atentamente, pero pronto cayó en la cuenta de su equivocación fatal.

—Usted —dijo el que mandaba— es un malnacido guerrillero. Venimos a cobrarle sus fiestas con esos bandoleros —y sin decir más sacó una pistola y le disparó tres tiros en la cara.

Aníbal dio un bote y cayó sobre el libro que María José le había regalado de Navidad: *La hija de la fortuna* , de Isabel Allende. Diego quedó petrificado. El jefe lo miró y le dijo:

—En cuanto a usted, hijueputica, no le hago nada para que vaya a avisar; no quiero que las moscas se los coman a juntos y que no se

sepa que el teniente Aguirre, del Escuadrón de la Muerte, anda por estos lados limpiando la región de guerrilla.

Le dio un puño, lo tiró al suelo y le soltó un par de culatazos en las costillas. Diego, sin moverse del miedo, esperó el amanecer.

María José y su compañero salieron corriendo a la casa de Aníbal. Tal cual: botado sobre el piso y en medio de un mar de sangre. Las moscas revoloteaban sobre el cadáver. Ella salió corriendo, y corriendo llegó al pueblo más cercano, Puerto Caraña, a pedir ayuda. Fue directamente a la estación de policía y el comandante le dijo con toda tranquilidad:

—Ya sabemos, pero tenemos orden de no abandonar el puesto. Traigan al viejo y aquí le hacemos el levantamiento.

Llorando llegó donde el cura.

—Señora —le respondió éste—, no puedo albergar muertos de esos en la iglesia. Además, usted debe saber, hoy llegan los Reyes Magos.

Desconsolada, comenzó a caminar sin saber hacia dónde. Por detrás de las puertas y ventanas, sin dejarse ver, la gente le preguntaba:

—¿Fue verdad? ¿Cómo quedó el finadito? ¿Cuántos tiros le metieron? ¿Era novio de la «compañera»?

María José creyó enloquecerse. Al rato encontró a Celestino, el loco del pueblo, un hombre que hace crucifijos en madera de mangle para los «arrepentidos» y construye altares en las esquinas «para lavar el aire». En cuanto la vio, le dijo:

—Niña, yo voy a cantarle los alabados al señor don Aníbal.

En la tarde llegaron Ramón y Diego con el muerto a cuestas. Nadie quería prestar la casa para velarlo y no encontraron un solo cajón en el pueblo; terminaron poniéndolo sobre la mesa de billar de un bar que se llamaba el As de Copas. Celestino le cantó los alabados a oscuras, durante toda la noche, mientras Diego y Ramón se emborrachaban. Cuando amaneció, lo arrastraron como pudieron, lo metieron en un bote y, mar adentro, lo botaron al agua. En el muelle María José dejó a Celestino cantándole los últimos alabados y, sin voltear a mirar a Ramón, cogió camino.

Anoche llegó de Cali y no ha dejado de llorar. Ahí está, a mi lado, mientras escribo.

3. Ángela *

En Nechí nunca usé zapatos y andaba a pie limpio como mis hermanos, mis primos y casi todo el pueblo. No los necesitábamos, porque allá lo que no es arena es barro; ni siquiera los necesité una vez que me salieron vejigas por debajo y los pies se me pusieron blanditos. Allá me gustaba andar a pie pelado por el barrio y nunca me enfermé, como dicen que uno se enferma por no usar zapatos.

Vivíamos en el barrio que llaman Pueblo Nuevo, que queda en una medio lomita. Por eso no había barro sino arena, y cuando calentaba mucho, tenía uno que caminar rápido, como sin tocar el suelo, para no quemarse. Pero cuando llovía se venía la creciente del río por la calle y dejaba todo embarrado. Entonces nos gustaba salir a patinar en ese barro blandito y amelcochado antes de que el sol lo volviera duro o el viento lo volviera polvo.

En Nechí tenía sólo dos mudas: me ponía una mientras la otra se lavaba, y cuando se secaba me la volvía a poner, y así. Todo dependía del tiempo. Si era bueno y el sol alumbraba, me cambiaba rápido; si no, tocaba estar con la misma ropa mientras se iban las lluvias. Para mis tres hermanitos menores la vida era igual a la mía, con la diferencia de que ellos se ponían la ropa que yo estrenaba.

En Nechí mis hermanitos eran una niña y un niño. Ninguno me quería. Ella porque le dejaba la ropa usada, y él porque le tocaba ponerse ropa de niña y en la escuela le preguntaban si los cucos míos también se los ponía.

Todo lo que se necesitaba en la casa lo conseguía mi papá, Rafael, y mi mamá vivía pendiente de nosotros. Mi papá pescaba y manejaba el *yonson* por el río. Otras veces le trabajaba a la gente que tenía más modo, ayudando a descargar canoas o haciendo mandados, y cuando nada le reventaba, se ponía a vender helados que un señor le daba en comisión. Era el trabajo que a mí más me gustaba, porque yo me iba al centro a buscarlo y él me regalaba un

helado y no le importaba que se lo descontara el patrón. Los que más me gustaban eran los de coco, porque tenían un afrechito que le movía a uno la gana de chupar. Pero a mi papá no era mucho lo que le gustaba ese oficio. Decía que cuando calentaba, la ganancia se le derretía entre el balde en que cargaba los helados.

Él me consentía. Me llamaba su ángel. Y es que poco antes de que yo naciera se murió mi hermanita mayor, que tenía como dos años y la habían «ojiado». Mi papá, para no volverse loco, me puso por eso Ángela, para que yo lo pudiera cuidar. El María, mi otro nombre, me lo pusieron mis taitas obligados por mi abuela, porque ella decía que la nieta mayor tenía que tener ese nombre, y como mi hermana que se murió se llamaba María, a mí me tocó llevarlo también. Mi papá nos colgaba pulseras con un colmillo de tigre para que no nos fuera a pasar lo mismo que a mi hermanita. Yo no me explico qué es eso de «ojiar» a un niño, pero me da miedo porque todo niño que se muere de niño es por ese mal de ojo. Tampoco sé quién mirará así. Yo miro a las mujeres viejas a los ojos a ver si veo su maldad, pero en ninguna me aparece; tampoco a los hombres de aquí se les mira el mal. No sé de dónde vendrá, ni quién lo cargará, ni qué gusto le sacarán a matar niños. Dicen que son almas que pertenecen a otro y que viven en quien no deben.

Yo iba a la escuela en Nechí y allá aprendí a leer, a contar, a escribir, a cantar y a jugar. Hice hasta segundo de primaria y saqué siempre el primer puesto. De sacar el primer puesto lo que no me gustaba era tener que izar la bandera, y ni eso, era más bien el poyo donde me tenía que subir para alcanzar la cuerda con que se jalaba lo que la maestra llamaba el tricolor nacional. Me gustaba más jugar con mi papá; él me enseñaba a jugar, que es mejor que aprender a rezar. Él decía que era un caballito y entonces nos le subíamos todos al tiempo, los tres hijos, y cuando le decíamos «¡arre!» arrancaba a trotar y luego a galopar, hasta que terminábamos todos en el suelo. Otras veces nos ponía a correr por la calle de enfrente de la casa, una calle larga que atravesábamos con Lauro, un perro de orejas grandes y caídas, de mirada triste, como de niño regañado, que tenía el mismo tiempo que yo, nueve años. Nosotros gritábamos «¡Usi, Usi!», y él salía corriendo y nosotros tras de él por toda esa calle. Nos cuidaba a todos y no dejaba que se acercara ningún extraño a la casa. Si pasaba eso,

ladraba y hasta mordía. Teníamos también una gatica sin nombre, y cuando mi papá veía que se iba a salir, la jalaba de la cola y la gatica maullaba. Entonces mi mamá se reía y todos nos poníamos contentos. A Lauro yo lo quería más; lo acariciaba con los pies descalzos y él sentía rico y yo también. Nos gustábamos.

Tenía hartos amigos, casi todos primos míos. Mi mejor amiga era mi tía Sofía, que también estaba por los nueve años. Nos poníamos a jugar «cinco huecos», un juego de hombres, que se juega haciendo un cuadrado grande que se parte por dentro con otros cuadraditos más chiquitos. Como yo soy Ángela, ponía una A en un cuadradito de esos y entonces tiraba un palito para atrás y si caía en la letra de uno, había que salir a ponchar a los demás con una pelota. Ese juego me gustaba, era muy rico, pero a veces llegaban unos señores en moto y pasaban por encima y lo dañaban todo con sus llantas y con sus botas. Nosotros no podíamos decirles nada, ni siquiera mirarlos feo, porque los papás nos habían advertido que esos eran de la paramilitar, unos tipos que cuando se ponían bravos mataban a la gente. Yo no les vi nunca las armas, porque eran chiquitas y las cargaban escondidas en las mochilas. Los grandes les tenían miedo. Mi papá me decía que no preguntara nada de ellos y ni siquiera los mentara. También me tenía prohibido hablar de la guerrilla y entrar a las reuniones de los evangélicos, que a mí sí me gustaban porque cantaban y cantaban todo el día. Yo me paraba en la puerta a oírlos y se me iban las horas ahí acurrucada. En cambio, a la iglesia del cura nunca íbamos ni yo ni mis hermanos. Ese señor era muy regañón y no nos gustaba su olor a flores muertas.

Cuando no estábamos estudiando, que era casi siempre, porque la maestra se negó a volver si no le pagaban, nos íbamos para la playa del río. Allá descansábamos del calor con el fresquito del agua y la brisa que corría. Mi abuelo me enseñó a pescar con anzuelo de candadito —como los aretes de la abuela—, que era una trampa que se ponía con la tripa del primer pescado que uno pescaba. Ahí caía el barbudo por agalludo, porque es un pescado que todo lo quiere y todo se lo traga. Una vez saqué uno grande, muy grande, tan grande que alcanzó para hacer un sancocho con el que comimos todos y hasta quedó para Lauro y para la gatica. Mi papá se puso bravo cuando me vio llegar con ese animalote, porque creyó que me lo

había robado. Dijo que a un niño no le cae un pescado tan grande y que si le cae, uno no se da mañas de sacarlo a la orilla.

Cada rato íbamos al río, sobre todo por las tardes, a fresquiar, hasta que mi papá nos prohibió volver porque comenzaron a bajar muertos flotando y no quería que nosotros los viéramos. Nunca vi ningún muerto en el río, pero sí oíamos a la gente decir que el río botaba muertos. A mí me gustaba que el río botara muertos porque entonces mi papá nos llevaba a unos caños clariticos donde se veían pescaditos de colores que cuando uno metía los pies, venían a morderle los dedos y con sus jetas pequeñitas nos hacían cosquillas. Yo les llevaba arroz pilao y los pescaditos se revolvían tan rápido en el agua, que parecían luces. Nosotros tratábamos de pescarlos con un pañuelo para no hacerles daño y poder consentirlos, pero nunca pudimos tener uno en la mano.

Una vez que estábamos con mi papá haciendo un viaje de madera por el Nechí, unos señores nos llamaron desde la orilla; llevaban uniformes como los de la policía, pero no eran policías porque no cargaban el palo colgado a la cintura, sino escopetas grandes. Eran varios y mi papá arrimó a ver qué querían. Le dijeron que hiciera el favor de pasarlos al otro lado del río. Les hicimos el cruce porque, como dijo mi viejo, con gente de armas la cosa no es de favores sino de obligaciones.

Después de eso, el dueño del *yonson* le dijo a mi papá que no podía volver al río porque la paramilitar se había puesto muy brava cuando supo que los tipos que habíamos atravesado eran de la guerrilla. Pero mi papá no sabía quiénes eran. A mí eso no me lo dijo nadie, sino que lo oí cuando un señor le estaba comentando eso a mi papá, y después cuando mi papá le contó a mi mamá y ella se asustó mucho.

Como mi papá no pudo volver más al río, se acabaron los viajes en el *yonson* . Se puso a trabajar en lo de los helados y arrumando cajas en una tienda. Mi abuelo me ponía a vender chance con una tía que era más grandecita que yo. Todo lo que ganaba me lo comía en pan, que me encantaba. Por ratos también le ayudaba a mi mamá a cuidar al más chiquito, porque salió callejero y quería a todo tiro salirse de la casa. Tocaba aguantarle fuerte, ya que era muy soberbio.

La casa mi papá la construía a ratos, cuando sacaba tiempo de

los trabajitos que le daban. Tenía años de estar bregando a construir una media agua para favorecernos y dejar de ser alquilados. Lo primero que hizo fue comprar un solarcito y limpiarlo y después, poco a poco, echar una pared y otra pared; compraba bloque si se lo vendían barato y así, cada ocho días, más o menos, iba y lo paraba. Nosotros le ayudábamos a traer el agua para hacer la mezcla. Lo primero que terminó fue la pieza grande y ahí nos fuimos todos a vivir. Enseguida empezó a hacer la cocina y luego terminó la sala y le puso piso y puertas. Teníamos un jardín que le daba la vuelta a la casa. Había flores adelante y atrás, y yo sembré habichuelas de las de verdad, no como las que nos toca sembrar aquí en Bogotá, chupadas y flacas.

Allá en el solar de la casa pegaba todo: ají, tomate, limón, papaya, yuca. Todo nos lo comíamos nosotros y a veces había hasta para los vecinos. Cuando la cosecha llegaba, mi casa se volvía como una tienda y todos iban a comprar una cosa y otra. En el Nechí era sólo estirar la mano y coger. Había una fruta amarilla que llaman anón cienaguero, que era fresca, y cuando maduraba uno no necesitaba ni estirarse porque ella misma caía. Mi tío Ulises llegaba a la casa y cuando veía esa fruta le decía a mi mamá:

—Oye, Carmen, te cambio un anón por mi vida —y a mí me daba como algo raro pensar qué haría mi mamá con dos vidas.

Era una fruta tan rica que todos la buscábamos y no la dejábamos caer del palo para que no estallara.

Tampoco hay caña por acá en Bogotá, y fíjese que por allá llegaba a veces mi papá con yerba fresca para su burra y con caña para nosotros. Picaba la caña y nosotros hacíamos cola para que nos diera los pedazos que sobraban; había que chuparla duro para sacarle esa agüita dulce y rica que tiene. Hasta mi mamá hacía fila con el vasito para que a ella también le picara… ¡Aquí me hace falta chupar caña! Por acá no la he visto ni la he vuelto a probar, como tampoco he vuelto a probar el pescado. En Bogotá sólo pruebo carne de res; o mejor hueso de res, porque la carne pulpa es muy cara y nunca hay para tanto. Echo de menos la carne de monte, la guatinaja, el armadillo, el pisingo que mi papá traía cuando se iba a los cerros a marisquear: llegaba con la camisa sudada, pero nunca con las manos vacías.

Aquí en Bogotá, al desayuno, mi mamá nos da agua de panela

con arepa; el almuerzo es arroz y papa, y la comida arroz. Casi ni siquiera se consigue el plátano. Allá teníamos el suero cuando uno se aburría de comer pescado, y cuando mi papá se cansaba de repetir guatinaja se levantaba un galápago. Yo ayudaba a jalarle la cabeza y las patas. Esa tortuga no se puede matar sino estando viva, porque si uno le da un garrotazo sin haberle quitado la concha, el animalito se encoge y esconde toda la carne. Entonces hay que ponerla con la barriga para arriba y empezar a despegar con un cuchillo la cusca, hasta que se le puede quitar. El animalito queda como un pájaro recién nacido, arrugado y sin saber para dónde coger, aunque ella es desvergonzada y sigue viva. Hay que tener cuidado sí con los dedos de uno, porque se los puede quitar de un mordisco. Yo le metía un palo entre la boca para que mordiera y pusiera toda su rabia ahí. Tocaba ir sacándole las patas, irle arrancando las presas, todavía viva, hasta cortar ya lo último, que era la cabeza. Nos la comíamos guisada, como a todos nos gustaba, porque así uno no podía distinguir las partes.

Cuando mi papá no pudo volver a viajar por el río Nechí, nos cortaron la luz. No teníamos con qué pagarla. A mí eso me gustaba, porque entonces podíamos ir a la playa a fresquiar cuando el calor se encerraba y no había abanico con qué sacarlo para afuera. Pero mi papá se puso triste. A él le gustaba mirar televisión, ahí taburetiado contra la pared, mientras mi mamá cocinaba. A la playa íbamos con mi abuelito, pero siempre y cuando él supiera que ese día el río no había botado muertos. Si bajaban muertos, nos encerraban en la casa a espantar mosquitos desde antes de que el sol se fuera. Mi mamá nos metía a todos cuatro entre un toldillo, y como tocaba que el toldo quedara bien apretado para que los mosquitos no encontraran por dónde entrar, el calor no nos dejaba dormir. Yo lloraba mucho por eso y le pedía a mi mamá que me pusiera una sábana para que se enfriara la colchoneta. A las ocho todo el mundo se metía para las casas. La gente grande se quedaba hasta esa hora afuera, charlando con los vecinos, porque después la paramilitar pasaba en las motos y mataba a quien no se hubiera escondido. Daba temor ver esas calles solas y a la gente con miedo. Siempre que el río botaba muertos, llegaba detrás la paramilitar. A esa hora ya estábamos todos encerraditos. Para que yo no me aburriera con el calor, mi papá me regaló unos pollos chiquitos. Yo

los cuidaba y los engordaba, pero en mi casa había mucha rata que mataba de noche y por eso yo hacía fuerza para no quedarme dormida.

Una noche me desperté, no por los pollos sino por los disparos que escuché en la calle. Los tiros se oían muy duro y tan cerca que uno miraba a ver dónde pegaban. Y más en la noche, con ese eco que cogen las calles. Mi mamá empezó a llorar y a decir que nos iban a matar y entonces yo salí corriendo a contar mis pollos, que todos estuvieran completos, pero todos estaban muertos, ahogados entre la lata: los había tapado demasiado bien para que las ratas no se los comieran. Mi papá los miró entre el tarro y le dijo a mi mamá que le estaba dando miedo que nos pasara lo mismo. Él se mantenía ya asustado desde la noche que se fue la luz y que un muchacho joven apareció muerto en el centro del pueblo. Mi papá contó que le habían cortado la lengua con un cuchillo. Que le habían quitado pedacitos de los dedos, igualito a como hacíamos nosotros con las tortugas, pero consoló a mi mamá diciéndole que ese era el último muerto que podía dejar la paramilitar, porque la autoridad les había prohibido matar dentro del pueblo. Mi papá decía que ahora, para matar a alguien, tenían era que llevárselo afuera, lejos, donde las familias no lo encontraran. Yo no vi el muerto, pero oí todo lo que mi papá le contó a mi mamá.

La menor de nosotras nació en la casa que hicimos con mi papá. Los otros habíamos nacido en casas que no eran nuestras. A mi hermanita le tocó bueno, porque nació en lo que era de ella. Mi papá llegó una tarde con la partera y mi mamá nos explicó que ya iba a nacer otro de nosotros. Yo creo que a ella no le dolía, porque no lloraba ni decía nada. Nos mandaron para afuera a todos los niños, pero yo quería saber qué estaba pasando. Sin embargo, mi tía Mariela se dio cuenta de que yo estaba parada en la puerta del cuarto, me echó para afuera y no pude ver nada. Lo único que vi fue ya a la niña envuelta en una toalla, un bultico que nos dijeron que se llamaba Leidy. Mi papá se calmó cuando ya se la mostraron vivita y coleando como una lagartija.

Yo sí creo que él a todos nos quiere mucho; nos trata bien y poco pelea con mi mamá. Lo que nunca le ha gustado es que los niños oigan las cosas de los mayores; dice que los niños, cuando oyen cosas y las cuentan, meten en enredos a los taitas. Yo lo oí

decirle en secreto a mi mamá que se iba a tener que ir porque ya le habían dicho que se tenía que ir. Yo no sé quién se lo dijo, pero a los diítas de oír yo eso apareció Lauro en la calle, muerto. Lo habían envenenado. Mi papá se puso muy bravo. Dijo que la culpa era de los enemigos que se había echado encima, pero mi mamá le decía que los enemigos que él tenía no mataban animales. Yo sé que mi papá le tenía miedo a la paramilitar, a los señores esos que matan y matan gente. Un día le pregunté por qué se iba sin nosotras y él me dijo que le tocaba. Volví a preguntarle lo mismo y otra vez me dijo que le tocaba, hasta que se cansó y me dijo que no le preguntara tanto. Pero yo sabía que era por culpa de esos señores que lo odiaban y que eran los que habían matado a Lauro. No volví a preguntar, pero me dio mucha tristeza la noche que salió para Bogotá.

Desde ese día mi mamá lloraba porque se sentía sola y yo también lloraba de verla a ella llorar. Ambas, a lo mejor, creíamos que mi papá no iba a volver. En el pueblo había muchos niños que no tenían papá: unos se habían ido con otras mujeres y a otros, como al nuestro, los habían hecho salir o los habían matado por ahí. Yo no quería estar sin mi papá; cuando él se fue, empecé a sentir hambre día y noche, y mis hermanitas y mi mamá también. A mi mamá le tocó ponerse a lavar ropa. En Nechí hay ricos que ensucian mucho la ropa, pero para mi mamá eso era bueno porque más trabajo le salía. Llegaba todas las tardes con tres mil pesos, y con eso comíamos. En el pueblo se conseguía panelita, arrocito, y mi abuelo nos mandaba pescado, a veces también tortuga. Pero ya nada era igual a cuando estaba mi papá; todo se volvió más poquito. Él estaba aquí en Bogotá trabajando, pero no nos podía mandar nada de platica, y como mi mamá salía temprano y llegaba tarde, nos dejaba desayunados pero no almorzados. El almuerzo se acabó desde que mi papá se fue. Comíamos sólo de noche, cuando ella volvía, y aguantábamos hambre casi todo el día.

Estábamos con mi mamá así cuando un día se vino la creciente y ahogó el pueblo; terminamos viviendo con todo el mundo en el polideportivo. Cuando mi papá supo, mandó por nosotras porque ya había podido conseguir para los pasajes. Nos mandó también medias y zapatos usados, aunque bonitos, para que nos fuéramos a encontrarlo en Bogotá. A mí me dio tristeza salir de la casa, pero

tenía la ilusión de volver a estar con mi papá, así fuera donde fuera. Los zapatos me apretaban mucho; por eso me los quité y llegué a Bogotá con ellos en la mano. Nos llevó a vivir donde todavía estamos, en el Sur, en una casa más chiquita que la que teníamos: una pieza y un baño. No tiene sino la puerta de entrada. La primera noche que dormí en ella sentía que me echaban baldados de agua fría por la cabeza, y al otro día, cuando amaneció, el cielo estaba tan oscuro y hacía tanto hielo que no pude salir de las cobijas. ¡Esto es muy frío! Aquí no tengo amigas y no me han dado cupo en la escuela porque hay mucho niño y no les gustan los que vienen de afuera. Mi mamá tuvo que hacer cola en Usme desde las seis de la mañana hasta las siete de la noche todo un día. Al fin se apenaron de ella cuando les dijo que éramos desplazados y que no tenía ni con qué pagar el bus para devolverse.

Mi hermana Milena se ha vuelto mi mejor amiga; con ella dormimos en el mismo colchón. En el otro duermen los demás niños, y en la cama mi papá y mi mamá, mientras no les llegamos alguno de nosotros a la madrugada. Menos mal que estamos todos juntos en una misma pieza y que así el calorcito no lo deja a uno morir de frío y se siente uno acompañado, corriendo la misma suerte. A mí lo que me gusta de Bogotá es la televisión, que aquí es de colores y en Nechí era en blanco y negro. Aquí me duermo a las diez, pero estoy calentando mi sitio desde la ocho. No nos ha faltado nada porque mi papá trabaja arrimando ladrillo en una obra. Se va a las cuatro de la mañana y vuelve a las nueve de la noche. Por eso hemos comido todos los días, y cuando hay plata nos compra de todo. Me prometió unos tenis rojos como los de un ratoncito que sale por la televisión, y yo creo que me los va a regalar. Los zapatos que tengo me aprietan y por eso ahora ya son de mi hermana. Lloro cuando me toca ponérmelos. En Nechí nunca lloraba, sólo cuando me caía y me raspaba, y eso casi no me pasaba. He llorado también del miedo que les tengo a los gamines, porque roban. En Nechí no hay gamines, y si alguien va a robar, los vecinos lo sacan a patadas.

Aquí no es así. Los gamines andan con navajas y pican a la gente para quitarle la plata. Mi mamá no nos deja salir sino hasta la puerta, porque le dan miedo los ladrones y los carros. Yo creo que allá conseguíamos más fácil lo de comer y más difícil la ropa y los

zapatos. Acá conseguimos ropa y zapatos, pero la comida cuesta mucho. Mi mamá no puede ayudarle a mi papá porque le da miedo dejarnos solas habiendo tanto mal por la calle.

El otro día me mandaron a la tienda a traer una yuca y me asustaron los de la policía cuando llegaron montados en una moto y se metieron en la tienda con moto y todo, así como hacía la paramilitar en Nechí. Mi papá sí quiere volver al pueblo, porque tiene miedo de perder la casa y porque dice que aquí todo va a ser más difícil; que está llegando mucha gente como nosotros, sin tener qué hacer ni qué comer. Pero yo no quiero volver: si volvemos a vivir allá, me quedo sin los tenis rojos que mi papá me prometió.

4. Los silencios

Íbamos llegando a Pinillos cuando oímos la totiazón de las bombas que soltaban los helicópteros. Se descolgaban en picada, como gavilanes, y botaban sus huevos a la loca, como peleando contra todo el mundo. Nos pasaban raspando las cabezas con el ventarrón que hacían las hélices. Cuando vi que eran de la brigada del ejército, pensé que la guerrilla se había tomado el pueblo. Tranquilicé a La Mona y le dije que no se asustara, que nada nos podía pasar porque nada habíamos hecho. Y como si me hubieran oído, comenzaron a echar sus bombas por detrás del pueblo, por una parte que es cenagosa.

No se me hizo raro que la guerrilla buscara esa salida para coger el monte; lo había hecho otras veces. En la plaza la balacera retumbaba cada vez más fuerte; la batalla se había encendido. Fuimos llegando agarrados al barranco del río con el motor apagado y haciéndonos los chiquitos, hasta un destapado desde donde se mira todo el muelle. La policía se había atrincherado en su cuartel y disparaba hacia el río, siendo que el traque-traque estaba para el centro del pueblo. Le dije a La Mona que se me hacía raro, no habiendo por este lado sino civiles. Cuando la guerrilla se toma el puesto —y lo había cogido por costumbre—, lo rodea y no deja respirar a la policía hasta que se rinde. Pero ahora los policías le apuntaban al río.

Estando en esas, mirando sin saber qué pensar ni para dónde coger, llegó una muchacha, novia que era de uno de los agentes, y nos contó entre resuello y resuello que los paracos habían llegado a las seis de la mañana haciéndole el tiro a lo que se moviera, fuera vivo o fuera sombra; que a la policía le habían dado la orden de acuartelarse desde la noche anterior, y que los «moscardones de la brigada» estaban rafaguiando en la ciénaga para que nadie se escapara por ahí. La Mona conocía a la mujer porque habían

trabajado juntas en Barranca, en el Café El Danubio, y le dijo:

—Oiga, Marina, siendo la cosa así, ¿por qué no va hasta la plaza, mira bien qué está pasando, nos trae tinto que estamos en ayunas, y viene y nos cuenta?

Así fue. Al rato llegó con el tinto y la noticia: Levis estaba sacando para la calle a la gente que él conocía, y los paras la estaban amarrando en el suelo. En ese momento oímos lo peor: tiros regados, y silencios. Silencios largos que daban más miedo que las bombas.

El padre de Levis era un viejo zorro, ladrón de bestias y reducidor de motores, y Levis, que es un jodido, se hizo amigo de Víctor, el comandante de la guerrilla, para proteger a su taita. Pero la gente puso la queja y Víctor le echó mano al viejo, lo amarró y delante de todo el pueblo le hizo confesar sus delitos y prometer que le devolvería a cada quien lo que le había quitado. Levis juró venganza. Desapareció de Pinillos y apareció cerca a Cartagena, en la escuela militar de los paras, entrenándose para volver. Y ahora volvía como juez: toda la gente que señaló quedó muerta en la plaza.

Fue el comienzo. Los paracos se retiraron para los lados de Loba, mientras la policía levantaba los cadáveres de las catorce víctimas del dedo de Levis. Los helicópteros de la brigada no regresaron ese día. En el pueblo todo era desconcierto y miedo, un miedo que enmudece y que no deja mirar a los ojos, que no deja hablar. El entierro se hizo sin que nadie llorara, porque Levis seguía en el pueblo. Aquel día estalló otra bomba: nueve campesinos de Arenal habían sido destrozados con motosierras, y sus cuerpos colgados en pedazos al borde de la carretera. La gente se echó al monte con el poco aliento que le quedaba, con sus corotos, con sus hijos, con sus perros; echó a esconderse entre las ciénagas, a hacerse invisible. Mientras tanto, yo quería hacerme el pendejo, por más que me doliera lo que veía y lo que me contaban. Pero La Mona me dijo, mirándome a los ojos con una seriedad que yo sabía qué quería decir:

—Usted puede pasar agachado a ojos de ellos. A los míos no.

Y con eso me empujó a no dejarme coger ventaja de los que salieron adelante.

Los alcancé cuando ya habían pasado el río y estaban en la

Ciénaga de Morrocoyal, aguas donde acabé de criarme. Mi padre nació cerca de Cereté en tiempos de Ana Julia Campos, una mujer que se levantó contra los atropellos que cometían los patronos con los trabajadores del Ingenio Berástegui, y que creció oyendo cuentos de los abusos de políticos y ganaderos. Él mismo estuvo colaborándole a don Julio Guerra cuando éste tomó armas por los lados del cerro de Murrucucú en el año 48 para vengar la muerte de su jefe, Jorge Eliécer Gaitán, y se declaró enemigo jurado del gobierno conservador de Mariano Ospina Pérez. Una cadena larga de peleas y rencores nos amarraba a toda la gente que huía —que huíamos— por el Caño Tiquisio.

En la propia finca de mi padre, que para ese tiempo ya no era nadie, levantó la gente su encapullado con talegos de plástico y ramas de *Ceiba Tolúa* , el árbol que fue la cuna de nuestra desgracia, como el viejo mío nos lo hizo entender aquella noche. El ceibo es un árbol corpulento como una catedral, que mide diez o quince metros de alto y por lo menos cinco de cintura. Ha sido muy perseguido por las compañías madereras porque es un palo fino y resistente que no se tuerce con el agua. Hoy los aserríos de Pinillos lo tienen acabado. Con su corte empezó el fin de la selva, y el fin de la selva comenzó con la ganadería. Para sacarlo había que meter mulas y sembrar pasto para mantenerlas, y en esos abiertos hicieron los potreros que con el tiempo se volvieron tierra de reses. El corte de madera fue financiando la apertura de haciendas. Una cosa empata con la otra y el perdedor es siempre el colono.

Cruel caso. Siempre ha sido así. Mi padre fue aserrador y fue también colono en el Caño San Carlos, cerca de Montería, y cuando las cosas echaron a verse mal y los ganaderos a empujar campesinos para afuera, el hombre pensó que había demasiada tierra baldía para dejar la vida en una cerca de púas. Porque los labriegos de todo aquello que hoy es Ciénaga de Oro, Rabo Largo, Mateo Gómez, Bajo Grande, peleaban sus derechos hasta que la policía terminaba colgándolos de los alambres para que escarmentaran y se fueran. Echó pues el hombre a andar por el río Sinú abajo hasta La Doctrina, donde el Incora estaba comenzando a dar tierras, pero llegó tarde. Salió al Golfo de Urabá y dando una vuelta penetró el Atrato, subió mirando esa belleza de tierras que se dan en sus orillas, pasó por Unguía —tierra prometida— y se ubicó más arriba

de lo que fue la antigua hacienda Sautatá, un terrenón que tenía ingenio de azúcar, ganaderías extensísimas y hasta moneda propia. Todo había fracasado con el incendio de la fábrica de alcohol, y cuando el viejo llegó, hasta con las pailas habían alzado. Quedaban el cementerio, los campamentos y el sitio donde había naufragado la draga que vino desde Barranquilla a tratar de sacar el barco ahogado que transportaba hacia el Valle del Cauca parte de las máquinas que los Eder habían comprado para fundar su ingenio en Palmira. El viejo llegó buscando tierras, y penas fue lo que a la larga encontró.

Le echó pues ojo a un monte y lo derribó a pura hacha. Con la madera que sacó hizo casa y abrió unas diez hectáreas, donde sembró pasto para meter un ganadito en compañía. A los ocho años ya había hecho un modo y a los doce llegó el gobierno a comprarle, porque dizque se pensaba hacer un Parque Nacional.

—¿Parque Nacional? —se preguntaba la gente, sin saber qué era ni para qué servía. Lo que es la ignorancia: como el gobierno lo decía, la gente le creyó. Eran otros tiempos. El único problema de los colonos era para dónde irse, pero el funcionario —que era un zorro— les respondió:

—Pues por eso sí no se preocupen, que el gobierno les pone una panga para llevarlos a donde ordenen.

Y así fue. Le dieron un cheque a cada colono y los dejaron, a los setenta que eran, en el puerto de Turbo, con todo y corotos. Más tardaron en cobrar el cheque que en comprar lo que les vendieran: ropa, botas de cuero, motores, revólveres, radiolas y, claro, whisky. A la mayoría, para no decir a todos, se les acabó el billete antes de gastarlo. El resto fue «crujir de dientes», como dice la Sagrada Biblia.

Aunque el viejo, pensándolo bien, no salió mal librado. Como era hombre de ahorros y tenía la enfermedad de hacer una finca para sus hijos, que en ese tiempo ya éramos ocho, pues se puso a buscar tierras donde las hubiera. Echó para atrás, volvió al Sinú, pasó al San Jorge y se enrutó hacia el Bajo Cauca. Compró un entable para sacar madera en los cerros del Corcovado, y cuando la madera le comenzó a dejar, se asentó en Achí, en una finca grande, mitad monte y mitad rastrojo, que el dueño vendía a buen precio, cansado de trochar montaña sin poder poner ganado.

Nos metimos allá todos. Era una fiesta trabajar en una tierra agradecida y despejada de deudas. Le hacíamos a tumbar montaña, a sembrar pasto y a aserrar madera, sin descanso; trabajábamos juntos y cada uno en el oficio que, según la fuerza y la edad que se tuviera, el viejo ordenaba. Hicimos así, a puño, La Gratitud, nombre con que bautizamos la finca. Yo digo que no nos iba mal, pero de todas maneras, como no teníamos créditos ni motor, quedábamos enredados con los intermediarios, que tienen siempre las uñas largas y el corazón seco. Las haciendas de los de a los lados, antioqueños, progresaban más rápido que la finca nuestra, se veían los pastizales primero y luego cebaban el ganado hasta que parecía reventarse. En carrera de pastos y de reses, el pobre la lleva perdida. Total que un día, después de mucho negarse, y a resultas de un viaje que el viejo hizo a Pinillos a negociar una madera, resolvió venderle a un vecino y echar con nosotros para el caño Tiquisio, que había conocido como aserrador y «donde —nos dijo— la tierra es más fresca». Más fresca sí —lo supimos a punta de sudor —, pero más rebelde. En ese tiempo, en Tiquisio, no había sino agua.

Yo tenía dieciocho años y ya me estaba haciendo hombre. Levantamos casa de vara en tierra, sobre un barranco, sembramos maíz y arroz, plátano y yuca, y soltamos los brazos a volver a tumbar montaña. A diferencia de La Gratitud, y en lugar de pasto y ganado, en esta finca, que nombramos El Barco, nos metimos a tantear con la marihuana. Habíamos oído de esa yerba como quien oye hablar de algo que existe muy lejos. Pero nos acogimos a esa aventura viendo que a otros les iba bien y que cultivándola no se torcían, ni se degeneraban, ni se mataban unos con otros. Al principio daba más que la madera, más que el ganado y hasta más que las minas de oro de Santa Rosa del Sur. Tanto así que fueron los ganaderos grandes y los compradores de oro los que comenzaron a financiar las siembras. Eso está escrito. Mucho señor que ahora es don y gran político, adelantaba plata al colono para cultivar la yerba y luego la compraba. Mucha fortuna se hizo sembrando marihuana en la región. Nosotros, por ejemplo, con lo que nos dejaba pudimos comprar motosierras, un motor y hasta un solar en Pinillos; el viejo quería que aprendiéramos a trabajar la tierra, pero también a estudiar. Muchas veces le oímos decir:

—Hay que aprender a leer la tierra, y eso sólo se puede hacer estudiando.

Poco a poco fuimos sacando la finca al otro lado, y metiéndole ganado como quien no quiere la cosa. La yerba seducía si uno la sabía manejar, y todo mundo creyó coger el cielo con la mano. Hasta que un día, de pronto, dejó ver la maldición que carga.

Mi hermano mayor fue para un 20 de diciembre a vender media tonelada que había cosechado por su cuenta en un rincón de la finca que mi papá le había dado por ser el mayor. Bajó a Pinillos, vendió a buen precio la cosecha y se la pagaron en puros billetes de a dos mil pesos. Los de quinientos los habían retirado, porque en Nariño se habían robado un banco y el gobierno quiso bloquear a los pícaros. Pero nos jodió a nosotros, porque el bulto de billetes que cargaba mi hermano les disparó la gana a los sicarios que lo mataron y que, como todos sabíamos, trabajaban en llave con los mismos comerciantes que compraban la yerba. Fue un asesinato cruel. Mi hermano cogió el billete entre diez y once de la mañana, pasó por una cantina, se tomó una sola cerveza —para celebrar el corone, ya que a él no le gustaba tomar, y más sabiendo que estaba con toda esa plata entre el bolsillo— y luego lo alcanzaron en el puerto. Lo encontraron tres días después bajo una panga que estaban calafateando, tapado con unos costales. Para el viejo fue una gran pena; se echó a morir y nada volvió a importarle. Dejó todo en manos nuestras, las de sus hijos.

Trabajar sin jefe es para peleas y por eso me agarró el deseo de irme a las bananeras. Uno joven pasa por la ilusión de tener su billete propio, de tener su presupuesto y de gastárselo sin rendirle cuentas a nadie. Me fui lejos, bien lejos: me contraté, para no decir que me vendí, en una bananera de Chigorodó para trabajar día por día cortando fruta en aquel calor, oliendo a veneno y vigilado siempre por un hombre armado de changón. Uno ahí trabaja las ocho horas, es cierto, tal como el sindicato lo había negociado, pero ocho horas con cuota, es decir, con una norma llamada de productividad, que significa beneficiar un número mínimo de racimos por hora. En mi caso, había que colgarlos en el cable.

Como la norma esa no había quedado en los contratos, hicimos una huelga de finca. El administrador llamó al ejército; el capitán nos acusó de estar al lado de la guerrilla y amenazó con

«castigarnos». Los directivos del sindicato lo frentiaron y el hombre, sin decirnos nada, nos dio la espalda. A los días, cuando íbamos a comenzar la jornada, vi que en el cable había como unos racimos envueltos en plásticos negros. Se me hizo raro porque ni usábamos esos talegos ni habíamos dejado racimos colgados. Cuando fui a ver, pegué el salto y casi perdí el sentido: de los ganchos estaban colgados el presidente y el secretario del sindicato. No hubo más: tocaba salir de ahí sin mirar para atrás. Yo digo ahora, sin querer ofender a nadie, que esos muertos nos salvaron a muchos la vida, porque casi todos los obreros desertamos de las bananeras para no volver a trabajar en ese infierno. Nunca se castigó a nadie por ese crimen, y los patronos siguieron sin que les doliera una muela.

Volví a Tiquisio. La Mona, que había dejado niña, era ya una muchacha volantona, a pesar de que no me demoré sino año y medio en Chigorodó. Es que hay épocas en la vida que no pasan sino saltan. Se había vuelto una mujercita bonita, de vuelo, muy alegre, y había aprendido a pilotear motores y canoas. Cuando, sentada en la popa, se le brisaba el pelo hacia atrás, yo la miraba como en sueños y, como ella no se me desprendía de ellos, resolví, sin decirle nada, enamorarme. Mi mamá me advirtió, viéndome medio alunado, que no olvidara que ella había trabajado sus diítas como coopera, pero yo le reviré que el trabajo no era deshonra y no quise saber más de ese pasado. Un día que iba en un potrillo arrimadita a la orilla del caño, le salí al paso. Ella se sorprendió y le subieron colores a la cara. Yo entendí el mensaje como un sí, y no fue más. Me le fui al suegro y le solté el cuento sin dejarlo respirar. El hombre, curtido en bregas, me contestó:

—Sí, joven, usted es hijo de un hombre trabajador y por eso se la merece. Pero demuéstreme que puede mantenerla, haciéndose una finca en lo mío.

Me le metí a un corte de montaña y en un año completo tenía «derribe», huerta y casa.

—Vaya y mire —le dije al suegro.

—Ahora hable con ella —me respondió, sin decirme más.

No fue necesario. Ella sabía ya todo, como lo sabe una mujer cuando nace para uno, y nos casamos en Pinillos con ley y con cura. Fue ahí, en el cursillo matrimonial, donde conocí al padre Javier, una gran persona. A mí nunca me habían gustado los curas, pero

ese no daba sermones, conversaba y uno sentía su amistad limpia. Nos hicimos amigos, y a mí y a La Mona nos gustaba sacarle tiempo al trabajo para hablar con él.

Mi papá se enfermó. De joven un palo le había golpeado la cabeza y ya de viejo supuraba por un oído y quedaba sin aliento. La muerte de mi hermano lo dejó hecho un cadáver en vida. Yo, casado ya con La Monita, me dediqué a trabajar el tajo que nos había regalado el suegro y a no dejar caer la finca de mi papá, porque mis otros hermanos habían volado: los grandes a hacer su vida y los menores a meterse bajo el ala de la mamá. Los viejos se separaron por cosas de ellos y mi mamá vivía en un medio rancho que le levantamos en un solar de Pinillos. Se odiaban con un odio que daba miedo, hasta el punto de que parecía que querían matarse después de haber vivido juntos, sufrido juntos y criado semejante fila de hijos. Los que se quieren mucho de jóvenes pueden llegar a odiarse de viejos. Así son las cosas, y cuando son entre taitas mejor no menearlas para no tomar partido.

Yo también aserraba y le vendía toda la madera en tucas a Puertas de Colombia, la compañía que todo lo compraba, que negociaba con todo y que a nada se le corría. La marimba seguía, y a su lado la corrupción, las muertes y la putería. Todos esos caseríos —Tiquisio, La Raya, Tacuyalta, El Colorado, El Sudán— se volvieron cantinas con calle; las muchachas volantonas y hasta las niñas del pueblo se volvieron mujeres de bar, y cada nada los muñecos aparecían en los zanjones. Los comerciantes y la autoridad dieron en montar negocios alrededor de los negocios de yerba, y la mortandad se hizo el pan de cada día. Uno se daba cuenta de todo, aunque a nadie podía decir nada si quería seguir viviendo. Con el cura Javier comentábamos, porque nos teníamos confianza, pero hasta ahí llegábamos.

Fue por esos días cuando oímos hablar más que siempre de los «muchachos», que eran tales y tales, que venían de por allí, que pasaban por allá. Nada en concreto. Hasta que un día, abriendo un canal para sacar una madera, me los topé de frente. Eran ocho o diez; ni los conté del susto. Armados y uniformados. Me pidieron la cédula, me investigaron lo que hacía y me preguntaron por conocidos, tomaron sus apuntes y se fueron. Duré semanas sin saber de ellos, hasta que por allá a comienzos del 95 nos citaron a

reunión en Achí, a todos los dueños de finca. Llegamos y nos hablaron claro:

—Por aquí seguiremos pasando; no aceptamos la droga; no aceptamos los sapos; no aceptamos los pícaros y no aceptamos a los criminales. Quien lo sea, es mejor que desfile; quien no lo sea, que trabaje y no le haga mal a nadie. Quien no sea legal a nuestra ley, le damos dos oportunidades antes de pelarlo: una para que se corrija y otra para que se vaya. La tercera es la definitiva.

No hablaron más. Ellos eran conocidos por todos esos ríos y todas esas montañas desde hacía mucho tiempo, pero fueron saliendo a lo poblado porque en lo poblado era donde se movía la gente y corría el billete. A mí me parecían demasiado agrios. Volví a verlos después, cuando citaron para hacer un puente. Se oía hablar de ellos, pero eran como hechos de humo.

Las conversas con el cura Javier fueron resultando en reuniones con la comunidad, y las reuniones con la comunidad fueron resultando en obras para la comunidad. Organizamos juntas de acción comunal, bazares y talleres, y a mí me fue gustando esa vida. A La Mona también, y hasta más que a mí, porque se volvió promotora de salud y así conoció todos los ríos, todos los caminos, todas las familias. Se los sabía de memoria. Yo la acompañaba de vez en cuando porque me gustaba mirarla tan dedicada a su gente. Y la gente nos fue cogiendo cariño.

No sabíamos entonces a qué aguas íbamos a desembocar. Es extraño, pero las cosas saben anunciarse. No sé cómo será, pero uno va como presintiendo las desgracias. A veces creo que uno mismo las va trayendo con pensamientos atravesados que apenas sí son meros relámpagos. Y así, un día se me dañaron las dos motosierras que tenía; al poco tiempo tuvimos que llevar al viejo al hospital y dejarlo en Pinillos; de regreso casi naufragamos en el Brazo de Loba, y cuando volví, a La Mona se le había derramado agua hirviendo en una pierna y la encontré hecha una llaga en cuerpo y alma. Uno de mis hermanos había regresado de Cartagena, donde trabajaba de cotero en el puerto. Lo vi llegar como inquieto, acelerado, nervioso, pero no le puse mucha atención. «El viaje», pensé, pero La Mona me dijo:

—No, no es el viaje. El hombre viene huyendo.

La cosa fue pasando y ya nadie se acordaba de lo que traía el día

que llegó. Para un 20 de julio salió al pueblo con el cuba, el menor de todos: doce añitos. Estuvieron dando vueltas, se encontraron con unos amigos, gente que, según supimos después, eran reinsertados del EPL . Se corrieron unos biches, y cuando se iban a embarcar les cayeron los paracos.

Mataron al cuba y a mi hermano; los amigos se abrieron a pistola. Nos avisaron de la tragedia y yo me fui como si el muerto hubiera sido yo y estuviera dejando este mundo. Llegué con la vida entre las manos hasta la policía. Nadie sabía nada, nadie daba cuenta de nada, la ley nos miraba como se mira un animal muerto. El cura Javier consolaba a mi mamá y al viejo, que habían llegado antes y no dejaban de llorar. Los velamos en la casa cural y cuando estábamos en esas volvieron los asesinos. Tan protegidos estarían, que ni siquiera llevaban la cara tapada. Yo no me conformaba con la muerte del cuba —Lorenzo, se llamaba—, porque era una criatura inocente que a nadie le había hecho mal. Su único delito había sido crecer y acompañar a su hermano; yo le miraba la cara en el ataúd sin poder atajar el llanto. ¿Cómo habían sido capaces de matar a un angelito y después, no contentos todavía con su sangre, destrozar a balazos el cajón? ¡Malnacidos!

Gente muy mala, como salida de la entraña misma de Satanás tenía que ser. Yo lloraba también al grande, porque nada vale tanto como una vida humana: vale más que un pedazo de tierra, que una idea, que un gran capital. Pero el hombre murió en su ley, aunque no fue por matarlo a él que lo mataron, sino dizque por ajusticiar a los epelos. De todos modos, él ya había vivido y sabía qué era esta tierra. Pero el cuba, por Dios, rezaba yo:

—¿Por qué? ¿Por qué, señor? ¿Dónde está tu justicia? ¿Dónde tu espada?

Sin que nosotros tuviéramos nada que ver, a los pocos días la guerrilla se tomó el pueblo y destruyó el puesto de policía. No dejó, como dicen las escrituras, piedra sobre piedra. Yo le dije a La Mona:

—Vamos a buscárnosla a otro lado.

El cura Javier salió el mismo día, a la misma hora, en la misma chalupa. La policía construyó un cuartel en la mitad del parque de Pinillos y puso a todo el mundo a trabajar en la obra.

—Quien se niegue es de la chusma y así lo trataremos —dijo el capitán de la Armada que llegó a dirigir los trabajos.

El nuevo cuartel quedó como una copia de las murallas de Cartagena y nosotros fuimos a dar a Medellín, donde unos tíos de ella, mientras nos pasaba el miedo, un sentimiento peligroso, muy traidor. Resulté de catequista porque el cura Javier, que es paisa, me recomendó en la parroquia del barrio Buenos Aires y allí comencé a ver el sufrimiento de la gente, que era el mismo sufrimiento mío. La Monita, bendita, no me dejó hundir en ese mar.

Cuando uno sufre de verdad, busca a otros que sufren para llevar en andas el dolor entre todos, y por eso agradecí que me encargaran de catequizar a los niños huérfanos del barrio. Eran muchos, ya que las guerras de los carteles habían dejado cantidad de ellos en la calle, sin padres, sin hermanos, sin quién viera por ellos. Conocí muchas historias que me llenaban de tristeza: niños que habían visto asesinar a sus viejos y a toda su familia. Todos cargaban en su alma su dolor, que era tanto que ya nunca hablaban de él. Pero por otro lado, poco a poco, mi gente me fue haciendo falta. Era una laguna de silencio que nada llenaba.

Echaba de menos los ríos, el vaivén de la lancha, el calor pegajoso, las tormentas que sacudían el cielo; no me conformaba con despertarme entre cuatro paredes de plástico y seguir viviendo el día entre otras cuatro. Mis amigos, el tinto conversado con mis hermanos, las peleas con mis vecinos, las mentiras del alcalde, las quejas de los indígenas y hasta los ratos de hambre y de miedo que habíamos sentido me hacían falta. A pesar de mi trabajo y del consuelo que me daba, no encontraba mundo bajo mis pies, y cuando comencé a sentirme extraño conmigo le dije a La Mona que me iba.

—Sí —dijo ella—, pero no nos va a dejar solos, ¿verdad?

—¿A quiénes? —pregunté sin entender el «nos».

—Al niño y a mí —respondió ella muy emocionada.

—¿Cómo?

—Sí —añadió—. Estoy preñada.

Me puse feliz, y cuando me calmé le dije:

—Mona, con mayor razón volvamos. No quiero que el niño nazca respirando este olor a inquilinato.

—Vámonos —aceptó ella—. Confiemos en Dios.

Regresar es echar la vida para atrás. El río me pareció más pequeño, la gente más dura, la vida menos grata. Pero era el río y

era nuestra gente, nuestra vida. Sobre el cadáver de mi hermanito y en las soledades de Medellín, me había jurado dedicar el resto de mis días a trabajar por la comunidad. Y no fue sino desembarcar en Pinillos para que ahí mismo saliera a buscar a la Organización Campesina del Bajo Cauca, que la Iglesia había apoyado para defender nuestros derechos y luchar por el mejoramiento de nuestras condiciones. El principal problema seguía siendo la ambición que los madereros y los ganaderos mantenían sobre las tierras. El atropello era el pan diario: compra barata de madera, compra barata de mejoras y al final, jornales regalados y desempleo. Eso se veía claro como la luz del día. El obispo de Barranca no se engañaba y nosotros, los campesinos, tampoco.

Cuando la guerrilla se fortaleció, los madereros se avinagraron y a los terratenientes se les paró el pelo. Sin embargo, aun con todo, la cosa era llevadera, hasta que al gobierno le dio por hablar de la carretera a Tiquisio. Ahí dieron la largada: todos querían situarse cerca de la obra para que la valorización los beneficiara, y se desató una guerra de tierras que no respetó títulos de papel, ni de trabajo, ni de tradición, ni de palabra. Los madereros querían sacar rápido lo que quedaba de madera, y los ganaderos y especuladores querían abarcar más tierra para vendérsela cara al gobierno cuando saliera a comprarla, lo que significó atropellos, robos descarados, muertos. Fue por eso que todas las organizaciones que defendían el derecho de los campesinos se pusieron las pilas para luchar contra el destierro que venía en tropel, contra el robo de tierras, contra la violencia que abría el camino. Y cuando la Iglesia, a su manera, y la guerrilla a la suya, se pusieron del lado de la gente, aparecieron los paramilitares y los militares, y la impunidad se quedó a vivir cuidando ese matrimonio.

Las leyes eran claras en la defensa de nuestros derechos. El trabajo de hacer conciencia para saber quién era usurpador y contra quién debíamos pelear, fue muy difícil y muy largo. La palabra de Dios no usa nuestra lengua y era casi imposible entender que interpretar las leyes era más cristiano que leer el propio evangelio, que era lo que hacíamos, o tratábamos de hacer. Amar al prójimo es luchar a su lado, pero saber cuál es el lado es una prueba que Dios sabe poner. Es entonces cuando la fe salva y mueve montañas, porque sólo la fe permite entender qué es lo que se quiere y, por

tanto, dónde se está. En Pinillos nos dedicamos con el grupo de catequistas a ayudar a organizar las comunidades; vivíamos haciendo talleres, organizando juntas de acción comunal, consejos comunitarios, grupos de palabra y cuanto grupo asociado nos propusieran, porque si algo ha entendido el pueblo es que solo nada puede, nada es, no existe.

La Organización Campesina del Bajo Cauca se extendió por todo lado: desde Magangué hasta Nechí y desde Ayapel hasta El Banco. Yo tenía —y tengo— en mi cabeza un mapa de toda esa región, porque la caminé, la navegué y la sufrí con su gente. Venía precisamente de una reunión en Calzón Blanco el día que los paracos se tomaron a Pinillos y asesinaron a catorce personas, la mayoría vinculadas a la Iglesia o simples cristianos con quienes Levis no convenía.

La Mona regresó a Medellín, a esas montañas lejanas y frías, sola con Lorenzo, como alcanzamos a bautizar al niño. Prefirió vender chontaduro en el Parque Berrío, porque el ruido que ahí habita le distrae el silencio que le dejó en el alma la última matazón. Se fue con la mirada perdida y lenta, como agua que baja por el Cauca arrastrando cadáveres.

Yo sigo detrás de mi gente. Hemos resuelto dejar de huir y decidimos resistir. Sin armas, sin sed de venganza, pero sin perder lo que nos une a todos, que es esta tierra que entre todos trabajamos y entre todos hicimos. Vivimos de noche, porque de día nos acogemos a la selva, donde hemos armado cambuches y construido un pueblo debajo de los árboles; allí comemos en una olla común, donde cada uno echa lo que puede y saca lo que necesita para seguir viviendo y resistiendo esta racha de sangre que Dios nos puso en el camino. El brazo nos lo cortan, pero no lo daremos a torcer.

5. El barco turco

Toñito fue el último niño bautizado por la cruzada evangelizadora del padre Eustaquio. La prueba es que todos sus amigos menores llevan nombres que no son de cristiano: Bryan, Wilmer, Hayler. Los curas franciscanos pasaban cada año bautizando a los que habían nacido y casando a sus padres. No volvieron desde que aquellas tierras del río Atrato se vieron inundadas de paisas que llegaron a montar aserríos para llevarse la madera y después dedicarse al narcotráfico. La vida no volvió a ser la misma de aquellos días en que las mujeres le cantaban a San Lorenzo para que el viento soplara y se llevara la cascarilla del arroz que iban pilando.

Toño se crió en la orilla del río Chajeradó. Aprendió a nadar antes que a caminar y se fue haciendo niño mirando a las mujeres en currucas lavar ropa sobre tablas de madera, ya que en esa tierra no hay piedras; una piedra es allá un tesoro. No fue a la escuela porque no había y porque a nadie le interesaba aprender a leer habiendo radio. Los viejos sabían sólo sumar y restar para saber cuánto les debían los aserríos de Riosucio, tres días aguas abajo, donde les compraban la madera. Toñito ni nadie sabe cómo ni por qué un día llegaron incendiando las casas. Todavía tiembla de miedo cuando cuenta lo que ha vivido desde aquella madrugada.

Yo estaba haciendo un trompo porque me había aburrido de los barcos y de las cometas. La cosecha de arroz no había llegado y por eso teníamos tiempo para jugar. Porque cuando llegaba el arroz, se venía como una creciente del río y no había lugar dónde guarecerse para descansar. Los hombres grandes lo cortaban con machete, y las mujeres lo arrimaban al pueblo. Los niños hacíamos mandados, y no nos dejaban quietos; a los hombres había que llevarles biche para que no se aburrieran y a las mujeres agua con limón para que aguantaran el sol. Lo malo de ser niño es que todos los trabajos que a nadie le gusta hacer los tenemos que hacer nosotros, y cuando

todos se echan a descansar, uno tiene que seguir haciendo mandados.

Hacer trompos es difícil. No hay con qué redondearlos para que se queden dormidos sin derrotarse. Los mejores son de chachajo, un palo duro para trabajar, que por eso mismo dura. A mí me gustaba más hacer barcos y soltarlos río abajo a que encontraran su destino. Me gustaba acompañarlos desde la orilla hasta que se perdieran de vista. Los motores que suben y las trozas de madera que bajan me ahogaron muchos barcos, pero yo seguía haciéndolos porque quería que alguno llegara al mar. Todas las aguas van al mar, decía mi papá; y mi abuelo creía que se iba a morir allá. Es verdad: el río todo se lo lleva al mar, ya sea los chopos que tumban los rayos, las cosechas de arroz que se desbarrancan, la ropa y los tenis que se dejan secando a la orilla, los animales que se confían. Hasta la basura que uno bota, al mar llega.

Hice en palo de balso todos los barcos grandes que pasaban por el Atrato y que miraba cuando acompañé a mi tío Anselmo a bajar unas trozas de cativo a Riosucio, donde las negociaba. Allá los barcos son grandes como casas, tienen techo, estufa y televisión y adentro hasta se crían gallinas. Uno puede vivir en ellos toda la vida, sin bajarse, porque, ¿a qué se baja uno si todo anda con uno? Van hasta Cartagena jalando madera y vuelven trayendo remesa y loza, y duran hasta dos días en llegar y dos días en volver. Mi tío me decía que había barcos más grandes que esos en el mar, pero yo no le creía. No le creía, aunque él era mi amigo y me había enseñado a caminar el monte, que tiene su maña. Una culebra mapaná mata un novillo mientras uno mira dónde lo mordió; un tigre mariposo puede romper de un puño una panga; una espina de chonta atraviesa una bota de caucho de lado a lado.

Mi tío Anselmo había andado mucho por el mundo. Conocía Quibdó y conocía Istmina, donde corren las aguas al revés y van al otro mar, y había trabajado en el aserradero de la boca del río León, que recoge la madera de todos los ríos. Un día entró en disgusto con los patronos porque no querían reconocerle una plata que le debían. Se fueron a las malas y mi tío, que conocía el daño que puede hacer una rula, le zampó dos planazos al encargado y lo dejó boqueando como un pescado embarbascado. La policía dio en perseguir a mi tío y por aquí llegó y no volvió a salir.

Sin embargo, vino sabiendo cómo era el cuento de las maderas. Hacía cuentas: aquí nos pagan a tanto, en Riosucio vale tanto, en el río León vale tanto y ¿cuánto no valdrá en Cartagena? Se puso de valiente a sacar cuentas y a contárselas a los aserradores del río Curvaradó, y por eso lo mandaron matar y lo mataron: lo ahogaron a palazos. Salió a los tres días por allá abajo, en las bocas del Murrí, hinchado como un manatí y blanco como paisa descolorido. Mi abuelo dijo que esa muerte se debía dejar quieta, porque la venganza trae más muertes. Pero no le hicieron caso. Hubo muertos de aquí y de allá, hasta que el negocio de la madera se acabó.

Un día pasaron los guerreros, gente que maneja el monte y maneja los fierros. Nadie los conocía: venían de travesía y traían dos heridos, flacos y acabados como el santo Cristo de Buchadó. Pidieron ayuda. Al que llega al pueblo se le curiosea, aunque siempre se le ayuda. Descansaron, comieron, lavaron ropa y durmieron. Se veían nerviosos por los heridos, que cada noche se miraban más blancos. No valieron remedios, ni aguas, ni hierbas, ni rezos. Se murieron porque tenían ya poca sangre. Los enterramos en el cementerio, por ahí disimulados, y el comandante nos dijo que no podíamos decirle a nadie.

—Si lo hacen —añadió—, volvemos, y no a preguntarles qué pasó.

Pero el tiempo pasó y vinieron otros tiempos peores. La gente del río Curvaradó aguantó tres años comiendo arroz y mazamorra de plátano, porque no quería vender su madera regalada, hasta que llegaron otros paisas con su mochila llena de negocios y lo pintaron todo facilito y pulpo; mucha gente se matriculó en esa suerte y aceptó entrarle al negocio de la coca: sembrarla, trabajarla y meter los billetes entre la mochila. No había ni riesgos ni pierdes. Se trabajó bonito al comienzo, los afueranos cumplían y pagaban. Yo me fui dando cuenta de todo porque ya estaba volantón y mi ilusión era salir del río, conocer Cartagena, mirar el mar. Era lo que soñaba.

La coca es un negocio que tiene la fuerza del agua cuando la atajan. A la gente que se mete con ese mal, mal le va. A mi mamá no le gustaba el vicio de vivir detrás de los billetes, pero hubo gente que vio por ahí un hueco para salir adelante y se comprometió hasta el mango del hacha, como dicen. Yo no sé cómo sería. Lo

cierto es que un día los compradores llegaron armados y hablando duro.

—Pagamos a tanto, y si no les gusta nos importa poco. Además, ya sabemos que ustedes colaboran con la guerrilla y queremos advertirles que eso no lo permitimos más.

—El trato no era ese —les dijo mi abuelo—. Si ustedes no pagan lo prometido, aquí no se tienen más negocios con ustedes —y todos los hombres grandes estuvieron con él.

—¡Guerrilleros de mierda! Por eso es que no quieren colaborar con nosotros —volvieron a decir los diablos.

Era gente muy cismática, que nada permitió. Tocó aceptar que pagaran la mercancía al precio que les dio la gana y se fueron sin despedirse. Todos creímos que las cosas habían quedado así, sin más peleas, en puras amenazas, pero mi abuelo nos aterrizó:

—No, esos diablos vuelven; es mejor guarecernos en la montaña.

Y volvieron. En la noche de ese día mi abuelo se levantó muchas veces; yo pensé que los orines no lo dejaban dormir, porque él siempre se levantaba tambaleando, salía al jardín y volvía descansado. Aquella vez, sin embargo, fue distinto. Tampoco los animales estuvieron quietos, y yo me dije que si los perros no ladraban era que ya no llegaba nadie. Entre oscuro y claro me acuerdo que se oyeron los primeros gritos:

—¡Guerrilleros de mierda! ¡Los vamos a quemar en los ranchos! ¡Salgan para verles la cara!

Mi abuelo alcanzó a decirme:

—Métase entre los costales del arroz y no se rebulla, que ahí no le pasa nada —y salió.

En la puerta lo mataron; cayó casi al lado mío; yo ni siquiera pude darle la mano para quedarme con su último calor.

Después fueron sacando a los mayores y amarrándolos uno con otro como trozas para echar al río. Las mujeres gritaban y rezaban y los niños corrían sin saber para dónde. El jefe de los diablos disparaba como si fuéramos guatines. Yo no me podía mover, el aire no me pasaba y el poco que me pasaba hacía un ruido que me hacía bullir de miedo. Todo eran carreras de unos y de otros, el pueblo era un solo dolor. Como mandado por mi abuelo, me desencostalé y corrí a buscar salida al monte. Los disparos me seguían, nadie corría para el mismo lado, los diablos disparaban a la loca. Los muertos

quedaron en los patios, en el puerto, entre las casas. A quien cogían con la mano, lo mataban a machete. Yo no sé de dónde me salió tanta carrera. Me caía y era como si me hubieran botado en un colchón; me espinaba y era como si me hubieran hecho cosquillas.

Corrí hasta donde dejé de oír gritos, muy lejos del río. Creo que por allá nunca habían pasado cristianos, porque la maraña era oscura de lo puro espesa. Tanto corrí que la noche llegó rápido, y entonces fueron los mosquitos los que me arrinconaron. No había manera de salirse de la nube que hacían alrededor de uno. Parecía que se podían coger a manotadas, pero ninguno quedaba en mis manos, y cuando dejaron de atormentarme, comenzó el frío. Yo casi nunca había sentido frío y esa vez lo sentí porque llegó acompañado del miedo. Miedo a que alguien llegara y miedo a que no llegara nadie. Miedo a la noche y miedo al tigre. Miedo a los muertos que habían matado, miedo a que hubieran caído mis papás y mis hermanos. Miedo a que no los hubieran matado sino que anduvieran perdidos por esos andurriales. El miedo siempre escoge con qué cara lo quiere a uno mirar. Lo peor es cuando lo mira con varias caras y uno no se le puede esconder a ninguna.

Me desperté cuando el sol ya estaba calentando. El miedo se había quedado entre la noche, y entonces fue el hambre la que llegó a acorralarme. Yo dije: mejor morirme a que me maten, no salgo. Y aguanté así, buscando pepas todo el día para matarla, pepas que mi abuelo me había mostrado. Pero con la noche llegó otra vez el miedo y no llegó solo, sino de la mano del dolor de tripa. Esa noche los ruidos de animales grandes se vinieron cuando los mosquitos se fueron. Estaba el runruneo de los búhos, que no me daba miedo. Estaba el gruñido del mariposo, que hacen los micos para que el tigre no se acerque. Los gruñidos son tan iguales que ni la tigra se da cuenta. Un rato los sentía por allá, y al otro rato por acá, más tarde habían cambiado de sitio, y después volvían a aparecer por donde habían llegado. Me encomendé al Cristo de los Milagros y así, acompañado, me quedé dormido.

Cuando amaneció me levanté y me dije: no, mejor salir a buscar la muerte que dejar que venga por mí. Sin embargo, ¿para dónde coger si había dado tanta vuelta que ya no supe ni por dónde había llegado? Las aguas lo llevan, recordé que mi abuelo me había dicho. Y siguiéndolas fui llegando a corrientes más gordas y así, poco a

poco, al río y por su orilla, al pueblo, donde todo estaba quieto, vacío y no se oía pasar ni el viento. Nadie había para darme razón de quién había quedado vivo. A los muertos alguien los había desenterrado y los perros los habían desparramado por todas partes. Me eché a llorar en el sitio donde habían matado a mi abuelo; ni él ni ninguno de los cuerpos de nosotros estaba por ahí, pero los rastros de las sangres llevaban al río. Lloré mucho, mucho, y entonces arrimé a la playa y esperé a que alguien me llevara hacia abajo. Pero ninguna panga, pequeña o grande, arrimaba a la orilla, así yo le hiciera señas y le gritara y le gritara. Nadie quería saber nada de lo que había pasado en el pueblo para no tener que dar cuenta a la ley de lo que había visto. Todo el mundo sabía y nadie quería saber.

Eché a caminar río abajo por la orilla hasta que me quité el pueblo de encima. Por la tardecita, de pronto, un motorista se apiadó y me recogió en su panga. Los pasajeros venían hablando del fracaso del pueblo, de lo que nos habían hecho, y alguien dijo que a los muertos los habían tirado al río para que nadie los reconociera; que a unos los habían rajado para que nunca boyaran; que a otros los habían botado enteros y que éstos, al tercer día, salían a flor de agua en la Moya de los Chulos, que por eso así se llamaba. Decían que los chulos navegaban sobre los muertos inflados como vejigas, hasta que a picotazo limpio los reventaban y el difunto se profundizaba entre las aguas. Comencé a rogar porque a mis papás no los hubieran rajado ni que los chulos los hubieran reventado, para poder hacerles siquiera un alabado. Al poco rato llegamos a la Moya y yo le dije al marinero que me dejara ahí. No estaba solo. Había gente del pueblo esperando el tercer día para ver quién llegaba. Las mujeres rezaban en un altar que le habían hecho al Señor Milagroso; los hombres bebían biche y hablaban sin hacer ruido. Todo mundo con la esperanza de recoger su muerto y enterrarlo en tierra. Una vecina mía, doña Edelmira, juraba y rejuraba que los muertos que se hunden en el agua se vuelven pescados.

A la tarde llegó el primer finado, don Anastasio, el dueño de una tienda llamada Mi Orgullo. Lo sacaron. Parecía que lo hubieran cebado, por lo gordo, y no tenía ojos. Lo sacaron a pedazos, le rezaron y al hoyo. La familia no se hallaba. Al rato llegó un primo

mío.

—Ese es mío —grité.

Me lo sacaron y me ayudaron a enterrarlo. Yo me sentí importante, porque todos me dieron el pésame, y triste, porque era mi propia sangre.

A la madrugada comenzó la cosecha. Llegaba uno tras otro, tantos, que los huecos que se habían abierto no alcanzaron. Sólo se oían los «ese es mío», «ese es mío». Hacía frío de ver tanto muerto. Aunque mi gente, la que yo esperaba, no llegó. Cada muerto era la ilusión de que fuera mi papá, mi mamá, mis hermanos. Pero no. Ninguno, por más que mirara y mirara los que iban arrimando, y tratara de que alguno fuera el que esperaba. Uno necesita el cuerpito del muerto para poder llorarlo, y para que descanse ese arrebato que le deja a uno el finado por dentro. Sin muerto, el muerto sigue vivo. Un muerto da vueltas alrededor de los vivos como los tábanos alrededor de las bestias.

Esa tarde llegaron los diablos y dijeron que estaba prohibido pescar los muertos, que había que dejarlos seguir río abajo y que si alguien desobedecía la orden lo echaban a hacerle compañía al difunto que sacara. Con la última familia que quedó, los Mosquera, nos fuimos en la línea. No hubo nunca más. Al poco tiempo llegamos a Vigía del Fuerte. La panga se acercó y alcanzamos a ver que el cuartel de la policía, la alcaldía, la Caja Agraria, todo estaba derrumbado y todavía echaba humo. Alguien dijo:

—Fue la guerrilla retaliando por lo del río Chajeradó —y nadie volvió a hablar.

Mi abuelo —me dije— tenía razón.

Por el río bajaban las tarullas despacio, y el motor runruneaba y runruneaba. Medio dormido, me despertó un golpe sobre una de las bandas de la panga: era una ola que casi nos hace dar el bote. Me restregué los ojos porque no entendía dónde estaba. El río se había vuelto una ciénaga grandísima. El marinero dijo:

—El golfo está picado —y diciendo eso aparece de porrazo el golfo, es decir, el mar. Me puse arrozudo de verlo y sobre todo de olerle ese olor que viene de sus propias profundidades. Me dio por abrir los brazos como los pájaros y por llorar como un recién nacido; sentí como si esa inmensidad me bañara la pena. Al rato desembarcamos en Turbo, donde arreglé con el patrón para que me

llevara a Cartagena a cambio de lavarle la panga y de ayudarle a atracar donde fuera arrimando.

II

Toñito llegó al hospital entre la vida y la muerte. Yo cumplía mi turno de urgencias y lo recibí en coma. Había estado en el agua tanto tiempo que se encontraba al borde de una hipotermia fatal. Lo reanimamos y poco a poco lo fuimos sacando del hueco y devolviéndolo a la vida.

La historia es corta: Toñito se había escondido en un barco de bandera turca que zarpó rumbo a Nueva York, y al rato los marineros lo descubrieron y el capitán ordenó botarlo al mar. Toñito no opuso resistencia, sino que le dio la cara al agua y no se dejó empujar sino que se echó solo. No le tenía miedo al agua porque había nacido en ella y desde niño la manejaba. Pero un barco es un barco y puede tener veinticinco metros de alto; el agua lo azotó, pero no lo reventó. La turbulencia de las hélices casi lo ahoga, aunque él sabía que a las corrientes no hay que contrariarlas y se dejó llevar por ellas hasta que el barco se fue alejando y la calma retornó.

Flotó mucho tiempo; entendió que nadando no podía llegar a la playa. Eso lo salvó de la desesperación. Duró sobreaguando más de tres horas, hasta que unos pescadores que regresaban de las islas de Barú lo rescataron, según ellos, muerto. Lo frotaron con aceite de tortuga para sacarle el frío y le dieron agua de coco hasta que volvió a respirar. Sin embargo, respirar no era lo mismo que revivir y por eso me lo trajeron al hospital, donde me fue tomando confianza. Yo lo acompañaba a comer y él me miraba con su miradita agradecida. Me contó que había resuelto irse de Cartagena para donde «el viento fuera», porque en Cartagena lo habían tratado de «incendiar».

Yo vivía con una gallada en la calle. Nos rebuscábamos por donde podíamos. Éramos cuatro: tres nacidos en el Chocó y uno nacido en un pueblo llamado Chengue, en los Montes de María. Comíamos lo que el día nos procurara. Por la noche dormíamos en la puerta de los almacenes finos, en los cajeros de plata y hasta

debajo de los carros. Nos vivían sacando a palo de todas partes porque decían que ensuciábamos, que olíamos feo, que robábamos. La ley nos mantenía derrotados y siempre de huida; los guachimanes nos daban patadas si nos dejábamos apañar. Nos pareció muy buen negocio vender aceite de coco en la playa, pero nunca se pudo. Ahí los enemigos eran los vendedores que habían arreglado con la policía y le pagaban para poder vender ellos solos. A los hoteles no podíamos arrimar porque ahí contratan sapos con guayacán de día y machete de noche; los turistas a veces querían darnos plata y la ley no los dejaba. Decían que metíamos basuco y que más encima vendíamos coca. ¿Coca? ¡Si no teníamos para comer! A veces chupábamos sacol contra el frío y contra el hambre, porque el sacol es una cobija que quita el frío y seca la tripa. Los que venden coca y marihuana son la policía y los guachimanes.

El parche había salido del barrio Mandela, a donde llega todo el que no tiene casa. Cuando la panga me dejó en el puerto de Cartagena, lo primerito que hice fue ir a buscar ese barrio. El marinero me dijo:

—Vaya que allá algo consigue, y hasta puede encontrar a su papá y a su mamá.

Se me alegró el alma de sólo pensar en volverlos a ver, aunque fuera por un ratico. Es lo que uno quiere de la gente que se va: volver a verla para decirle que uno está vivo. A mí me atormentaba pensar que a mi gente la hubieran matado creyendo que a mí me habían matado. Eso los hubiera puesto más tristes. A veces me conformo pensando que los diablos no les dieron tiempo de pensar en nada.

En el Mandela hay miles de familias. Todos han llegado de huida, dejando el camino de los muertos. Pero quieren seguir viviendo y les toca aceptar la vida como viene. Uno no puede ponerse a regatear con el destino cuando le ha visto la cara a la muerte. Había mucho pueblo del Atrato y unos pocos del río Chajeradó. Cartagena ha sido desde siempre como la mamá de esos ríos, y todo mundo tira para acá cuando le va mal y también cuando le va bien. Cuando llegué al Mandela lo primero que pensé era que los diablos que acabaron con mi pueblo debían de andar por ahí. Pero también me dije que era imposible que aquí, en medio de tanta gente, nos fueran a rematar.

El día que entré al barrio ya era noche y lo primero que me topé fue a un familiar, don Tato, primo de mi papá. Era un viejo acomodado y buena persona. Me puse contento porque creí que me iba a dar hospedaje, como es siempre la costumbre en los ríos. El que llega, así sea de noche y lloviendo, tiene asegurada la comida y la dormida. Pero don Tato me dijo, sin que yo hubiera abierto la boca:

—Aquí no es como allá; aquí cada uno es cada uno. Nada de que me ayude, que fue que tal cosa y tal otra. No, nada. Aquí lo que se usa para poder vivir no son las manos sino los codos, que sirven para dar codazos. Entienda que no es que yo no quiera; es que aquí no se puede. O sobrevive usted o sobrevivo yo. Así que vaya cogiendo camino.

Me dije: pues bueno, el viejo tiene su genio, pero no será así todo el mundo. No obstante, nadie me quería alojar en su pedazo de rancho, porque no eran ni ranchos siquiera, sino meros tapados hechos con plástico y cartón sobre el barro de la ciénaga. El agua había que traerla de un tubo que la botaba de tanto en tanto, y para hacer del cuerpo había un zanjón donde todos descargábamos y nadie tapaba. Di vueltas hasta que encontré a una señora sola, que no era ni siquiera de la tierra. Me quedé mirando un crío que gritaba y lloraba. Le dije que si ella quería yo le arrullaba la criatura; me contestó que no, que la niña lo que tenía era hambre y eso no se resolvía meneándola. Le dije:

—Pues déjeme quedar en un rinconcito y yo le ayudo en la casa y salgo a buscar para los dos.

—Mire a ver si encuentra sitio —me respondió.

Y me quedé a vivir con ellas. Casi no podía dormir porque la niña gritaba y lloraba día y noche, y la vieja le daba agua de arroz. Yo salía por la mañana y volvía con algo por la tarde, y en esas andanzas conocí al parche. Salíamos juntos y mientras unos campaneaban, otros buscábamos. Conseguíamos para nosotros y para llevar a la casa, pero eso no fue suficiente y la niña amaneció muerta un día. Era que traía un hambre muy brava y no pudimos dominarla. Muerta la niña, la señora vendió el encapullado que tenía y el nuevo dueño me hizo volar.

Para mejor fue, porque pocos días después de salirme a vivir a la calle, llegaron los diablos y mataron a siete muchachos, todos

salidos de los ríos de por puro miedo. Por eso nunca más quise volver al Mandela. Con los parceros hicimos un trato: todo lo que consiguiéramos era para todos, nadie podía rebuscarse solo. Si uno busca entre las canecas, si uno le hace el rápido a un turista, si uno se jala un vidrio, pues todo tiene que ser ayudado, y para no pelear, que a quién le toca cuánto, pues lo mejor es que a todos nos toque todo. Nos iba bien, vivíamos. Uno sin los diablos detrás puede respirar. Pero hay muchos diablos, unos que son de verdad y otros que les ayudan. Un día encontramos una puerta para dormir y allá hicimos el parche. Salíamos por la mañana y volvíamos por la noche, hasta que el dueño del almacén se disgustó y nos echó la ley. Entonces, en venganza, le pinchamos las llantas del carro y nos abrimos. Hicimos el parche en una alcantarilla que tenía una sola entrada. Era como un hueco largo y allá nos metíamos. Hasta que una noche, como a las dos de la mañana, oí un ruido como de alguien hablando; los otros estaban volando porque habían sacoliado, pero como yo tenía esa vez mucho dolor de cabeza, no quise meter. Cuando me di cuenta, estábamos ardiendo. Yo salté gritando y como fui el primero en despertarme, las llamas no habían cogido fuerza. Pero de todas maneras, una pata se me alcanzó a incendiar; los otros no pudieron salir. Se murieron como pollos en un asadero. Yo me di cuenta de que eran órdenes del cucho del almacén, porque al otro día, sin que nadie avisara, y muy de madrugada, fue la policía a sacar los cadáveres en bolsas negras de plástico. Nadie sabía que allá había muertos; sólo yo y los que habían hecho el mandado. Yo me dije ahí mismo:

—Me voy, me voy, me voy para donde vayan los barcos.

Y se fue Toñito en el barco turco.

Yo he pedido en adopción al pelado y he hecho todo el papeleo, pero el Instituto de Bienestar Familiar me ha salido con el cuento de que él no es huérfano, porque sus padres no han sido declarados legalmente muertos, ni tampoco desaparecidos, porque nadie ha puesto el denuncio de su desaparición, y que, por lo tanto, hay que esperar un tiempo a ver si alguien lo reclama, o si los padres aparecen y van a buscarlo al instituto. Eso significa varios años de espera y de trámite. A juzgar por la agilidad con que se hacen los tramites, Toñito cumplirá la mayoría de edad antes de que el juez tome una decisión que me permita adoptarlo.

6. El jardín

Cuando tierno uno cree que la vida son puras rosas, pero cuando va creciendo y viviendo, entiende que sólo son puras espinas.

Cuando llegué al uso de razón mataron a don Raúl. Nunca lo olvidaré. Yo había hecho ese día por la mañana mi primera comunión, y a pesar de que mi vestido blanco con azahares era alquilado, no me lo había dejado quitar. Yo me sentía como un alma pura con ese vestido, tal como el padre Aniceto nos lo había explicado una y otra vez durante los cuarenta días de cuaresma, que fueron los de la preparación para recibir en mi alma el cuerpo de Jesús.

Mi papá, que se desvivía por mí, había mandado traer músicos de Chaparral y la fiesta era un gusto. Estando en lo mejor, entraron unos hombres armados y le dispararon a don Raúl. Él estaba dándome el regalo, un libro llamado *La imitación de Cristo* , de Kempis, del que nunca leí más que el título porque tenía una letra apretada. Don Raúl trató de decir no me maten, pero ya lo habían matado. El tiro le estalló en la cara y su sangre me saltó encima como un animal asustado y me manchó todo el vestido con que había recibido al niño Jesús. Una sangre caliente y olorosa a cobre, que aún no me he podido quitar de encima. Los ojos le quedaron disparados en sentidos opuestos, como si hubiera querido buscar a los asesinos y entre tanta gente no hubiera acertado a saber quiénes eran. En el entierro lo lloraron cinco mujeres diferentes, con los hijos que le había hecho a cada una; gritaban como peleándose el muerto, como revelando secretos, sabiendo todas que él para ninguna fue buen marido. Nunca se supo muy bien quién lo mató, pero como él no era hombre de orden, parece que lo hubieran matado como escarmiento. Yo todavía pago el precio por haber quedado untada de esa sangre y de esos ojos, porque todavía a mis 37 años no puedo dormir en un cuarto oscuro sin verlo parado a los

pies de la cama, o en el suelo acostado con la lengua por fuera, como quedó muerto. Es como si yo le hubiera quedado debiendo algo.

A pesar de mi pesadilla, de niña vivía muy bien porque yo era la mirada misma de mi papá. Él me hablaba con los ojos y yo ya entendía lo que él no decía con la boca. Éramos muy unidos. A veces sentía que éramos la misma persona. Era un hombre bueno en su casa y con los vecinos, a pesar de que la Violencia lo había marcado muy adentro. Me decía que ojalá a nosotros nunca nos tocaran ni siquiera una uña, y le pedía a Dios, cuando rezaba los domingos, que no nos fuera a coger la guerra como a él, que le había tocado esconderse en el monte para evitar que lo asesinaran los chulavitas. Nos contaba historias. De estar enmontado como un animal, pasó a la guerrilla y recorrió todo eso del Cañón de las Hermosas, del río Amoyá para arriba a salir por el páramo hasta el río Atá, y por el río Amoyá para abajo hasta salir al Saldaña. Entregó las armas al ejército cuando Rojas, a cambio de nada, porque esa vez nada consiguieron, y en esas movidas se encontró con mi mamá.

Era todavía del monte cuando la conoció. Mi mamá contaba que pasaba a veces y le conversaba, o que le preguntaba por la gente y se volvía a ir. Siempre se le presentaba sin armas, con su ropa de civil, y ella, cuando él pasaba, pensaba que no volvería a verlo. Hasta que una vez, cuando ya se había entregado, se le presentó en forma de retirado. Él decía, por coquetearle a mi mamá, que la culpa de esa entrega había sido de ella, por tener esos ojos como los tenía.

Una vez me presentó a un compañero del monte y eran muy iguales. Según lo que comentaban entre ellos, todos los de la vereda —que eran de los mismos años— habían hecho la misma vida, se habían salido al mismo tiempo y se habían casado con las muchachas que habían conocido en sus andanzas. Enterraron el pasado de guerra y se dedicaron a ser sólo lo que eran, gente del campo. Eran una familia grande que vivía en la misma tierra, tierra de indios. Porque mi papá y mis abuelos, como casi toda la gente de esas veredas, eran medio indios y tenían derecho en las tierras de Yaguará y Calarma, que el indio Quintín Lame había peleado. Tanto así que mi papá tenía derechos sobre el resguardo del Yarí, una

tierra que el gobierno les había entregado en medio de las sabanas del Caquetá, para hacer un pueblo. Un pueblo que hicieron y que trabajaron a pesar de que cuando un domingo del año 61 el avión de la FAC los dejó tirados con familias, perros y gallinas en el Yarí, no sabían ni cómo hacer candela. Fueron los indios de allá los que volvieron a enseñarles a pescar y a cazar, porque los ríos de Yaguará se habían quedado sin pescado, y sin animales de monte las cordilleras. Les enseñaron a volver a comer fariña en vez de arroz y a tomar chicha de pipire —o chontaduro, que llamamos por aquí— en vez de cerveza. No conocí el Yarí, gracias a Dios, porque a mi familia, a mis tíos y a mis primos, los bombardeó la misma FAC en el año 97, buscando en esas sabanas a Marulanda, y como retaliación porque el gobierno había tenido que aceptar el despeje de Cartagena del Chairá para entregar a los soldaditos que las guerrillas le habían quitado en Las Delicias. Supimos que a las mujeres que salían a lavar ropa con los hijos a la orilla del río Tunia, los soldados, por divertirse, les disparaban sólo para verlas correr.

En el Tolima empecé a aburrirme de la casa porque mis hermanos se llenaron de motivos y no hacían sino reclamarle todo el tiempo a mi papá que yo tenía que trabajar más en la finca y tragar menos libro. Eso de aprender en los libros sí era muy importante para mí; yo quería ser más persona. Para mí ellos eran unos burros; era el alegato de siempre. Por eso mi papá decidió sacarme de Ortega y mandarme para Armenia con una tía. Yo sé que eso le dolió, porque cuando se despidió no me quería mirar, y cuando al final le tocó, le vi una apagadera en los ojos.

Mi vida en ese pueblo fue muy desgraciada. Mi tía era camandulera y me obligaba a rezar el rosario y a ir a misa los domingos y fiestas de guardar. El colegio era de monjas, unas mujeres resentidas y envidiosas. Tenían tanto vicio escondido que vivían hablando de las virtudes. Hubo una que se enamoró de mí y día y noche me seguía con su mirada vidriosa. Se mantenía con las manos sudorosas y yo le tenía asco, porque olía a caja de dientes. La odiaba y, para peor, era la profesora de educación física y la encargada de la enfermería y el comisariato. Así que por fuerza uno tenía que ver con ella. Yo vivía con dolor de cabeza, la regla me salió premiada y desde la primera vez, cada vez que me visita, me

llega así. Yo prefería aguantármelo que ir a la enfermería a decirle algo a la monja —Sor Encarnación, se llamaba—, porque por cualquier cosa hacía que uno se acostara en una medio camilla y comenzaba a tocarle los ganglios, que quién sabe dónde quedarían para ella. Haciendo quinto me fugué del colegio y de la casa de mi tía, y me puse a trabajar en una papelería.

Ya estando de 18 años en Armenia, mi papá fue a recogerme. Todavía tenía la misma mirada triste. El hecho de que yo estuviera atendiendo en una papelería, no le gustó. Su niña consentida no tenía por qué estar atendiendo a nadie y para ajustar, estar viviendo en una pensión sucia y hasta fea. Me dijo que me volviera con él para que pudiera seguir estudiando o para que aprendiera algún arte.

Volví a la finca de San José de las Hermosas. Mis hermanos habían crecido y estaban dedicados a sus negocios. Ahí todo el tiempo escuchaba hablar de un tal Álvaro: que traía el mercado, que ordeñaba, que arreglaba los caballos, que llevaba la leche a Chaparral, que Álvaro para esto y para lo otro. Yo ya llevaba un mes en la finca y del Álvaro sólo conocía el nombre. Mi papá me dijo que para que no perdiera el tiempo me iba a matricular en un curso de modistería, mientras me ponía a estudiar otra vez. Entonces salimos a Chaparral y en la plaza un tipo me saludó. Yo pasé de largo, toda imponente y vanidosa, y medio le contesté el saludo. Mi hermana me dijo:

—¡Mire, es Álvaro!

Yo le dije:

—¿Y eso era todo el Álvaro? ¡Yo creía que ustedes hablaban era de otra cosa!

Álvaro se ofreció a acompañarme a hacer unas vueltas al centro y yo le dije que no, que gracias. Al ratico estaba haciendo mis compras y otra vez el tipo, moleste que moleste. Le advertí que a lo mejor mi papá se ponía bravo y me contestó que no me preocupara, que fresca con eso. A mis hermanas les decía yo que ese tipo era muy aburridor. Salía de mi curso de modistería y ahí estaba plantoneado, esperándome. Siempre se ofrecía a acompañarme y yo como que no quería la cosa, pero luego me fui poniendo blandita. Por eso es que uno no debe hablar duro de lo que no quiere, porque después le toca comerse lo que dijo. Una vez que me estaba

esperando no había luz, yo tenía como miedo, y viendo que él vivía al frente de la casa pues le dije que sí, que me acompañara. De ahí nos seguimos hablando y me fue pareciendo cada vez menos antipático de lo que yo creía. Él ya me habló seriamente, y entonces las conversaciones se volvieron visitas de todos los días. Cuando empezaron a preguntarme en la casa que si yo me había cuadrado con Álvaro, yo decía que eso era por molestar un rato, pero ese rato se convirtió en diecisiete años y seis hijos. No nos casamos, nos volamos. Yo estaba muy aburrida porque mi mamá cantaleteaba a todo momento y como yo sabía vivir sola y le había perdido el misterio a irme de la casa, me fui con Álvaro.

Cuando le dije a mi mamá, cogió una correa de mi papá y me dio dos lapos por las piernas, como si yo tuviera otra vez ocho años. Me dejó toda quemada, bien marcados los azotes y eso me calentó la sangre de todo el cuerpo. Me salí para el pueblo ya maletiada, pero el pensado no era volarme con Álvaro sino más bien hacer escarmentar a mi mamá para que me fuera a buscar y me pidiera perdón. Sin embargo, el hombre me propuso y yo dispuse. Desde ese día empezamos a vivir juntos. Llegamos a Ibagué y hablamos con un cura. Le contamos nuestra gana y él nos dijo que nos tocaba casarnos, pero que tenía que hablar con mis papás. Yo le dije que eso no se iba a poder porque mi papá me había echado de la casa. Mentiras, él nunca me había echado ni nunca me pegó. Yo era de pura gana de joder a mi mamá porque ni en el matrimonio ni en los curas creía. Ni creo. El cura nos trató de pecadores y nos advirtió a dónde íbamos a parar si no nos casábamos por la Iglesia y teníamos hijos según la ley de Dios. Total, con tanta pendejada dejamos la cosa así y el matrimonio se refundió.

Quedé embarazada a los quince días. Era feliz. Feliz de sentir a esa criaturita creciéndome por dentro. Pero esa ilusión se me murió de bronconeumonía a los tres meses. Al tiempito estaba otra vez embarazada. Ya teníamos la vida más organizada porque Álvaro estaba trabajando en construcción. Pagábamos una pieza que yo me dediqué a pintar y arreglar bonita para que el niño llegara a un sitio donde lo quisieran. En un rincón tenía la cuna y debajo de ella un depósito de pañales y de ropita. No sabíamos qué iba a ser. Pero cuando ya la piel no me daba más y el día del parto se acercaba, me fue dando un miedo como el del día que mataron a don Raúl, de

pensar que ella también se me muriera. Se me mezclaba la alegría con la tristeza y más encima con el miedo; casi me vuelvo loca. Pero la niña nació bien, y se miraba sana. El miedo, no obstante, me seguía dando vueltas y cada dos minutos iba a la cuna a ver si no se había ahogado con la cobijita. Me daba miedo que un ratón le hiciera daño, que una mosca la picara, que un mal viento la enfermara. No la dejaba ver de nadie, no fuera que le hicieran un maleficio. Estaba muy sugestionada con eso.

De Ibagué nos movimos a Gachetá, en Cundinamarca, y luego volvimos a Chaparral, siempre detrás de trabajo. Esa ha sido la vida de nosotros; movernos conforme él conseguía dónde trabajar y qué hacer. Es triste: él en el trabajo, trabaje y trabaje, y yo en la casa, trabaje y trabaje.

En Chaparral me tocó encarar a la familia. Mi papá bajó de la finca y volví a verle la tristeza esa que sacaba a bailar cuando yo lo dejaba. Creo que se sentía traicionado con mis ausencias. Me dolió, pero ya lo que se había dañado no se podía reponer. Tengo fe —y le ruego a Dios— que me haya perdonado antes de que lo mataran, porque días antes él mismo le había dado a Álvaro el Guaz para que hiciera viajes entre las veredas de Rioblanco. Ellos poco se hablaban, se tenían recelo, o mejor dicho, para decirlo más claro, celos. Mi papá se mantenía en la finca, Álvaro y yo vivíamos en Chaparral y poco nos visitábamos. Queríamos evitar ese no tener nada qué hablar hablando pendejadas. Lo mataron para un Corpus Christi. Yo había quedado de subir a la finca a visitarlo, porque quería llevarle unas libras de maní, que le gustaba mucho, así ya no tuviera dientes. Álvaro quedó de subirme, pero el Guaz se le dañó y tuve que coger el escalera de las diez. Ya andando me entró un dolor de estómago que no podía con él y sentí que no llegaba. Sin embargo, pensando en el viejo, puse el dolor en el puesto de al lado y eché para arriba. A mitad del camino bajaba el bus que había subido a las seis de la mañana, un mixto que transportaba leche y pasajeros, y cuando nos cruzamos, el chofer del que bajaba paró y le dijo al nuestro:

—Como que mataron por allá a don Esteban.

No entendí bien, pero cuando todos los pasajeros se voltearon a mirarme, comprendí que el muerto era mi papá. Me dio un dolor en el pecho y un frío en el cuerpo que me pusieron a temblar como

atembada. La gente que me conocía dio en consolarme y así más ganas de llorar me dieron. Echamos para arriba a ver qué había pasado. Tenía la esperanza de que no fuera cierto, pero la seguridad de que era verdad.

Cuando llegamos a la finca ya estaba entre el cajón, porque lo habían matado a la madrugada. Mi mamá contó que antes de apagar la luz llegó Luisito, un amigo de él, y lo sacó para afuera de la casa como a conversarle algo que no quería que mi mamá supiera. Ella no desconfió porque Luis se la pasaba todo el tiempo en la casa: «mire, don Esteban, que no tengo plata»; «mire, don Esteban, que necesito para la droga de una de las chinas»; «don Esteban, ¿será que usted me regala para una panelita?» Y mi papá siempre le colaboraba en lo que podía y le decía: «tenga, amigo, esté tranquilo». Esas son las espinas que se le enconan a uno: a quien mi papá más ayudó fue quien lo mató; a quien mi papá le quitó las hambres, al que le dio para la matrícula de las hijas, fue el mismo que lo sacó de la casa. De seguro lo enredó con que no tenía la plata para comprar un toro que quería, y mi papá, confiado, debió decirle:

—Yo se la presto.

El Luis ese llegó de madrugada a la finca. Lo traicionó y más encima de eso volvió a la casa llevándole el sombrero y la peinilla a mi mamá. Y soltó la noticia, así, sin nada de vergüenza:

—A su papá lo mataron —dijo, y ya se iba a ir cuando fue arrimando mi hermano, que los había acompañado de lejos sin que Luis se diera cuenta. El hombre quedó mudo, parado en seco, y se puso más cadáver que mi papá. Echó a correr antes de que mi hermano hablara. A mi mamá el corazón le dio una trompada y dijo:

—Luis fue el asesino.

¿Por qué razón mataron a mi papá? Duramos en dar con el chiste, pero lo acertamos: Luis malinformó a la guerrilla sobre mi papá; le dijo al comandante del frente que el viejo había sido guerrillero y había andado con Mariachi, el que mató a Charro Negro, que fue en vida jefe de Tirofijo; que mi papá se había vuelto rico jodiendo a los más pobres y que lo que tenía lo había hecho a costa de la usura. La muerte de mi papá fue por envidia, porque él fue siempre un hombre de buenos principios, útil a la comunidad.

Mi pariente Escolástico Ducuara, presidente todavía del cabildo del Yarí, lo sabe muy bien.

Mi mamá siguió luchando con lo que había quedado en la finca, y nosotros en Chaparral tuvimos que entregarle a mi hermano el carro de mi papá. Mis hermanos se volvieron hombres agrios y empezaron a mandar como si todo lo que el viejo dejó fuera de ellos. Para evitar enfrentamientos con la familia, un señor al que llamaban El Burro le dio a mi marido un Nissan para que hiciera la línea entre La Marina y Río Blanco, pero un día tuvo un accidente y se salió de la carretera. No fue muy grave, aunque tocó pagar todo y nosotros empeñar lo que teníamos. Quedamos amarrados de pies y manos con quien nos prestó para tapar la deuda que nos dejó el accidente. ¡Tocó! ¿Qué podíamos hacer? Teníamos que pagar las raspaduras de los pasajeros y la mercancía que se dañó, y como le quitaron el derecho a ganarse la vida, ya que no podía volver a manejar ni zorra, nos fuimos un domingo para Chaparral a buscar empleo. Allá había —porque eso se acabó— una oficina para los que saben hacer algo pero no tienen en dónde; nos entrevistamos con una señora muy elegante y amable. Nos ofreció trabajo en su finca, en La Marina, por allá para los lados de Tuluá. Nos pintó todo maravilloso —pajaritos de oro, campanitas de cristal—: que nos pagaba, que nos hacía el mercado, que nos prestaba las bestias, que por allá los niños no se enfermaban. Y además nos dio patio libre para criar animales y para hacer los cultivos nuestros. Al principio yo no me decidía del todo, porque uno aprende a desconfiar del color de las rosas y porque sabía que por allá la soledad era la compañera de uno y yo estaba acostumbrada a la bulla de mi gente. Pero me decidí el día que en la esquina de la casa mataron a un vecino —muchacho él— que estaba chupando piña con su novia, inocente de que el diablo estuviera tras la puerta. Llegaron tres tipos y quemaron al pelado. A la muchacha también le dieron, aunque Dios la favoreció. Me dio miedo llegar a convivir con la muerte y que los niños se criaran viendo cadáveres de un lado y de otro. Uno no se quiere enterar de los hechos, así hayan sucedido en sus propias narices, porque eso es llevar señalamientos encima y no conviene. Se supo que los muchachos habían sido corretiados por la guerrilla en Planadas y les habían puesto como límite todo el Tolima; mejor dicho, les habían dado la orden de desocupar el

departamento, pero ellos no acataron la orientación, o no creyeron que los guerreros les llegaran a Chaparral, o quién sabe qué pensarían. Yo sí digo que si a mí me dan la oportunidad de vivir, así no haya cometido delito, pues pendeja si no la aprovecho. De todas maneras en ese pueblo había rachas de sangre, épocas de matanza. Era peligroso caer por equivocación. Ya con el susto, y tan necesitados y tan endeudados, le aceptamos la oferta a la señora de La Marina.

Nos fuimos primero con Álvaro a conocer, y era tanta la ambición que hicimos el viaje por la cordillera, por el paso de Las Hermosas. Yo conocía hasta una finca llamada La Germania, tierra ya fría, donde el río baja hecho el mismo diablo. Se oye cómo arrastra las piedras, como si fueran bolas de cristal, cómo las rompe unas con otras y cómo suenan esos truenos metidos entre esas profundidades, que ni que fueran los cueros que san Pedro manda golpear a santa Bárbara. El pie de páramo es bonito; hay árboles cargados de quiches que parecen candelabros; hay ese árbol que llaman sietecueros, de flores moradas, púrpuras y nazarenas. Es un árbol que alumbra. Uno se queda mirándolo y sus flores se pierden entre la vista y hacen una especie de espejismo, siendo como son tan notorias. Más arriba vienen los fraylejonales, grandísimos. De lejos parecen ejércitos en son de batalla con sus penachos de flores y sus ramas secas como lanzas. Sólo les falta moverse, pero al ser uno el que se movía, ellos se veían caminando. Había unos que la candela lame en verano y tenían el cuerpo negro; había otros altisísimos, que parecían volar; había otros pequeños y gorditos como peones acompañantes. Y más encima esos silencios y esas soledades tan extendidos que lo hacen creer a uno que llegó al final del mundo. Sólo se oye el esfuerzo de las bestias, con esa paciencia tan noble con que lo cargan a uno sin saber para dónde van. A mí me gusta ir hablándoles, dándoles consejos, contándoles historias para desaburrirlas, para compensarles tanto esfuerzo, un esfuerzo que se les ve salir por las narices en chorros de humo y por el cuero en sudor caliente. Arriba, arriba, cuando uno corona la altura, se ve casi todo el país. Para un lado está el río Magdalena, que no se ve pero se siente, siendo como es la brújula de las aguas; al otro lado está el río Cauca, soltando su calor aplatanado; al otro lado se mira el Nevado del Tolima como un centinela, y para el lado que nos

falta está el Nevado del Huila, grande como un altar. Las Hermosas se llama así por las lagunas que allí habitan criando aguas, puestas en escalera, echándose el agua una a la otra, y que aún en días nublosos se ven azules. Hay dos que se llaman Las Mellizas porque son la misma cara una con otra y ambas miran para los lados de Barragán.

Barragán es un pueblo bonito, que parece como si lo hubieran enjalmado con curubos. Lo hizo gente venida de Boyacá, después de una guerra de esas antiguas. Al general Neira, uno de los que ganó, el gobierno le dio toda la tierra que con sus vistas —que debían de haber sido finas, porque era del arma de artillería— alcanzara a abarcar. Pero tierra sin obreros para trabajarla sirve tanto como un machete de palo y por eso se trajo a todos sus soldados y los puso a tumbar monte, a hacerle hacienda. Esos boyacos eran gente rebelde y trabajadora y sacaron la uña apenas vieron las promesas que escondían semejantes tierras negras y brillosas, que huelen a aceite. Por ahí bajamos y a La Marina llegamos.

Era una finca bonita ella, en lo frío todavía, como decir Roncesvalles. En lo bajo se alcanzaba a dar el café y en lo alto se daba la papa. Tierra bendita de veras. Ahí uno se sentía que le había dado la espalda a la muerte y que todo era futuro bien ganado.

—Ninfa, ésta es la vida que te mereces —me dijo Álvaro.

La finca llevaba tiempo sola y entonces nos pusimos a acomodarla a nuestro gusto. Metimos unas gallinas, dos marranos y una vaca. Álvaro bajó al pueblo a los quince días y cuando volvió le brillaban los ojos y estaba tan emocionado que parecía que iba a vomitar el corazón; era como si se le hubiera aparecido el arcángel san Gabriel con toda su corte. Ya calmado, me dijo que la doña de la finca le había propuesto un negocio para ir por mitades: que se dedicara a tumbar monte para hacer un jardín bien bonito, que ella nos daba las semillas y que por los lados le botáramos a eso un matrimonio de maíz con fríjol. A mí se me hizo raro hacer un jardín por esos lados y que además eso diera plata. No entendí qué era eso de jardín, además porque Álvaro le puso un tono entre malicioso e inocente y una cara como de esas que él ponía cuando había estado haciendo picardías, entre la felicidad y el susto. Me dijo que según la señora, lo que estaba dando plata era sembrar una flor muy

bonita llamada amapola, que botaba una pepa que era lo que valía. Y me preguntó:

—¿No le parece hasta bonito poder alegrar el paisaje con una flor?

—No sea tan pendejo que yo perdí la virginidad hace mucho —le dije—; sea más directo, fresco; yo sé que es un negocio prohibido, pero si usted está dispuesto y responde, cuente conmigo. El todo es que los niños no vayan a saber. De resto, pues le damos la cara a la vida, así sea con el tal negocio. Hagamos cuentas y si da, no hay más qué ver ni qué decir.

Le echamos números al asunto y se nos abrió el hambre de sembrar el tal jardín. La ambición lo vuelve a uno ciego como un tronco y bruto como un bulto. Álvaro bajó y cerró negocio con la señora, y de para arriba trajo la semilla. No sabíamos los problemas y dolores que venían detrás de ella. Estábamos vendiéndole el alma al diablo, pero entre tanta muerte como habíamos visto y tanta inseguridad y pobreza, tocaba pegarse el arriesgón; o salir adelante o quedarse como siempre, porque más abajo no íbamos a caer, así fuera lo que fuera.

Él se enamoró muy fuerte del negocio. Tumbó monte a dos manos y se llevó inclusive a mi hermano para que lo ayudara, con el compromiso de que una vez entrara la plata le pagaba los jornales. Regaron la semilla y mi hermano se volvió a Chaparral. Álvaro se sentaba a mirar largo lo que había trabajado. Se levantaba temprano y antes de tomar café se iba a mirar las matas a ver si ya habían botado el botón. Soñaba con ver su jardín florecido. No sabía qué soñaba. En su cabeza alcanzó a comprar un lote en Chaparral y construyó una casa de tres piezas, bien organizada, donde íbamos a envejecer juntos. Sólo eran sueños de esos que lo envenenan a uno con el paso de los días, pues mientras más los sueña uno, más los enteca y de tanto acariciarlos, los mata.

Cuando el jardín estaba ya a punto de florecer aparecieron un día como quince hombres, unos de civil y otros de uniforme. Me pidieron agua.

Yo no sabía quiénes eran porque no los distinguí y nunca había visto gente del monte; dijeron que cuidaban las montañas del Tolima. Se tomaron el agua pero nunca me dieron de frente la cara, ya que se escondían debajo de sus cachuchas. A los quince días

llegó otra vez más gente. Traían dos gallinas para matar y me pidieron que les vendiera el almuerzo. Les preparé lo que traían y les completé con unas cositas mías. Igual que los primeros, no daban la cara de frente. Terminaron el almuerzo y se dirigieron a mi marido porque tenían que hablar con él en privado. Lo fueron sacando de la casa y yo pregunté para dónde se lo llevaban porque se me vino encima la muerte de don Raúl. Me fui detrás de ellos, pero en la puerta me trancaron, malencarados. El que iba de último me puso el pie para hacerme la zancadilla y cuando yo quise pasármele sentí que se me atravesaba un frío como salido de la boca de un muerto. Ahí ya no me pude mover. Me dijo, sin mirarme, que esperara, que el asunto era con el hombre de la casa. Yo desde ahí divisaba a Álvaro cerca del río, siempre con las manos atrás, como queriéndome mostrar que él no podía hacer nada, y que yo no fuera a intentar hacer algo porque llevábamos las de perder. Parecía un niño de esos que regaña el profesor por no hacer las cosas bien, y cuando regresó estaba blanco, no le corría sangre por la cara. Me dijo:

—Mija, tengo que acompañar a estos señores hasta donde el comandante. Usted no se preocupe que me prometieron que nada nos iba a pasar ni a usted ni a los niños, que se trataba de arreglar las cosas para que quedaran claras y poder trabajar.

Yo no le creí. Me le amarré al cuello y les dije a los guerrillos:

—De aquí no se van sin mí. Yo no dejo que ustedes se lo lleven a él solo. Si quieren mátenme y queden como unos cobardes por quebrar a una mujer, pero no se lo llevan.

El mando me dijo duro:

—No joda, que nadie le va a hacer nada a nadie. Si quisiéramos hacerles daño no nos andábamos con güevonadas, así que cállese que va a despertar a sus críos.

A mí ellos se me habían olvidado porque sólo miraba al taita. Álvaro también me dijo:

—Quieta, mujer, que aquí con ellos las cosas son hablando —y pasito me dijo—: lo que buscan es plata.

Eso me tranquilizó, y, claro, pensar en los niños me frenó. Porque si yo hubiera estado sola, me voy con él o no lo dejo llevar. Y así se fueron yendo. Él estaba más tranquilo cuando vio que yo accedí. Lo vi cuando se despedía con los ojos, que siempre son una

ayuda para decirse lo que se necesita; por eso lo peor de ser ciego no es no ver, sino no poder hablar con los ojos, que es como hablar con toda la cara.

El comandante era un hombre muy rígido y muy serio y no se anduvo con cuentos rosados. Le dijo a Álvaro de entrada:

—Mire, aquí todo jardín paga, todo el que mueve dinero paga. Sus cortes, que son, como sabemos, cinco hectáreas, pagan un millón por cosecha, salga como salga y venda al precio que venda. Si vende bien, nosotros no le vamos a reclamar; si se deja tumbar, allá usted. Por ese lado no hay problema. Ahora, si usted no quiere, tiene veinticuatro horas para irse. Bien puede llevarse lo que trajo y decirle a doña Maruja que cambie de encargado. Si se queda, le vamos a hacer otra advertencia: por aquí andan ya los paracos y si sabemos que usted entra en tratos con ellos, despídase ahí sí de su vida porque eso no lo permitimos. Si llegamos a saber que usted tiene tratos con esos hijueputas, se muere.

Dizque no fue más, según contó Álvaro cuando regresó al otro día, bien cansado y con hambre pero fresco. No me dijo nada de los paracos, seguro para no angustiarme. Yo tenía mis dudas y mis presentimientos de mujer, pero los tapé con la esperanza de sacar adelante la ilusión.

La primera cosecha prometía. La mancha estaba buena porque como le conversaron a Álvaro los que sabían, había tenido buena agua, pocos vientos y la tierra estaba descansada. Uno desde lejos miraba ese florerío rojo que daba gusto y ya me veía yo arreglando casa en Chaparral. La goma se vendió muy bien. Pero una noche llegó el mal. Ya oscureciendo arrimaron otra vez unos hombres armados, también como quince. No saludaron y los vi como raros. Llamaron a Álvaro y le dijeron frente a todos:

—Venimos por lo del arreglo: ¿a cómo vendió y cuánto recogió?

Él les hizo cuentas y les dijo:

—Pues es tanto y tanto, pero no les puedo dar todo porque todo no me lo pagaron. Les arreglo, como si dijéramos, en dos cuotas.

No convinieron. Eran groseros y altaneros. Dijeron:

—¿Usted nos cree tan marranos como para dejar eso así? No, paga todo de contado y agradezca que lo dejamos vivo, como a todos les consta.

Álvaro no tuvo de otra: sacó lo que le habían dado por la

mancha, y les pagó. Se fueron ahí mismo y nosotros respiramos. Pasaron unos pocos días y volvieron otra vez. Llamaron a Álvaro y sin más lo fueron amarrando; a mí y a los niños nos metieron en la alcoba; Álvaro se defendía:

—¿Qué pasa, qué pasa? ¿Acaso ya no les pagué lo que pedían?

Yo gritaba:

—¡Están equivocados, no sean asesinos!

Presentí entonces lo peor, porque les vi en los ojos la intención de quebrar a mi marido. El mando le gritó:

—Hijueputa, se lo advertimos. Ustedes están colaborando con los paras; se les dijo muy clarito que con ellos no había cuentos. Ustedes son colaboradores de esos malparidos.

Y diciendo y haciendo. Se lo llevaron en medio de mis gritos y mi desesperación. Yo me arañaba la cara de la ira, pero se lo llevaron. No hubo nada que valiera: ni el llanto, ni los ruegos, ni las explicaciones que él trataba de darles para decirles que no era que estuviéramos colaborando con los paras sino que nos habían engañado haciéndose pasar por guerrilleros. No hubo nada. Lo amarraron al palo de una cerca y lo asesinaron.

Cuando me largaron salí corriendo, pero él ya estaba muerto. Volví a ver a don Raúl; era su misma cara. Todos los muertos se parecen entre sí, como si todos vieran lo mismo o cayeran al mismo sitio. Cuando volví a mí, me di cuenta de que los niños estaban a mi lado, derramándose en lágrimas. Ahí todos le hicimos un altar con nuestro dolor. Lo enterramos en el patio de la casa. Unos vecinos me ayudaron a amortajarlo y antes de que se nos enfriara lo tapamos con la misma tierra que él había trabajado y donde habíamos sembrado tantas ilusiones. Allá quedó todo enterrado. Dejé todo ahí, todo. Sólo me traje a los niños. Ahora vivimos de hacer arepas en la terminal de Ibagué, hasta que nos dejen, porque cada día la autoridad la carga más contra nosotros.

Yo me acuso de culpable por la ambición que nos manejó y nos llevó a La Marina. Pensar en que íbamos a tener casa, cultivos y un jardín que nos iba a cuadrar buena plata para todo, fue la derrota nuestra. El destino llegó, como siempre, por el lado que uno no lo espera: el carro y los heridos que hubo en el accidente fue lo que nos obligó a meternos en la amapola.

Tampoco quiero ni puedo perdonar a esa señora que nos ofreció

esta vida y la otra llena de maravillas. Esa señora, estoy segura, nos vio la fatiga y la angustia por cumplirles a los hijos con el techo y la comida. Sin embargo, no tuvo caridad para mandarnos derechito a la boca del lobo. Quién sabe a cuántos más habrá tirado a la desgracia, gente como nosotros, sólo por lograrse unos millones que yo sé que a ella falta no le hacen.

No perdono a la guerrilla. No le perdonaré nunca no haber investigado ni averiguado nuestra equivocación. Nosotros actuamos de buena fe. Los paracos nos engañaron y lo peor, los engañaron también a ellos y los llevaron a cometer un crimen. Porque asesinaron a un inocente por el puro miedo, por estar acostumbrados a creer que siempre tienen la razón y que su palabra nadie la discute. Eso será con sus soldados, pero no les puede funcionar con gente de civil que no está con ellos, que no se ha uniformado. Se dejaron engañar de los paracos. No he podido entender cómo pueden matar a una persona sin darle la oportunidad de hablar. Sí, ellos le dijeron a Álvaro que no hiciera trato con los paracos, pero ¿cómo íbamos a saber nosotros que los que fueron por la plata eran paras? ¿Cómo íbamos a saber? ¿Por qué no piden explicaciones? Uno siempre termina metido en un fuego de odios del que no hace parte. Si al menos hubieran oído a Álvaro. Siempre donde esté los voy a odiar. Dicen que el odio no lleva a ninguna parte y que lo que hace es envenenar la sangre. Pero ¿qué puedo hacer? Todos los días, cuando mis hijos me preguntan por su papá, cuando sienten hambre y los veo mal vestidos y sufriendo, los odio más. No les digo nada a los niños porque no quiero que se vuelvan vengativos y eso les destruya el alma. El pan que les falta a mis hijos alimenta mi odio. En Chaparral nunca se fue un hijo mío a dormir sin probar bocado; allá nunca sentí yo ganas de morirme y acabar con todo. Nadie se imagina qué es dejar llorar a un hijo de hambre hasta que se canse ni qué es tener que partir un pan de doscientos entre tres. Se le van acabando a uno los motivos para seguir dando la lucha y entonces termina siendo mal ejemplo para los niños, porque sobrevivir es la primera ley del ser humano, la ley sagrada.

7. Osiris

Soy propia de Dabeiba pero me crié en la vereda Palo Alto. Mi papá era un campesino que conocía la tierra. Era su vida. Él solito construyó un trapiche para sacar guarapo, miel y panela. Nos gustaba verlo trabajar porque se mostraba agradecido con su trabajo; cosechaba también el café, el cacao, el maíz. Era un hombre que no le tenía miedo a sudar y por eso vivíamos abastecidos de todo. Hoy en día podríamos llamar a eso la abundancia; no sólo no faltaba nada sino que sobraba de todo un poco.

Perdió mucho en la violencia del cincuenta y eso lo acongojó; tuvo que sacarnos y quedarse solo para poder alimentarnos. Al final perdió también la tierra: lo boletearon y le tocó alquilarse en tierra ajena en Apartadó. Para esos días llegamos a ser quince hermanos: cinco muertos y diez vivos. Los hijos son el seguro de vejez de los pobres. Hasta entonces habíamos vivido muy bueno, pero ahí ya empezó a fallar todo: mi papá no podía vender sino un solo jornal diario y al precio que quisieran los señores hacendados. Y no contentos con esa humillación, uno debía vivir agradecido y además mostrarlo. De tanto trabajo y tanta tristeza como se vivía, el viejo se fue enfermando poco a poco. Comenzó a ponerse amarillo, a perder fuerza, a no dormir, a no recibir comida. Y cuando un trabajador como él no come, es que está muerto. Nos tocó enterrarlo y ponernos los hermanos grandes a trabajar en marranos; los traíamos de Ituango para engordarlos y venderlos aquí como chicharrón. Apartadó ha sido tierra de antioqueños, y los antioqueños es mucho el cerdo que comen.

Yo trabajaba también aseando y ordenando casas ajenas, y todo sobrado, fuera comida o fuera ropa, en mis hermanos paraba. Mi mamá poco hacía porque fue operada y mal operada. Cuando fuimos creciendo nos aburrimos de la socia familiar y cada cual

cogió su camino; llegó un día en que nadie se entendía con nadie. Yo seguí engordando marranos, pero ya propios míos, y no dejé de trabajar lavando ropas ajenas para darles estudio a mis hermanitos menores. Había días en que la alacena amanecía pelada y tocaba darles a los chicos una vara y un anzuelo para que fueran a pescar al río. Yo no le pisé las puertas a una escuela pero tengo el orgullo de haber ayudado a que todos mis hermanos sepan leer y escribir. A veces nos veíamos muy mal, pero don Julio, que era negro y tenía tienda, nos sacaba de afanes. El hombre, al que se le miraba la intención, me repetía:

—Osiris, cuando no tengan con qué cocinar allá, véngase para acá.

Yo le hacía caso y don Julio me daba lo que le sobraba. Días hubo en que yo llegaba a la casa con mi cajita de mercado a la cabeza, y los pelaos con su sarta de pescado. Y así comíamos.

Don Julio se volvió mi novio sin yo saberlo y un día me dijo que nos íbamos a casar. Él tenía comodidades porque además de la tienda era secretario del juez. Para el matrimonio me compró vestido nuevo, zapatos y un lazo para el pelo, pero cuando vi todos esos regalos me asusté. Una señora de por ahí me había contado que él tenía un hijo en una mujer negra, y a mí me dio miedo que ella me hechizara. Para ajustar, mis amigas me decían que yo era demasiado niña para él y que si me comprometía en matrimonio, me iba a pesar. Me convencieron y así le dije a don Julio que ni pensara en seguirme ni en conseguirme. Él me decía que me quería, pero yo no quería ni voltearlo a mirar, y para quitármelo de encima escribí una carta firmada por su mujer diciéndome que si me casaba con él, tenía que pagárselas a ella. Le mostré la carta al hombre y me atrincheré detrás de ese papel para que se diera cuenta de que yo no me iba a exponer a que la mujer me hiciera algo, de que yo no podía ir a buscar con ella lo que no se me había perdido. Él me lloraba y me lloraba. Pero yo lo dejé y lo dejé. Me mandaba cartas y razones y regalos y yo firme, a pesar de que sabía que él nos podía ayudar a sostener la casa. Dejé al hombre, el miedo al maleficio no se me quitó y seguí tan pobre como había nacido.

A los tres meses de haberme dejado con él, me llegó el que fue después papá de mis primeros hijos. No lo querían en mi casa porque era un vaquero de jornal y trabajaba de finca en finca sin

tener sitio fijo. Yo lo conocí donde una prima y me gustaba cómo se le veían los caballos que montaba. Empezó a perseguirme pero yo no lo quería, no lo quería para nada. Él era detrás de mí y yo le decía:

—¡No me persiga, hombre; a esta negra le choca eso, hombre!

Le decía que me caía mal y él me contestaba:

—Mejor que le caiga mal, porque para eso sé domar potrancas.

Yo le sentía gusto a ese muchacho. Me gustaban sus diecisiete años. Era bonito, elegante, finito. A mi mamá no le gustaba porque era pelado, no tanto de años sino de bolsillo. Fue por llevar la contraria que me enamoré; eso de que la prohibición es la madre del gusto, resultó ser verdad. Y muy verdad. Uno no se enamora de alguien sino contra alguien. No me lo dejaban entrar para adentro de la casa y me tocaba recibirle la visita en la calle, debajo de un palo de mango. Ahí sacaba una silla para esperarlo y conversar fresquiando. Él empezó con el cuento de que no lo querían en mi casa. Yo le dije:

—Pues así es, a usted no lo quieren, ¡y no lo quieren!

Él no se dejaba acorralar y me preguntaba:

—¿Pero usted me quiere?

Yo le mentía, le decía que no. Empezó con el cuento de que nos fuéramos y que luego nos casábamos.

—No, mijo, ¿qué le pasa?… ¿Quién se cree para venir a convidarme así, de buenas a primeras?

Esa era historia repetida de todos los días, él con la misma proposición de fugarnos y yo con la misma decisión de hacerme la rogada. Mi mamá no dejaba su cantaleta: que yo había dejado a don Julio, que ese sí era un buen hombre, que ese era el marido que yo necesitaba. Un día, aburrida, le hablé claro:

—¿Sabe qué, mamá? Yo no me voy a vender, me voy con quien me guste a mí. Como Julio es un empleado del gobierno, usted lo apetece, pero yo no. Si yo me enamoro de un atarbán y me gusta, ¡pues ese va a ser mi marido!

Me dio una palmada que todavía me arde. ¡Es que yo era muy contestona! Entonces fue ahí que yo le dije:

—¡Me va a conocer usted, mamá!

Así fue, y cuando él me volvió a convidar, yo le dije:

—Listo, consígame todo lo que necesita una señora en su casa y

nos vamos.

Eladio consiguió casa y todo rápido; era muy trabajador. Se fue en la mañana del 16 de julio del 64, y a la noche volvió: ya tenía todo listo.

—¡¿Tan rápido?! —le pregunté.

Me respondió:

—Sí, todo está listo, lo único que falta es usted.

Pero yo desconfiaba; pensé que una vez que me tuviera, me iba a dejar porque a los hombres les afana la conquista, sobre todo si una es bonita. A veces pienso que los hombres consiguen mujeres bonitas, no porque les gusten sino para que los amigos los admiren. Consiguen mujer para los ojos de otros. Le dije todo eso y él no se molestó, lo oyó como si oyera llover. Le puse de presente que si me iba de la casa, no volvía. Él, muy serio, me dijo:

—No, eso no lo piense, Osiris. Usted, Negra, es una mujer muy juiciosa y muy trabajadora. ¿Cómo la voy a desperdiciar así?

Él sabía que yo en mi casa molía maíz y hacía arepas hasta la media noche, y que entre claro y oscuro estaba ya pilando. Él madrugaba a recoger ganado para ordeñar y se daba cuenta de mi trabajo porque sabía rendijiarme por unos huequitos que daban derecho a la cocina. Me admiraba por lo trabajadora y a mí eso me ponía orgullosa. Decía que no quería llevarme para ponerme a trabajar sino más bien para quitarme cargas de encima. Él era consciente de cómo me mataba en la casa, pero yo sabía que más que quererme, me llevaba ganas. Yo tenía el pelo largo, me caía a las corvas y me lo apretaba en trenzas. Él me miraba con ojos medio cerrados y medio vidriosos que me daban tanto gusto como miedo, y me decía, relamiéndose, que no veía la hora de desbaratarme las trenzas y acariciarme la «melena de león». Yo le sentía repudio, pero cuando me miraba así, me abría toda. Me tocaba devolverme al puesto mío para que no me fuera a coger fuera de base y me viera la debilidad. Me ponía seria y le decía:

—¡Mucho cuentico el suyo! Háble me en serio si no quiere conocer la leona sin destrenzarse siquiera.

Él insistía en que me había querido desde la primera vez que me había visto.

—¡Qué vez ni qué vez! ¿Cuál sería esa vez? —le decía yo, todavía arisca, hasta que un día me dijo muy serio:

—Mire, esa vez fue aquel día que usted llegó a lavar un atado grande de ropa que ni podía con él, y yo le ayudé a llevarlo al lavadero.

Había sido verdad, yo me acordaba de ese día en que lo vi llegar acaballado en un potrón, alazán él, que me gustó más que el jinete. Después de ese cuento le dije ahí mismo que me iba con él, pero que tenía que ser ligerito. Era que el trabajo en mi casa era muy duro; las mujeres éramos dos hermanas, yo y mi mamá; todos los demás eran menores y hombres. Yo era la que tenía que trabajar para conseguir el vestido y la comida a los que estaban estudiando. Me mantenía aburrida, y más encima trabajaba también en el monte. No era más que yo oyera que necesitaban a alguien para echar rula, y a eso le salía. Si resultaba una cogida de maíz y daban buena plata, ahí estaba yo. Era como un hombre para el trabajo material.

Le dije a Eladio que estaba dispuesta a irme con él, pero sin quererlo. La mujer no confiesa el amor. Aceptó. No tuve más camino que decirle que viniera por mí una noche. Mi mamá dormía al lado, debajo de mi cama, y se mantenía pendiente de todo ruido; había también un perro guapo que miraba sombras hasta en el sol. A las once, Eladio arrimó a la casa; el perro se levantó y despertó a la gente. Yo me hice la bien dormida, pero estaba alerta, listica, esperándolo. Tenía toda mi ropa bien aplanchada en una caja, porque nunca me han gustado los vestidos arrugados. Cogí la caja con mañita, abrí la puerta y salí.

En la carretera central nos encontramos. Él se echó mi caja al hombro y me dijo que nos fuéramos yendo. Eso era tan sano en esa época, que uno cogía carretera toda una noche y no pasaba nada, así se encontrara con el mismo diablo. Él cumplía los dieciocho años y yo no sé cuántos tendría, porque a mí me pasaba el tiempo sin preocuparme por los años que fueran cayendo. No me di cuenta ni cuando cumplí quince, porque para mí la vida no era sino trabajar. Le protesté a mi mamá por ese borrón que tengo, porque a los hijos hay que irles contando los años. A mí nunca me dijeron cuándo había nacido. La cédula la saqué ya de viuda, para poder reclamar el muerto.

Cuando íbamos pasando por una hacienda me dio por retarlo y le dije que me devolvía. Me cogió duro de una mano y me gritó:

—¡No, señorita! Usted ya se vino conmigo y de aquí para adelante es mía.

Yo le respondí:

—¡Pues cómo le parece que no! Yo no me le he vendido a nadie. ¡Me entrega mi caja ya!

Me dijo:

—Le devuelvo los cartones, pero no la ropa; esa se la llevo a su mamá mañana, y de paso le pongo la queja.

Él que me dice eso y yo que le empiezo a bolear uña como una gata en celo. Fue un problema muy serio… Y cuando llegamos a la casa que me tenía preparada, ¿quién dijo que yo quería entrar ahí? No, no quería entrar. Él con el cuento de que yo era suya y yo con el de que no era de nadie. Me atormentaba haberme salido de la casa. Llegué a la conclusión de que estaba loca, y que era mejor una loca en una casa que una loca en la calle, y me decidí a entrar.

Era una casa grande y muy bien hecha. La pieza era muy buena y la tenía organizadita. Entonces me senté en la cama y así me quedé hasta la madrugada. Él me decía que me acostara, y yo me excusaba diciéndole que no tenía sueño. Todavía estaba arisca y él seguía insistiéndome en que me acostara, que no era para nada, sólo para descansar. No me insistió más. Se quedó dormido. Yo de los pies de la cama no me moví. Ahí sentada me dieron los remordimientos más duros, pensando que me iba a odiar mi mamá, que me iban a odiar mis hermanos. Lloré toda la noche. Cuando fue amaneciendo el hombre se despertó, coló tinto y antes de salir a trabajar me dijo que yo era ya la señora y que tendría que decidir qué hacer con todo lo que había en la casa. Yo no sabía qué hacer porque todo lo que había tenido hasta ese día, había sido conseguido con mi trabajo; crecí acostumbrada a no tener necesidades, como todo pobre, y a vivir apenas con lo que el día da. De verdad que no sabía qué pedirle, no se me ocurría nada. A las nueve volvió con una cajada de mercado surtido, y otra con zapatos y cortes para que me mandara hacer vestidos.

Hasta ese tiempo yo había tenido una casa chiquita con una familia grande. De pronto, tenía una casa grande y una familia chiquita. Estaba todo volteado, y una casa sola pesa más que un tren. Éramos sólo los dos viviendo en un pueblito más arriba de Chigorodó, en El Tigre. Él me quería y de muchas maneras me lo

hacía saber. Me daba de una forma que yo no estaba acostumbrada a recibir. El trabajo de la casa era liviano para mí. Sólo tenía que atenderlo a él. Eladio entendía mucho de ganado y por eso lo buscaban de las haciendas grandes, y se iba por temporadas. ¡Yo era tan boba! Él tenía una amiguita y me la llevaba a la casa dizque para que me acompañara y no me sintiera tan sola. Ellos se ponían a jugar en la cama y, jugando ahí, yo les hacía comida y se las llevaba a la propia cama. No creía que eso fuera algo más que pura amistad de amigos. Me decían las vecinas mayores que esa era la amante de mi marido, y yo ni maliciaba. Me explicaron más clarito, y cuando entendí, los seguí defendiendo para no ver mi bobada. Poco a poco me fui despertando: ella era una mujer muy peligrosa, y nosotras las mujeres sabemos qué quiere decir eso de ser peligrosas. Él había hecho sus vainas aprovechando que yo no entendía; o mejor, que estaba convencida de que un hombre casado nada tenía por la calle. Para mí el matrimonio era un hombre unido a una mujer, nada más. Cuando aterricé y me di cuenta de que mi vida no era como yo creía, me volví tremenda. No se me daba nada bolearle plana a la mujer que fuera; él me tenía que esconder la peinilla. Con palabras esos asuntos no se arreglaban y más de una de las amigas que se le arrimaron se llevó una buena sorpresa. Me cogieron miedo; con verme de lejos ya salían a esconderse. Eladio se reía.

A resultas de una de esas peleas, quedé embarazada. Yo no sabía bien qué era eso; aprendí con una vecina vieja que me hizo ver las cosas como son y no como parecen. Dialogando con ella, me puso a entender lo que yo no comprendía.

Cuando nació la muchachita, a los tres meses iba a dejar a Eladio; él me dijo que yo no sacaba nada con escapar porque me buscaría hasta donde fuera, y me propuso que nos casáramos. Uno no entiende a los hombres: se desviven de palabra con la mujer, pero en su día-día hacen lo contrario. No le acepté porque para mi él era muy pernicioso y no quería amargarme la vida. Le propuse que nos dejáramos así, de una vez, porque el daño no era tan grande todavía. Me decidí a tener la mera hija y no más. Además, no me iba a casar con él para que cuando ya me tuviera asegurada volviera con sus zorrerías. Que se olvidara de ese cuento, porque estaba dispuesta a matarle a una de esas viejas.

Me prometió que iba a cambiar de vida y se volvió tan querido, tan buena persona, que no consentía ni que me diera el aire. Él fue el que puso distancia entre esas mujeres y nosotros. Vivíamos abastecidos de todo y se sentían bien las cosas de familia. Me puse a pensar que no podía poner a sufrir a la niña y recapacité. No nos casamos, pero seguimos juntos y tuvimos seis hijos: tres hombres y tres mujeres. Con el tiempo no lo volví a molestar yo tampoco: él cogía vida aparte los sábados, y volvía el lunes. Cuando llegaba, yo le preguntaba si tenía sed y le hacía una preparada bien cargada de limón; él, por debajito, me preguntaba:

—Negra, ¿tenés algo por ahí?

Y como yo ya sabía la pregunta, le tenía guardado un buen calentado.

Por parte mía se acabó todo reclamo, y entonces la cosa cambió: empezó a no irse los sábados. Se fue aquietando. Se fue suavizando; yo vi el cambio que él estaba dando. Le vi el miedo a perderme y a perder el hogar. En total fueron trece años juntos. Hasta que lo mataron.

II

En cierta manera él se lo buscó. Eladio tenía un primo, Aristi, que de muchacho había sido muy malo. Ni a mí ni a él nos gustaba que el tal primo fuera tanto a nuestra casa. A mí porque había oído decir que era matón, o que en un tiempo había sido matón, y a él porque, seguro, conocía las mañas aprendidas en una de esas violencias a las que yo no asistí. Por ahí se oyó decir hasta que dizque Aristi había matado a unos niños. Yo no sé. Yo le tenía era miedo. Al hombre lo buscaban los pecados de su pasado. Nos seguía como un cargo de conciencia; para donde fuéramos, allá llegaba. Era un hombre muy solo.

El último día, Eladio me dijo que tenía ganas de un sancocho de gallina de esos que yo sabía preparar. Yo criaba mucha gallina porque a él le gustaban. En ese tiempo no era sino querer para tener. Entonces, volviendo al cuento, cogí una gallina y me puse a

hacerle su sancocho. Cuando iba a servir, salí al patio donde tenía una cama con cebolla, cilantro y aliños, y estaba escogiendo el adobo cuando se me dañó el día: llegó Aristi. Eladio me dijo que le diera comida, que debía de venir con hambre. Le serví de mala gana un plato de sancocho. La última niña tenía diez meses y para que no se me saliera la encerré dentro de un cajón en la cocina. Recuerdo a Eladio acercándose a la niña, dándole cucharaditas de sopa en la boca. Fue cuando vi dos hombres que venían para la casa; le dije a Eladio que mirara esos forasteros tan raros. En aquel tiempo se usaba la que llamaban La Mano Negra, una socia de matones a sueldo que hacía mandados. A Eladio le parecieron también peligrosos los tipos, y así fueron llegando a la casa.

—Buenas tardes. ¿El señor Aristi está por aquí?

—No —dijo Eladio, que había salido a recibirlos.

No supe por qué lo negó; quizás les vio el mal que venían a cometer. Ese fue el error de mi marido. A mí se me bajó la sangre a los pies y me paré en la puerta de la cocina para tapar la mentira de Eladio y no dejar ver que Aristi estaba ahí comiendo. Los forasteros dijeron que ellos sabían que él estaba adentro. Yo, clavada en la puerta, les dije que lo buscaran en otra parte porque adentro no estaba sino mi niña. No alcancé a oír sonar el embuste cuando uno de los matones me dio un empujón que me sacó del marco donde me afianzaba; el Aristi se paró de un brinco y les dijo:

—¡Aquí estoy! ¿Para qué soy bueno?

Él era así, alzado, como hostil. Entonces los dos hombres sacaron sus armas y de una vez fueron disparando. Yo gritaba por mi niña porque ella estaba metida en el cajón adentro, en la cocina, al lado de Aristi. Pero yo no era capaz de moverme, como sabiendo que lo que iba a pasar estaba ya pasando. Eladio brincó rápido para sacar a la niña; los matones creyeron que iba a atacarlos y uno de ellos le puso el arma de frente y le disparó en la cabeza. Volteó a verme y me dijo:

—¡Negra, míreme, me mataron!

Todo sucedió al mismo tiempo. Alcancé a ver a Eladio cayéndose como si el tiempo se hubiera hecho lento. Se me fue el mundo detrás de él. Quedé sorda y quedé muda. Sólo miraba que él caía, caía, hasta que cayó, ¡cayó!, como cae un árbol grande cuando lo tumban. Me volví loca; daba gritos; los niños lloraban. La niña

menor quedó bañada en la sangre; los dos mayorcitos se me colgaron del vestido. Yo no me oía; tampoco oía lo que ellos gritaban. Sólo tengo presente lo que uno de los asesinos dijo antes de irse:

—Señora, no llore que usted queda muy joven.

Eladio se quejaba de sed y al mismo tiempo se moría. Le empecé a dar agua con una cucharita y creo que alcanzó a recibir alguna gota. Me le recosté en el canto en medio de esa sangría, pero no quise llorar para que él no supiera que se estaba muriendo. Salí de la casa y me senté en la carretera a gritar, a oírme unos gritos terribles. Quise salir corriendo, pero no me atreví a dejar solos a los dos hombres muertos; tampoco me atreví a volver a la cocina a verles sus ojos fríos. No sabía qué hacer, ni a quién llamar. Todo quedó quieto. Comenzó a caer un serenito… todo se quedó callado, todo se volvió pasado.

Me estaba preguntando qué iría a ser de mí con cuatro niños pequeñitos, cuando de pronto vi que llegaba un hermano de Aristi que era muy aparte de él. No le gustaba ni que el difunto lo visitara, porque conocía la historia del hermano y le reprochaba lo maldadoso que había sido. Cuando le dije que los habían matado, contestó:

—Eso estoy viendo.

Se fue a conseguir una volqueta al pueblo para llevar a enterrar a los muertos. ¿Qué más hace uno con un cuerpo ya frío? Volvió como a las siete de la noche con el inspector de policía.

La mayor de todos mis hijos, Blanca, que tenía diez años cumplidos, estaba sonsa de ver tanto muerto; me decía que le tapara el hueco al papá para que no botara más sangre.

Yo sentía como si su muerte me arrancara algo sin saber qué era. Pero dolía. Dolía. Dolían mis hijos: si les daba vestido, no les daba comida; si les daba comida, no les daba ropa. Eso era como una condena a muerte, quedar vivo. ¿Se me iban a morir los hijos que me quedaban vivos? A mí ya me había tocado enterrar dos hijos —muertos sin bautizar—, pero nunca es lo mismo morirse a que lo maten; ni para uno ni para el muerto. Tal vez para Dios sea igual. El niño más grande alcanzó a completar los tres añitos, le cayeron las lombrices y me lo acabaron; el otro estaba descuajado. Nació así. Lo llevamos a donde decían que había un buen médico, pero se murió:

¡justo a los trece meses de nacido! Hacía mis cuentas: yo con veinticinco años, cuatro hijos vivos y ya con tres muertos míos, míos propios.

En esas llegaron a quitarme el muerto. El mayorcito bregaba a que se despertara el papá, para que no se lo llevaran, y por eso casi no lo pueden despegar de Eladio.

El inspector de policía tomó medidas con un metro de albañilería y preguntó que quiénes eran los muertos; luego que quién los había matado, y más después que por qué razón. Y mientras preguntaba seguía midiendo y midiendo. Yo no me explicaba qué era lo que tanto medía y para qué, si ya los muertos estaban muertos. Preguntaba mientras volteaba los cuerpos para un lado y para otro, pero yo no sabía nada de quiénes habían sido los asesinos:

—Los de La Mano Negra —dije, y el inspector me contestó:

—Prejuzgar es un delito, señora. Por más viuda que sea, no tiene por qué levantar falsos testimonios.

Me hizo jurar que iba a decir la verdad y me volvió a preguntar que quiénes eran, que cómo iban vestidos y que qué edad tenían. Le dije que la edad no la sabía porque no les había alcanzado a preguntar; que iban vestidos como los demás, con pantalón y camisa. Tampoco pude decirle cómo eran porque eran como todos. Yo los recordaba disparando, los veía cómo disparaban, y no pude darme mañas de decir cómo eran. No había forma de que soltara el recuerdo de ese momento; era como si yo no quisiera aflojar su último minuto de vida.

El inspector de policía se quedó mirándome con esa rabia con que se tapa el miedo. Tenía dudas de que yo estuviera diciéndole la verdad, y a mí me quedaron sembradas su mirada y su inquina; sólo mucho más tarde vine a descubrir de qué duda estaba hecho su temor.

Mandó subir los cadáveres. Los alzaron y los botaron como reses muertas en el platón de la volqueta. Nosotros, los que quedábamos vivos, también nos encaramamos ahí. El hijo volvió a acostarse en el suelo del carro y se fue todo el viaje abrazado al papá, diciéndole cosas al oído. No me sentí autorizada para decirle que no le dijera más cosas, que el papá ya estaba muerto. Les hicieron la necropsia y los velamos en su propia casa, como debe ser. Me dio más por los

pensamientos que por los sentimientos y en esa pensadera el mundo se me volvió un corral. Me sentí atrapada como una gallina cuando se apaña para hacer un caldo; me convencí de que si yo hacía una cosa, no hacía la otra. Me puse que no comía, que no dormía. Vivía todo el tiempo sentada en la cama con una linterna en la mano, un paquete de cigarrillos en la otra y una caja de fósforos y un café; tome tinto, fume y llore…

Cuando cumplió los tres meses de muerto, seguía yo en la misma cosa. Ya era mero hueso. Iba a coger cualquier pocillo y la mano me temblaba. Desatendí a los hijos y no podía ni siquiera ver por mí misma. Los vecinos hacían por nosotros, nos llevaban siempre algo para preparar, y Blanca me daba la comida.

Un día llegó una vecina a reclamarme por mi vida: que si era que me iba a dejar llevar por la pena; que si era que me iba a dejar morir, ella se hacía cargo de los niños. Yo alimentaba a Carmen, la menorcita, pero mis pechos estaban tan secos y tan achilados que la niñita parecía morirse conmigo. No producía alimento para la criatura. Entonces decidí poner de mi parte y empecé a cuidarme para poder criar a los hijos. Ellos me sacaron de ese agujero donde Eladio me dejó. Comencé a rebuscarme para no dejarnos llevar por la corriente de la pena; uno como que se acomoda a ella y le toma el gusto al llanto. Eso es malo. Le sentí el peligro a ese como regusto que tiene la muerte. Volví a engordar marranitos para venderlos; metí más gallinas para sacarles algo de provecho. Me daba yo misma alimento y vitaminas. Empecé a recuperar la vida. Fue cosa lenta, de muchos días. Me puse a hacerles comida a los aserradores, que por ahí en esos montes había muchos. Era lleno de aserradores por todas partes. Me tocaba caminar entre la montaña para buscar los entables donde aserraban. En ese oficio trabajé mucho tiempo, hasta que me cansé. Me cansé. Resolví que no iba a bregar más por esas montañas, aunque con lo que estaba ganando podía mantener a mis hijos. Me fui a buscar suerte en las bananeras y pegué para Apartadó, un pueblo maloliente a venenos contra la plaga del banano, caliente y lleno de sicarios, pero donde se movía la plata.

Busqué a una hermana que vivía allá y por medio de ella conocí a la señora Yoya, que me llevó a una bananera donde necesitaban personal. Hablé con el administrador y le dije que con Yoya éramos familia. Me dijo:

—¡Listo! Véngase mañana a las seis de la mañana, que a esa hora es el reparto de la gente.

¡Y a las seis estaba esta negra allá! Llegué con un vestidito que llevaba guardando años para algo especial. Me preguntaron que si sabía empacar fruta y dije la verdad: que no. Pero planteé la ventaja que tenía: que como todo el mundo, yo no había nacido aprendida.

Me puso un señor para que me enseñara y yo me le puse al corte. A la tardecita me llevaron una caja para ensayarme; fue como un examen en la escuela. Ahí todos los trabajadores son muy celosos y hay mucha maldad en esos celos. Me soltaron mi caja para que la empacara, lo hice con mucho cuidado, como empacando un crío, y me quedó a pedir; bien buena. Tanto que creyeron que ya había trabajado en eso. No, señor, yo no había hecho más que mis maletas, pero a las mujeres Dios nos hizo con el don de saber acomodar las cosas bien acomodaditas. ¡Eso se ve cuando llegan los críos!

Me quedé trabajando ahí toda la semana. El sábado me fui para donde mi hermana a recoger la ropa. Regresé a la bananera el domingo porque ese día se trabaja como si no fuera fiesta. Le di parejo al empaque y cuando agarré la primera quincena, calientica, salí corriendo a mercarles a mis hijos, que vivían con mi mamá donde habían matado a su papá. Llegó esta negra haciéndose notar, como una papayera en ferias, para que todo mundo se diera cuenta de que había comenzado una nueva vida para mí y para mis hijos. En ese entonces todavía no se habían dañado las cosas por ahí. Andaban sicarios rondando, y a ratos hasta daba nervios verles los fierros entre la mochila y la maldad entre los ojos. Pero me decía que si nada debía, nada podían cobrarme. ¡Inocente de mí!

La quincena era de treinta mil pesos; yo cogía la platica pero no me rendía ni siquiera lo justo, no alcanzaba para comer mis hijos y yo. Ya sentía un poco más lejana la tristeza, ya habían pasado dos años desde el día que me hicieron viuda. Seguí con mi forma de vivir y el tiempo siguió pasando. De hombres, nada. Veía sólo por mi trabajo y mi familia. En esa finca cumplí dieciocho meses empacando fruta. En una de esas llegaron unos muchachos del Caquetá buscando trabajo, muy jóvenes ellos y alegres; el administrador se dio cuenta de que eran buenos trabajadores y los contrató. Eran bien verriondos para eso; el trabajo de las bananeras

es duro, pesadito, y por eso no todo el mundo se le mide. Uno de ellos, el más joven, de una se fijó en mí y ni le importó que yo fuera mayor, viuda y con hijos. Yo le decía que no me pusiera el tema, que ya había pasado por esas y que lo pasado era pasado. Creí que debía fijarse en otras que sí eran muchachas buenas mozas, sin hijos y sin obligaciones. Le insistía en que se dirigiera a una de ellas. Pero tanto me rogó el hombre —Milciades— que terminé metida con él y con él viví doce años.

Milciades para mí sigue siendo un muchacho aunque tenga los 42 años y yo los 55. De esa relación quedan dos varones menores. Cuando todo estaba muy formal entre nosotros, llevé a mi resto de gente a vivir a Apartadó. La vida iba bien; trabajábamos en la misma parte y así juntábamos para las necesidades de todos. El cuento se acabó cuando él se consiguió una mujer más joven, que tenía cuatro hijos pero estaba menos jecha que yo. Reconocí que las cosas no llegan como uno supone que deben llegar: una mujer debe enterrar al marido y no el marido a la mujer. Yo temía ese final. A Milciades le dije que si esa mujer le caía bien, que no se parara en mis hijos; si sentía algo grande por ella, pues que se fuera; pero eso sí, que lo que yo necesitaba era la comida y el estudio de los pelados que me había hecho. Pensé que tal vez no me consideraba una buena mujer, pero para él, según lo que me dijo, yo era una mujer que no se conseguía ni mandándola a hacer a la medida. Fueran como fueran los enredos, estuve decidida desde siempre a hacerle la vida grata, nunca quise amargársela. Lo poco que para mí le pedí fue que se fuera, pero que no me amargara. Él supo por mí que esos doce años juntos fueron de amor y que la gratitud no iba a cederle el puesto a la amargura. Yo sabía que iba a sufrir, pero no lo iba a detener; sabía que podíamos seguir de amigos. Yo había trabajado en la finca donde nos conocimos cuatro años y había logrado salvar un lote en el barrio Policarpa; él duró diez y lo liquidaron con siete millones de pesos. De eso no me dio un peso y en la casa-lote vivían también los dos hijos que con él tuve. Al menor lo llamaba muy rara vez y le daba por ahí un vestidito; al mayorcito no le volvió a dar nada, escasamente el saludo.

Ese hijo empezó a colaborarme vendiendo por ahí chance, que es el oficio de los que no tienen oficio y la esperanza de los que ya ni eso tienen; para un decir, yo acostumbraba siempre a sacar

aparte lo del chance una vez asegurara lo de la comida. Vivíamos de hacer empanadas, morcillas y arepas, que los hijos salían a vender. Con eso pagaba los servicios de la casa. Blanca me ayudaba mucho. Vivíamos más o menos, pero a mí en el fondo me dolía el hombre. En doce años junto a él vi crecer a mis hijos y él actuó siempre como papá de todos. Yo soy fuerte, y con tanto golpe como he recibido, más fuerte me he vuelto, pero hay cosas en la vida que creo que sola nunca hubiera podido afrontar. El destino me puso dos hombres en el camino y de ellos me agarré siempre en momentos en que hubiera preferido estar muerta. Eladio fue mi apoyo cuando se me murieron por la naturaleza dos hijos; Milciades lloró conmigo a Jaime, el mayor de los varones que me quedaron del primer marido. Él lo miró crecer y lo llevó a enterrar cuando me lo mataron por la maldad de unos hombres.

En Apartadó hay un parque que se llama Parque Infantil. Jaime tenía diecinueve años, se ganaba la vida como vigilante y no tomaba trago. Era juicioso y ya había sacado casa aparte; tenía su pelada y un hijo de meses. Un día llegaron dos amigos a su trabajo y lo invitaron a tomar, pero como era consentido por mí, pasó por la casa a decirme que se iba a beber unos rones. Le dije que se cuidara. Yo veía que los tiempos ya estaban poniéndose turbios. No me gustó que se fuera a emborrachar porque uno tiene sus sentidos de mamá, y algo dicen cuando viene una desgracia. Los amigos ya lo estaban esperando en la cantina. Sin saberse nunca por qué, llegó el ejército, los sacó del bar, los vendó con sus propias camisas y se los llevó al Parque Infantil; hubo quien vio todo, pero en ese tiempo ya no se podía decir nada. A los mayores los quemaron primero. El muchacho mío, como era celador y tenía su arma, intentó sacarla, porque uno de los tiros que me le dieron le atravesó la mano y le entró por la cintura; otro se lo pusieron en el estómago y el último en la cara. Lo mataron en paro; a los amigos les pegaron una matada horrible porque les tenían mucha rabia. Yo supe que había sido el ejército desde un comienzo. Lo supe, el corazón me lo dijo.

Jaime siempre llegaba a las seis de la mañana, después de entregar el turno, a tomar tinto a mi casa antes de irse donde la mujer. Eran las seis y media de la mañana y yo estaba arreglando la ropa de los otros hijos para que se fueran a la escuela. Sentí que paró un carro frente a la casa. Salí y de entrada me preguntaron si

yo era la mamá de Jaime. Ahí mismo sentí otra vez ese frío de muerte que contagian los muertos que son de uno, y entonces pregunté qué le había pasado a mi hijo.

—Que lo mataron al amanecer —me contestaron.

¡Dios mío bendito! ¡Qué vacío sentí en mi cuerpo! ¡Qué ganas de seguirme muriendo con mi muchacho! Dios sabrá cómo hace sus cosas. ¡Pero uno no! Me monté en el carro con lo que tenía encima y ni me di cuenta de que andaba en chanclas. Cuando llegamos al hospital, Blanca gritaba que le habían matado a su hermano. Nos pasaron a la morgue, donde había mucho muerto. Ya había empezado la matazón.

—¡Búsquelo! —me dijo un médico militar—. Busque a su hijo entre los que llegaron en la madrugada —añadió con su voz de mando, y me señaló unos lavaderos con difuntos apilados, unos para un lado, otros para el otro, unos hombres y otros mujeres, unos completos y otros despedazados. Entré a levantar a los muertos del pelo para mirarles la cara. Yo decía que tenían que estar equivocados, porque entre toda esa cantidad no podía estar él.

—Pase al otro cuarto y busque en los que están al rincón —volvió a gritar el hombre.

Y sí, ahí sí estaban ellos, los del parque. Estaban en interiores y no los habían bañado. Cuando vi a mi hijo el mundo se me fue; lo levanté y me lo traje al pecho. El médico, o quien fuera ese señor, me dijo que era mejor que no lo cogiera, porque podía quedar implicada en la investigación. Pero yo no oía. Me lo recosté aquí, en mi pecho. La sangre, su sagrada sangre me corría por todas partes, hasta que el animal ese, medio médico, medio policía, me lo quitó.

Sentí que me volvía loca y entre gritos salí a la calle. ¿A quién reclamarle justicia si la misma ley que mata es la que levanta los muertos? ¿Dónde poner el denuncio si toda autoridad está untada de sangre? La misma ley que toma las medidas y hace los exámenes para decir quién es el asesino, es la misma que cometió el crimen. Yo lo sabía porque esa historia ya la había vivido, y así se los dije en la cara a los médicos o lo que fueran esos señores. Me senté en una esquina a llorar y a gritar, hasta que llegó un capitán del ejército y me dijo que mi hijo tenía un arma. Yo oía pero no podía revirarle porque tenía un taco en la garganta. Al fin lo pude soltar y le dije que cómo no iba a estar armado si era celador. Entonces

comenzó a investigarme, a preguntar, a hacerse el inocente. Quería saber quién lo había matado. Le miré los ojos bien mirados, para humillarlo, y le grité:

—¡Ustedes deben saber cómo lo hicieron! ¿La misma boca que dio la orden de matarlo viene a preguntarme?

El hombre se fue avergonzado de verme tan frentera y al rato volvió con otro capitán, de civil, a seguir indagando: que quién había sido, que cómo, que cómo sabía quién había sido, que quién me lo había dicho. Todo lo apuntaban. Ahí quedé engrampada en la investigación. Lo que no pueden hacer con las armas lo hacen con la ley. Se los serví en bandeja. Los mismos que hicieron el mandado terminaron siendo los investigadores y yo, el deudo, terminé siendo investigada. Más ánimos cogí. Pedí mi muchacho y me lo llevé. A mí me gusta velar a mis muertos en lo que fue su casa. A Milciades lo fueron a buscar a la finca porque él quería mucho al muchacho, lo había cogido muy pequeño y lo acabó de criar. Él se fue a hacer las vueltas y yo ya no me di cuenta de nada más. Esa muerte fue para un 8 de mayo del 90, dos días antes de que hubiera aparecido una hija desaparecida, como lo supe después.

Recién había cumplido los dieciséis y entraba ya a los diecisiete. De esa muerte sí no sé nada; nunca pude saber ni averiguar cómo fue. Ella se llevó el secreto, dejándoselo a quienes la mataron. Había salido el 6 con unas amigas y ellas estaban convencidas de que la niña se había ido para su casa. Un hombre me dijo, ya pasado un tiempito y enterrado el hijo, que la habían matado en las afueras de Apartadó, en un sitio llamado Nueva Antioquia; que él había visto bajar de una buseta a una muchacha como la mía y que la habían matado en ese sitio. Pregunté que quién la había matado y lo que me dijo fue que en ese momento sólo la policía había estado por ahí dando vueltas, pero que no se atrevía a decir nada. Yo tampoco estoy segura. De la muerte de mi hijo sí porque lo vi y le di sepultura, pero de ella no sé nada, no puedo decir si está muerta. La espero todavía. Lo que lleva de muerto el muchacho lleva de muerta ella, si es que está muerta. Sé que ella salió con la ropita que tenía puesta, porque el resto quedó en la casa. A ratos siento como la esperanza de que se haya ido con un hombre y esté viva; sueño que se hubiera ido con una amistad de la calle o que ande por ahí andando. Prefiero pensarla así. Es la esperanza que mantengo. A

todos mis hijos los he querido por igual y con todos he sido la misma mamá, a todos les mastiqué la comida antes de que tuvieran dientes; cuando lloraban, ahí estaba yo. Con todos siempre he sido igual y me da miedo pensar que me los sigan matando. No quiero enterrar más hijos.

Después de que murió Jaime y de que desaparecieron a mi niña, se terminó todo para mí. Llevo la vida, pero no la vivo. Me volví vieja en una madrugada, y madre de dos muertos asesinados. En mi soledad estaba sola. La gente del barrio se empezó a perder: se iban al trabajo y no regresaban a la casa. Aparecían a los dos o tres días con moscas entre la boca. Cuando se decía: anoche vimos tanta gente que pasaba por tal calle con las caras tapadas, al otro día aparecían los muertos o desaparecían los vivos. Nadie tenía la certeza de amanecer. Fue cuando se echó a oír de los paracos.

Hasta ese entonces nunca había oído mentar la palabra, y cuando me la dijeron no la entendí. Tampoco yo preguntaba mucho, porque tenía la investigación del capitán encima. Mejor era el silencio, así escociera a diario la herida. Yo no quería más muertos, ni siquiera quería ya que se descubrieran los que mataron a mi hijo y desaparecieron a mi hija, porque sabía, tenía la seguridad de madre, de quiénes habían sido. Esa seguridad fue la que los guió a ellos hasta mí. Un día se metieron a mi casa y no esperé la segunda porque sabía tras de qué andaban; me tocó abandonar la media-agua que habíamos levantado en el Policarpa. Ese día yo no estaba en el barrio; había salido de Apartadó a Dabeiba y estaban sólo Carmen, la menor de las mujeres, y el último niño. Ya se habían acostado cuando vieron un puñado de tipos en la casa, grandes, altos, con el pelo rapado; no parecían de por acá y andaban con unos encapuchados. No tocaron el portón ni nada sino que de una vez se metieron a la fuerza entre las alcobas. Carmen se despertó con la luz de las linternas en las vistas. Se sentó en la cama y se refregó la cara para preguntarles quiénes eran. Se identificaron como del DAS o del F2, no recuerdo. Les dijo que eran unos abusivos, que cómo habían podido romper así las puertas, que si acaso nunca habían ido a la escuela, que así no se entraba a una casa.

—¿Cómo así? —preguntaron—. ¿Nos está diciendo brutos? —y se le fueron enroscando.

Insultaban y esculcaban. Carmen no les despegaba el ojo. Preguntaron por mí —que era tras lo que venían—, pero ella los despistó con el cuento de que yo andaba por Medellín. Le ordenaron que no se moviera mientras registraban la casa, pero Carmen, que boba no nació, dijo: «si yo me les despego, algo nos meten para podernos acusar», y no les obedeció. A donde ellos iban, ella iba, y cuando ya se fueron se quedó al sereno esperando que amaneciera. A las cinco llegó donde Blanca, la hermana, y le contó lo que había pasado. Blanca vivía en el mismo barrio y a ellos les había pasado lo mismito. Esa noche se metieron en varias casas del Policarpa. Blanca es muy alzada y de una vez les fue soltando un rosario de groserías; los tipos dizque quedaron boquiabiertos de la lengua de esa mujer; pero de todas formas entraron a hacer lo que venían a hacer y cuando vieron la puerta del solar medio abierta, se la montaron de que alguien se había volado por ahí. Ella se les enverracó más, porque a nadie estaba escondiendo, y ellos no le aclararon a quién requerían.

Cuando volví me encontré con la noticia y dejé de quedarme en la casa, le puse candado a la puerta y me fui con mis hijos a dormir donde una comadre. Esa misma noche volvieron, reventaron el candado y entraron. Tumbaron las ollas, tiraron los trastos encima del fogón, regaron las fotos por la pieza y vaciaron el baúl de la ropa. Como no había nadie, hicieron lo que les dio la gana, y al otro día una vecina me dijo que la cosa estaba verraca, que había visto llegar gente de ley, algunos con la cara tapada, y que venían a buscarme. No faltó quien rendijiara y se diera cuenta de que los «tapados» eran mi cabo, mi teniente y mi primero.

Y ahí fue cuando tuve que abandonar definitivamente la casa, perdiendo todo el trabajo que había ahorrado en ella. Me pasé para el centro de Apartadó, donde una amiga. Le dejé las llaves a una vecina, a ver si la podía arrendar. Comprendí que la situación se había puesto grave. No era sólo mi caso, sino el de mucha gente; el barrio Policarpa era de obreros, personas de trabajo, y quedó poco a poco desocupado. La estampida no fue un consuelo sino una realidad que a todos nos dolía. No podíamos entender de quién éramos tan enemigos, habiendo vivido sin robar ni matar. No podíamos entender por qué y para qué nos tenían arrinconados. Ni mi amiga ni yo pudimos volver a entrar al Policarpa. Nos estaban

buscando. Nos preguntábamos para qué nos buscaban, pero nadie nos daba razón. Ya me habían hecho lo que me tenían que hacer, matarme mi muchacho y desaparecerme mi muchacha. ¿Qué más podían querer? Empecé a correr de verdad cuando me resultaron con el cuento de que estaban buscando al otro hijo, el que me había quedado de mayor. Carlos tenía quince años y ayudantiaba por ahí en las busetas. Para ese momento Carmen tenía diecisiete y se había organizado con Jackman, un muchacho que conocía desde niña; era un negrito muy bueno, muy querido, pero no alcanzaron a vivir en matrimonio. Se habían ido para los lados de Currulao, donde tenían arrendada una casa, y el primer día que entraron a vivir allá mataron a Jackman. Les llegaron como seis o siete hombres, lo sacaron de la casa y lo quebraron frente a ella. Cerquita vivía un hermano mío, y cuando oyó los tiros creyó que los estaban matando a los dos, pero cuando llegó, Carmen estaba en un rinconcito, a los gritos. Los asesinos le preguntaron si era familia de ella y le ordenaron que se la llevara. Él le echó mano y dizque se quedaron esos hombres dándole candela al muerto. Ella se metió un viaje muy largo sólo para llegar a donde yo estaba y contarme que le había pasado lo que a mí me había pasado. Llegó llorando. Me dolió mucho porque yo sabía qué era que le mataran al marido delante de uno, y uno sin poder hacer nada; me dolía ver cómo sufría mi muchacha. Nos fuimos a avisarle a la familia de Jackman y al otro día a llevar el cadáver a Mutatá.

Las cosas también estaban bien peligrosas para mi otro hijo, Carlos, el de quince años, y yo seguía sin entender la locura de tanta sangre a mi alrededor. A todos se nos rompieron los nervios. Porque no era sólo contra mí. Si así hubiera sido, pues bien, me dejo matar y ya, basta, se acabó. Pero no: eran muertos por todos lados. Por aquí, por allá; todos teníamos a quién llorar, todos podíamos contar cómo quedó el cadáver de fulano, a qué hora fue que lo mataron y, lo más duro, todos sabíamos quiénes eran los asesinos y a nadie le podíamos contar porque nadie era autoridad para castigar. Eso eran tiroteos a cada rato y casi todos al amanecer. La gente cerraba la puerta hasta que la quemazón se calmaba y salía a saber cuántos y quiénes eran los muertos. A veces empezaban los tiros a las cinco de la mañana, se calmaban cuando salía el sol y otra vez por la tarde o por la noche volvían a comenzar. Se oía una

quemadera tan tremenda que uno pensaba que estaban acabando con el mundo, aunque eran más los tiros que los muertos; pero eso sí, bien matados.

La masacre de El Golazo, por ejemplo, fue horrible. Era un miércoles santo. Estaba en misa con mi familia rogando por el alma de los finados y por eso, cuando se sintieron los tiros, nos quedamos en la iglesia; todos los fieles resultamos metidos en la sacristía, tendidos de barriga unos sobre otros. Alguien dijo que los tiros eran donde doña Melba. El candeleo duró una media hora y no llegó ni ejército ni policía, aunque antecitos habían pasado requisando. Los que estaban viendo dicen que pasaron cinco minutos antes, y que despuecito llegó una camioneta de la que se bajaron unos hombres con las armas ya encendidas. Después del candeleo abrimos la puerta y fuimos a mirar, con el corazón en la mano, lo que había sucedido. Al primero que encontramos fue al hermanito de una amiga; quedó lleno de huecos, desangrándose en la puerta de la casa. Seguimos para la discoteca El Golazo, donde estaba el reguero más terrible: trece muertos, entre ellos un niño que vendía chance y una señora que fiaba empanadas. Los demás puros obreros de las bananeras. Nadie dijo nada. Mandaron a buscar a la policía y nunca llegó. Hasta les daría vergüenza llegar a que nadie los mirara. Las masacres se volvieron diarias, como antes los muertos. Hubo muchas, pero la más fea fue la de El Golazo.

Ya no quedaba otro camino que sacar a los hijos para la capital. Un amigo muy bueno empeñó un equipo que tenía; yo rifé una cadenita de los tiempos de Eladio, y la señora donde me alojaba también me dio alguito. En todo caso, entre varios ajustamos noventa mil pesos para que Carlos y Carmen se fueran, aunque no los volviera a ver nunca más. Los prefería vivos lejos que muertos cerca. Eso fue para el 96. Yo me quedé con el más pequeño, y los mandé derechito para Bogotá.

Cuando los hijos se montaron en el carro para salir de Apartadó, me quedé emperrada llorando; pensé que me podían acabar la familia por el camino. Me daba mucho pesar no haberles dado más plata para la comida en el bus. En Bogotá se acomodaron donde una de las señoras que tenía preso al marido por la cuestión de La Chinita. De la gente de ese caso yo sólo distinguía a tres que trabajaban en el barrio, y todos tres habían sido injustamente

acusados. A Fernando lo conocí en el Policarpa como maestro de construcción; a Belarmino en una finca bananera, y para más veras, la noche de la masacre su esposa estaba pariendo y yo estaba ahí con el hombre esperando que naciera su hijo. La otra persona era una amiga de Carmen, Camila, que la habían vuelto viuda hacia poquito y esa noche se fue para esa fiesta a recomponerse. Estaban todas rumbiando y se llevaron presa a Camila y a otra muchacha. Todos terminaron en Bogotá presos y condenados. Detrás de los hombres se fueron las mujeres; las que se quedaron en Apartadó tuvieron que salir después, porque las empezaron a amenazar. Una de ellas llegó a mi casa y me dijo que se iba a volar porque la estaban preguntando unos hombres que no conocía y que ella estaba segura de que querían matarla. Salió de noche, cualquier día, sin decir ni adiós ni nada. A otras las boletearon por debajo de la puerta: «Les damos tantas horas para que salgan de la región». Las boletas iban siempre con el nombre propio de las personas y el aviso de las horas que les quedaban para salir. Eso no variaba; todas eran hechas en la misma parte y con la misma mano.

Al mes, mis hijos dijeron que se devolvían para Apartadó; cuando supe, empecé a morirme otra vez. La calma que había conseguido pensando que ya había salvado al menos a dos, se me acabó. Ellos sufrieron mucho acá en Bogotá: cada uno traía dos tendiditos delgaditos, que no eran cobijas sino cobertores de tierra caliente. Además, les tocaba dormir en el suelo sobre una sábana, bien pegaditos para calentarse. La señora era formal, pero a veces pasaba el día sin hablarles. Vivían muy apenados porque no tenían trabajo y no podían aportar nada a la casa, hasta que una noche se salieron sin decirle a la señora para dónde iban. Duré un mes sin saber de ellos, preguntándome qué rumbo habrían cogido, para dónde habrían pegado. Me alcancé a imaginar que se habían devuelto y que en el camino me los habían quebrado. Un día me dieron razón de ellos: el hijo había conseguido trabajo en un taller, y ella en una casa para atender a un viudo. Me pedían que no fuera a volver al Policarpa y que era mejor que también me subiera para Bogotá. Yo no les contaba cómo estaban las cosas en Apartadó para no asustarlos, aunque a mí y a mi amiga nos estaban buscando por todo lado, con el cuento de que iban a acabar con todas las viejas del barrio. La razón que daban era que uno viejo tenía que haber

visto y oído mucha cosa, y yo sin saber qué era lo que no debía ni haber visto ni haber oído. Tampoco nos hicimos más preguntas, ya que sospechábamos cuál era la inquina. Al principio pensé que me podía aguantar, pero con lo de los dos anuncios, las dos entradas a la fuerza a mi casa, era suficiente. Antes debía estar agradecida de que me hubieran dado los anuncios. No quería que me mataran y que mis hijos oyeran la noticia por radio. Dejé todo, me derroté de lo mío, abandoné lo material y arranqué para Medallo. Conseguimos plata para los pasajes y llegamos de arrimados donde una conocida, pero cuando vio que éramos muchos —mi hijo y los de mi amiga—, dijo que sólo unos días, mientras encontrábamos para dónde pegar.

A mí me resultaron unas ropas para lavar que me pagaban a diario. Vivíamos descuadrados y más encima arrimados. De mi trabajo comíamos, aunque tenía que ir a trabajar y volver a pie porque el transporte me quitaba con qué tirarle al chance. Viendo la humillación que nos hacía la dueña de la casa, más que todo a la hija de mi amiga y a mí, me dio por la fe. Yo lloraba y rezaba, rezaba y lloraba, pero la suerte andaba sumamente esquiva. Un viernes mandé al niño a hacer el chance —otra vez quinientos pesitos metidos, dije yo—, cuando regresó gritando:

—¡Mamá, mamá, anoche cayó el número!

—¿Cómo así? ¿Quiso Dios Santo y Bendito ver por esta Negra?

Nos fuimos con la amiga y el chancero nos confirmó que habíamos ganado con ese bendito número, 255, los 224 mil pesos. «¡Ay, Dios mío!», le agradecí al Señor porque él no me desamparaba a pesar del mal que me habían hecho. Les agradecí a las almas del purgatorio, que son las que protegen al pueblo, y en agradecimiento a ellas —dije— voy a ayudar a mi amiga. Ella había hecho mucho por mí, me había colaborado con plata para los otros hijos, me había refugiado en su casa, me había ayudado a salvar a los míos y a mí. ¡Por fin yo iba a poder hacer algo por ella! Al otro día, de mañanita, nos fuimos a mercar. ¡Le hice un mercado de sesenta mil pesos! Le compré de todo: vasitos, cucharitas y platos; una cobija Cuatro Tigres contra el frío, un maletín de viaje para que no siguiera trasteando en talegos, un matacallos porque ella sufre mucho de esa enfermedad, y la invité a la peluquería a que le hicieran la permanente. Yo compré mis cosas, me puse elegante, de

vestido y zapatos, y el domingo estaba ya en la terminal cogiendo flota para Bogotá, donde mis hijos me esperaban. Me monté en ese bus sin saber, sin imaginarme para dónde venía. Llegué como a las cuatro de la tarde. Me preocupaba mucho no ver a los muchachos, pues si no me estaban esperando, yo no sabría para dónde pegar. Pero ahí estaban, clavados en el piso, esperándome. Esa fue mucha alegría poder mirarlos y tocarlos, saber que estaban completicos. Les mandé coger un taxi.

—¿Cómo así que un taxi, mamá? —me preguntaron.

—Pues sí, un taxi —dije yo—. No quiero tirar más bus, quiero llegar elegantemente.

Pero la dicha se acabó al bajarme. Residían en una casa, también de la mujer de un preso, donde había doce personas viviendo como una camada de conejos. Dejé el sueño en la puerta de la casa y fui a comprarme una camita para turnárnosla con los hijos: de mayor a menor y de mujer a hombre. Con lo que me quedó de la platica le colaboré a la señora donde llegamos. Pero me sentía mal, vivía con una aburrición muy profunda. Yo aquí en Bogotá no me hallaba. A uno, acostumbrado al campo y a las gallinas, le queda muy verraco acostumbrarse a vivir arrejuntado en una pieza con otros. Por más pobres que fueran los barrios de Apartadó, no había ni tanta basura, ni tanta mugre, ni tanta hediondez en cada esquina.

No tengo quejas de la gente del pueblo porque ha recibido mucho palo y botado mucha sangre, pero hay cristianos envidiosos que piensan como los ricos: que todo lo del pobre es robado, y dicen cosas que lo lastiman a uno. Por ejemplo, yo me puse a vender arepas cerca de una escuela y unos metros adelante había otra gente, también de Urabá, vendiendo lo mismo. Un día unas muchachas de colegio, propias de aquí, miraron el puesto y nos dijeron:

—Esto se nos está volviendo un barrio de desplazados.

Cuando las escuché me dieron ganas de decirles cómo es mi tierra y contarles las razones de nuestro destierro, los crímenes que se han cometido contra nosotros. Pero me tocó quedarme callada, mientras me tragaba entero el orgullo. Esa es la humillación del silencio. Otra vez, estábamos ya acostados y nos despertaron a punta de bala, en la calle. Nosotros en esta situación de huyentes, pues oímos eso y pensamos que habían llegado los paras hasta aquí

a buscarnos. El que disparaba gritaba:

—¡Salgan, hijueputas desplazados, guerrilleros de mierda! ¡Salgan para acabarlos!

Resultó ser un señor vecino de por ahí, al que con malos tragos le dio por montárnosla por desplazados. Era una broma, pero toda broma tiene su veneno y todo borracho dice la verdad que piensa. Las cosas son difíciles y a ratos se ponen más difíciles.

Para ganarme la vida he tenido que ajustarme la cara, porque cuando uno no está acostumbrado a una cosa así, le da vergüenza. Yo no estaba acostumbrada a lo que me ha tocado aquí: ir donde las monjitas y decirles que no tengo nada en mi casa; contarles lo íntimo, como que siendo las dos de la tarde tengo a toda mi familia en ayunas. Dios premie a esas monjitas de Fe y Alegría, que nos han ayudado de veras. A esta situación se tiene que adaptar uno o si no se muere de hambre.

Estando en esas, por allá en noviembre del 97, llegó Blanca. Yo no vivía tranquila sin ella; la gente que uno quiere es para verla, y más en esa zozobra en que vivíamos; yo la pensaba mucho, también a su marido y a mis nietos. La llamaba para que se viniera porque sabía que teniéndola a mi lado era mucho el sufrimiento que me ahorraba, y ella decidió venirse porque se le puso la situación muy dura. La empezaron a perseguir para acabarla, porque esa era la forma de que todos volviéramos a caer por allá. Y a lo mejor sí hubiera sido así, porque si me la hubieran matado, yo no me hubiera aguantado y me hubiera ido aunque fuera para acompañarla al entierro. Se vino con los dos hijos y el marido se quedó, pero al final tuvo que huir también. Frente a la casa donde vivía, los paracos entraron y mataron a una señora —comadre de mi hija que era— y a su marido. ¡Fue una masacre tremenda en esa casa! El marido de Blanca, que es un hombre hecho y derecho y nada gallina, se hizo en los pantalones del puro miedo: no se le puede culpar, nadie es dueño de su miedo. Los matones cruzaron la calle, pero no se fueron. Cuando todo el mundo pensó que ya había acabado la matazón, una señora salió para levantar los muertos y también la mataron.

Blanca no se vino con la definitiva de quedarse sino con la idea de venir a mirar primero. Ella no podía soltarse de Apartadó porque el marido estaba muy bien cuadrado en una bananera. Pero a la

final pesaron más mis lágrimas y mis palabras de mamá, y así nos juntamos todos a vivir las cuatro familias en dos piecitas: quince adultos y dos niños pequeñitos. En el piso dormíamos toditos; eso era un reguero de cabezas desde la puerta; un espacio de cinco por dos metros, pero ahí teníamos que caber como fuera. Después de que nos acostábamos no se podía mover ninguno porque se descuadraba todo, y sólo los que quedaban cerca de la puerta podían ir al baño. Lo bueno de esa camada era el calor que se juntaba y lo malo, la falta de aire; uno amanecía sudando y medio asfixiado. Pero yo me sentía tranquila porque todos estábamos vivos, y mi única queja eran las pulgas. Había mucha pulga. Tocaba estar fumigando la casa, las cobijas, todo, porque esos animales buscan comérselo entero a uno. En mi tierra ese animal vivía sólo en los perros. ¡Esas pulgas sí han disfrutado con la carne nueva que les hemos traído!

Para el arriendo había que apretarse la correa en lo de la comida. Eran cincuenta mil pesos de casa y diez mil de comida. Tocaba comprar menudencia y hueso porque había que asegurar dónde poner la cabeza. Pasábamos mucho trabajo. Menos mal que todas las mujeres éramos muy avenidas, y si una conseguía el kilo de arroz y la otra la panela, pues de eso comíamos todos. Que sólo se consiguió el arrocito, no importa, comemos todos sólo arrocito. Si teníamos para el kilito de hueso, pues hacíamos la sopa y de eso comíamos todos. Ahí no se le decía a nadie que no podía comer porque no había conseguido nada. ¡No, señor! Nosotros, entre desplazados, nos colaboramos mucho porque sabemos las que hemos pasado en esta vida. Todos hemos sufrido demasiado.

El caso de Nubia, La Catira, es muy amargo. A ella la vinimos a distinguir aquí en el barrio. Apareció por acá con el hijo volantón y esperando otro en la barriga. Venía de Villavicencio, huyendo, y a Villavicencio había llegado con sus hijos y su marido, huyendo. Apareció por aquí el mismo día que le mataron al marido; salió del cementerio en un carro, derecho para Bogotá, y el conductor del camión se conmovió con las criaturas y les gastó el almuerzo. Llegó con sólo cien pesos; mis hijas la encontraron por ahí volteando sola y muy enferma con el embarazo, y la llevaron al hospital de Kennedy, donde botó al hijo por cesárea y por eso le cobraron ochocientos mil pesos. ¿De dónde íbamos a sacar esa plata? El

médico le dijo que si no tenía, que se pusiera en los pasillos, así, recién operada y todo, a pedir. Lo único que juntó fueron tres mil pesos. Nosotros los de la casa, pidiendo en la calle y haciendo otras cositas, logramos conseguirle cincuenta mil pesos. Total, La Catira entró en tratos para venderle el hijo a un enfermero que le ofreció compra, pero en últimas, las monjitas vieron por ella y transaron al médico. Nosotros arreglamos lo del hospital con lo que teníamos. Se quedó con los dos niños en esta casa. Ya éramos dieciocho, estábamos más apretaditos, pero así seguimos. La Catira terminó haciéndole visita conyugal en La Picota a un man que conoció una vez que fue a acompañar a una de las amigas que tienen preso el marido por causa de lo de La Chinita. Ella, con la visita conyugal que presta, se cuadra para el mercadito. No estoy de acuerdo con eso que hizo, pero yo no soy nadie para ponerle reglas al hambre.

La última vez que estuve en Apartadó me partió la tristeza. Me dio muy duro saber que de verdad dejaba mi casa, que no iba a volver y que todo el trabajo de mi vida se iba a perder. A esa casa le metí mi platica y también mi trabajo material: que había que echar cemento, en eso estaba yo; que había que pintar y cargar bloque, ahí estaba esta negra… Yo sí salí sabiendo que nunca iba a volver. Esa última vez miré, miré bien las paredes, toqué con estas manos el piso, consentí mis matas. Pasé por todos los cuartos y me senté en todas las camas… Todo quería metérmelo en la cabeza, como queriendo cargármelo de alguna forma. Me paré frente al espejo y me miré un buen rato.

—¡Adiós, Osiris! —me despedí a mí misma, y de una vez dejé encerrada allá la esperanza.

Yo sé por qué me persiguen a mí. Es desde que ese capitán supo que yo sabía quién había matado a mi hijo. Hoy lo sostengo: fue la ley la que lo mató, porque a mí me dijeron quién había dado la orden y qué matones la habían cumplido. Eso lo saben ellos, yo y Dios. La prueba fue que al poco tiempo trasladaron al capitán y a todos sus matones. Pero lo que no entiendo es por qué quieren acabar con el pueblo. En el barrio contaban una historia que tampoco sé si será cierta: el Policarpa, según dicen, está plantado en un nacimiento de petróleo, y nosotros estábamos encaramados encima de tamaña riqueza. Decían que eso lo habían examinado después del terremoto grande que hubo en Urabá, porque ese

temblor reventó los pisos y botó para arriba una arena negra y melcochuda. Examinaron la tierra y dijeron que era petróleo. Yo sí me acuerdo de la arena negra, pero no supe que la hubieran estudiado. Ahí decían que habían llegado extranjeros, gente de yo no sé qué país, porque eso lo querían era los de afuera. Desde entonces dieron la orden de acabar a la gente, de acabar con todos nosotros, el obstáculo.

Para nosotros podría ser mejor que no supieran nuestra historia, pero si no contamos ni hablamos, todos nuestros muertos van a quedar muertos para siempre. Nosotros podemos enterrarlos, no olvidarlos. Por las noches, tratando de acostumbrarme al frío y a esta situación tan triste en que vivo con los hijos, me consuela acordarme de los momentos buenos que tuve allá en mi vida. En mi casa tenía mucha cosa, un chifonier, una televisión, una mecedora, unos paisajes y hasta una imagen del Sagrado Corazón. Antes de salir de Apartadó siempre me las ingenié para entrar al Policarpa a darle vuelta a lo mío. Ya no vivía ahí, pero quería mi casa y mis cositas, bregaba para tratar de que el orden no se perdiera. Trapeaba, sacudía, volvía a poner las cosas en su sitio y me salía otra vez para el centro. En las noches, me acuerdo, me sentaba en el patio de mi casa en una banca a oír música y a mirar el cielo oscuro con estrellas. Tenía ahí mis sillas; no eran muebles de valor, pero por lo menos podía llegar el que quisiera y sentarse ahí a fresquiar el rato con uno. Se sentía la paz.

No me doy cuenta de nada de lo que pasa ahora en Apartadó porque para llamar hay que tener sus tres mil pesos. Sé que mi casa la cogieron unas personas para vivir; allá las ubicaron, no sé quién. Lo que yo tenía lo había conseguido trabajando como hombre en el monte y como señora en la casa; me le he medido a todo y si me toca volver a enfrentarme con la vida, lo hago. Uno no puede decir que de esta agua no beberá, porque más rápido se la toma. ¡Pero yo por allá no vuelvo! No voy a volver a donde la gente ya no se muere de enfermedad. Cuando uno llama a veces, nunca le dicen que le cayó un mal a fulano sino que lo asesinaron. Se nos ha ido calmando el miedo aquí, pero las mujeres que iban a La Picota nos dijeron que ya les habían avisado que a todas las tenían grabadas en un video y que por ahí era que nos iban a ubicar a todas. ¡Yo no corro más! Pase lo que pase, ya no puedo más. Será quedarme aquí

a ver si de verdad también aquí nos encuentran… Dios verá qué hace con nosotros.

8. Nubia, la Catira

Yo me vi criar en los llanos de San Juan, una sabana extensísima que parecía no tener borde. Uno miraba hacia cualquier lado y todo era igual de ancho. Nos criamos como venados curiosos, mirando siempre para lejos y adivinando si el que llegaba era forastero o vecino. Se veía llegar la gente como un punto negro que iba saliendo de los pajonales hasta hacerse grande y luego, cuando se podía distinguir, poníamos a hacer el tinto para recibir al que fuera. O nos escondíamos. Esas soledades enseñan a cuidar las compañías y al que llegaba no se le perdía palabra.

Mi padre trabajaba de vaquero en los hatos, hasta que nosotros nos hicimos volantones, y poco lo conocimos. Llegaba, conversaba con mamá, le dejaba plata y volvía a irse. Así siempre. Por eso ella dijo un día que se iba a fundar para que los hijos tuvieran tierra y no anduvieran de arrimados. Consiguió una tierrita en la pata del cerro, vereda de Costa Rica, donde cercó a fuerza un lote, puso una tienda y con lo que le daba, que no era mucho, fue abriendo montaña poco a poco. Aprendió a cosechar el café porque en esa tierra todos eran cultivadores, gentes venidas del Tolima que no le tenían asco al trabajo. En la cosecha de año se llenaban las casas de café y, unos más y otros menos, todos vivíamos de él.

La prosperidad trae envidia y la envidia maldad. Fueron apareciendo bandidos que en vez de trabajar como todos, se dedicaron al atraco y al robo. Asaltaban a los arrieros por el camino y les robaban el café. O asaltaban al cosechero que regresaba a la casa con la plata y se la requisaban. Eran bandidos de un punto llamado Angosturas del Guape, prácticamente una familia, Los Trifones; asesinos reconocidísimos desde el tiempo de la violencia. Mandaban hacer los mandados, tenían armas y conocían mucho. Dicen que por eso arrimó la guerrilla. Unos decían que venía de Medellín del Ariari, otros que de Mesetas y los más, que tenía su

escondite en el Rincón de los Varela, cabeceras que son del río Duda, tirando ya para Cundinamarca. La verdad fue que los muchachos limpiaron y limpiaron de raíz. Mataron mucho bandido, de un tiro en la nuca o de un tiro en la frente, y el robo se acabó. Los campesinos, para qué, lo agradecieron, porque eso era defender el trabajo.

La guerrilla comenzó a mandar. Yo de niña conocí primero a los guerrilleros que a los policías, y un día en Granada mi mamá me dio en la boca cuando le pregunté al pie de unos soldados que por qué los muchachos estaban tan bien peluqueados. Como uno les tenía confianza, no maliciaba del uniforme. Eran buena gente. Arrimaban a la casa a conversar y nunca pedían de malas maneras, ni eran cismáticos, ni eran pícaros. A los niños nos enseñaban cantos: «Que viva Viotá la Roja, viva La Revolución…» era un canto que todos sabíamos sin saber dónde quedaba Viotá ni qué era la revolución. Fueron ellos los que me enseñaron a leer y a escribir, y siempre quería que me llevaran a sus cambuches. Pero a mi mamá no le gustaban mis confianzas con ellos; decía que eran hombres de guerra y que en eso no podíamos entrar. Pero entramos.

Mi mamá tenía fama de trabajadora porque había hecho la finca sin la ayuda de ningún hombre; la tienda abastecía toda la vereda, y más encima la habían nombrado concejal de San Juan. Era muy conocida y muy respetada por todo mundo. Se desvelaba consiguiendo el buldózer para abrir la trocha del Cunimía, el zinc para la escuela de Badó Hondo, la droga para el puesto de salud de Buenos Aires. Vivía atenta a todo, tanto que por eso descuidó el negocio. Fue nombrada también presidenta de la UP cuando todos pensábamos que la guerrilla se abriría vía por ese lado y hasta podía llegar a entregar las armas. La fama de mamá iba para arriba y la tienda para abajo; a todos les fiaba y esa fue la causa de su muerte, porque los más enculebrados con ella fueron los mismos que la acusaron ante el ejército de ser abastecedora de la guerrilla. Ella le colaboraba a todo el mundo y por eso, a su muerte, no había sino deudas y deudas; los cuadernos de los deudores estaban llenos de nombres de campesinos de todas las veredas. Un día salió para Granada a comprar un poco de grano que le hacía falta, a pagarle al distribuidor de Bavaria y de paso denunciar a unos señores que se negaban a devolverle una plata que tenía ya tiempos y que había

crecido. Salió madrugada para volver temprano. Pero quien volvió temprano fue la noticia de que la habían matado. Salimos todos en tropel a buscarla. Yo tenía mis catorce años y mis hermanos eran ya hombres hechos. No encontramos más que la sangre al lado del río Ariari. Ella acostumbraba a pasar por La Playa, para no tener que bajar al Puerto de los Perros, o Puerto Caldas, y como el río corría en esos días gordo, la mataron; no encontraron nada mejor que botarla a naufragar en esas aguas fragosas; a los tres días la devolvió la corriente debajo del puente Guillermo León Valencia. La enterramos en San Juan. Vino gente de todo el llano. De Villavicencio vino un senador, Pedro Nel Jiménez; vino un representante a la Cámara, Octavio Vargas; vinieron los alcaldes de la UP , de Lejanías, Mesetas y San Juan. Fue un entierro muy bonito y muy sentido. Mis hermanos terminaron borrachos y juraron vengarla. Ellos, desde ese día, se volvieron muy soberbios, muy agrestes, muy malencarados, y bebían mucho.

Al año justo de la muerte de mamá, mataron a Pedro, como celebrando nuestro duelo. Él salió a llevar un café que tenía beneficiado, seco y limpio. Por delante se fue el arriero con cinco mulas y más detrás él con otras cinco. Dicen que el arriero sospechó o vio algo raro y trató de volver para avisarle, pero no pudo. Lo mataron a machete para que no se oyeran los tiros, igual que a Pedro, que iba inocente, arriando sus bestias, cuando le cayeron los asesinos. Una manotada tuvo que ser, porque él le daba batalla a un batallón. Era fornido y ágil; en la plaza de San Juan lo respetaban porque tenía las muñecas gruesas y los puños pesados. Le dieron rula hasta que se les melló la peinilla, y lo dejaron despresado; la cabeza le quedó colgando del cuello; pero así y todo quedó vivo y los asesinos huyeron antes de que mi hermano muriera. Por eso una vecina lo alcanzó a auxiliar ya en las últimas: le pidió que le sacara la cabeza del charco de barro donde la tenía y que se la limpiara bien, y antes de irse le dijo:

—Mire, doña Clotilde, fueron soldados del Vargas, al mando del capitán Turriago, los mismos que acabaron con la vieja.

Lo enterramos también en San Juan, al lado de ella. Mi padre apareció en esos días; ya ni lo reconocía yo. Me dijo:

—Vamos a vender sus cosas y se va conmigo para el Caquetá, a San José de Fragua, a vivir lejos de tanta sangre como le ha tocado

ya.

Tenía razón. Poco antes de irnos, mataron también a doña Clotilde, la vecina, del miedo de que ella fuera a hablar. Le metieron una torturada la horrible. Ella les decía:

—¡Mátenme, mátenme, pero no me humillen!

Nunca apareció su cuerpo: dicen que es que ellos tienen cementerios en los cuarteles. Los asesinos querían que ella confesara todo lo que sabía antes de morir, para saber que el secreto quedaba bien muerto.

Nosotros dejamos la finca y la tienda botadas. Casa y todo abandonado. Mis otros hermanos desertaron de su tierra y hoy es el día que nadie volvió a verlos. Cuando hay tantísimo dolor uno no quiere volver a saber nada. A los pocos días de irnos, la guerrilla bajó y le hizo al ejército quince muertos en las playas del río Guéjar, pero ya la distancia había puesto tiempo de por medio. Vinimos a conocer la noticia casi al año de esa emboscada.

II

San José de Fragua quedó fundado al lado del Fraguachorroso, un río de verdad torrentoso y traicionero. El pueblito se fue formando porque los arrieros que sacaban madera y maíz tenían que hacerle estación los tres, los cinco días, hasta que al verraco río se le antojara dar paso. Primero fueron ventas y luego posadas y luego viviendas y por último los vecinos construyeron a su costa la escuela y los evangélicos levantaron su templo.

¿Y para qué voy a decir mentiras, si la coca nos alimentó desde que nos bajamos del bus? No había nada más que hacer, ella nos salvó. No puede ser uno desagradecido. A mi padre se le atravesó una comadre que le dio un tajo para cosechar la hoja y vendérsela al precio que ella pusiera. O sea, mi padre era un jornalero porque le pagaba según lo que hubiéramos retirado en remesa, dándole un margen para que continuara trabajando. Con ese margen hicimos un escampado. Yo trabajaba donde las monjas haciendo mandados y lavándoles la ropa. Las monjitas mucho nos ayudaron a sacar la

cabeza. Vivimos dos años de eso, hasta que mi padre se aburrió de hacerle a la agricultura porque a él le gustaban el ganado y las bestias. Por eso compró un par de mulas y se fue de arriero a trastear gasolina por todas esas montañas. Hizo así su plante; la coca daba para todo. En un viaje a Belén de los Andaquíes, por el lado de arriba, por las cabeceras del río, al viejo se le enterró una mula en un andurrial profundo; tratando de sacarla, el animal le puso una patada en una pierna y se la rompió en paro. Ese camino es poco frecuentado y nadie le podía ayudar; llegó a Belén a pie después de dos días de caminar cojo y el esfuerzo le acabó de astillar el hueso, que nunca más le soldó bien. Estuvo guindado en una hamaca seis meses y la pierna se le negó a seguir trabajando; tuvo que conformarse con ganarse la vida sentado. Él sabía hacer cotizas, como todo llanero, y montó un taller para hacerlas en cuero y en caucho de llanta, pero se quedó con el solo pensado porque en la montaña nadie usa cotizas. Como la necesidad tiene cara de perro, le tocó aprender a reparar la bota de plástico. Es muy difícil; el plástico es un material rebelde que no se deja trabajar, que se deshace con el calor y se quiebra cuando se enfría; pero con paciencia y maña dio con el secreto y se volvió el zapatero de San José. Le llevaban también zapatos de cuero, pero su especialidad era la bota. En eso no encontró nunca rival. Cuando la coca bajaba, se llenaba los bolsillos porque todo mundo mandaba remendar las botas en vez de botarlas y comprar otras nuevas.

En La Fragua alcanzamos a vivir bien unos años. Allá me enamoré de Elver, el maestro que la junta de vecinos había nombrado para la escuela nueva, pero se aburrió porque el gobierno no le pagaba y porque los niños no iban a clases, dedicados por completo a raspar hoja. Entonces se volvió el conductor del carro que hacía la línea a Belén; era un muchacho noble y trabajador. Yo no quería casarme y él tampoco; siendo las cosas así, no había afanes. Cuando le tocaba el turno de la madrugada y dormía en el pueblo, me quedaba con él; y de resto lo esperaba. Él con todos era correcto y no tenía enemigos. La guerrilla mandaba. Nadie le discutía. Se portaban bien con uno siempre y cuando uno no tuviera discusiones ni pleitos con los vecinos, no fuera uno ladrón ni vicioso. El único pero que comenzó a oírse fue de las madres que se quejaban de que los comandantes querían obligar a los muchachos

y muchachas a coger su mismo camino. Como mamá, nunca nadie quiere eso, aunque hubiera casos en que la militancia en la guerrilla les servía a los más desjuiciados. La coca ayuda a que los pelaos trabajen y ganen buena plata, y eso trae el vicio y el desjuicio. Había mucho pelao que se descarriaba y los mismos padres se lo daban a la comandancia para que lo ajuiciara. Y lo ajuiciaba. Los volvían serios, rectos, pero después no querían dejar la carrera de las armas. A las muchachas les gustan los guerrillos porque se miran imponentes con el uniforme y como la gente les hace caso, pues los pelaos se crecían. Hubo, claro, casos de casos. Alguno que yo conocí terminó fusilado porque no lograron hacerle dejar el vicio del bazuco. Ese pelao metía y metía. Era huérfano y seguro le hacían falta sus padres. Pero no hubo apelación después de que le hicieron varios correctivos. Con las muchachas se presentaba también una dificultad. A ellas les gustaba mucho la militancia porque se libraban de la casa y porque en el monte ellas son libres de tener socia con uno o con otro guerrillo, siempre y cuando lo hagan saber. Pero entonces había el peligro de caer preñadas y con una barriga no se puede hacer la guerra y ni siquiera cocinar para los guerreros. Por eso los comandantes obligaban a las muchachas enguerrilleradas a tomar pastas anticonceptivas, pero a una o a otra se le podía olvidar. Como no tenían costumbre, quedaban preñadas y venía el problema. Muchas salían, parían y dejaban la criatura con la mamá, con una hermana, con una tía. Hubo una que bajó, tuvo su bebé, no lo quiso dejar encargado sino que trató de escaparse con él, siendo tan de malas que la guerrilla la apañó y la condenó por desertora. Ella había manejado el radio y ese puesto es muy importante. Quien lo maneja sabe las claves, los sitios, las acciones, tiene mucha información. Al querer volarse quedó, pues, como desertora, y ni el hijo recién nacido la pudo salvar: la fusilaron. Dolió mucho. La gente protestó, pero la guerrilla siguió en su ley, la ley del monte, y de ahí en adelante las cosas se desacompasaron.

Con mi padre pusimos una medio tienda y ahí arrimaban los guerreros; conversábamos con ellos cuando salían a comprar cigarrillos o a tomar gaseosa. Una noche —serían como las ocho—, bajaron dos y nos contaron que iban huyendo porque no querían vivir más esa vida, que llevaban muchos años sin ver a la familia y

que les habían negado el permiso de salir. Uno, morenito él, era de Roldanillo. Les dimos pan y gaseosa porque no llevaban plata; nos pidieron el favor de no decir nada si alguno nos preguntaba.

Se fueron. Pasó un día y otro y nadie bajaba. Se oyó el cuento de que la tropa subía y que la guerrilla estaba atenta y en posición de combate. Como eso era normal, no le pusimos atención, hasta que un día vimos que los pelaos que habían desertado subían uniformados pero de tigre, guiando la tropa del gobierno. Ellos, seguro, cansados de tanto huir se habían metido a una residencia de Sabaneta a descansar y allí los denunciaron, y cuando acordaron, el ejército los tenía cercados. Les dieron látigo y se los llevaron amarrados. Duraron por allá unos días y les perdonaron la vida a cambio de desandar sus pasos y traer a los soldados.

Y así fue. Entró la tropa, miró, se dio cuenta de muchas cosas y volvió a salir, siempre llevando a esos muchachos por delante. Pero todo quedó otra vez quieto por un tiempo; y a la gente esos tiempos la calman. El pueblo todo seguía metido en las labores de la coca, viendo cómo le sacaban la ventajita a la necesidad. Los guerreros pasaban y reunían a toda la comunidad; unas veces para una cosa y otras para otra. Sin embargo, por aquellos días dieron en reunirnos para dar orientaciones de los paramilitares: que ya llegaban, que estuviéramos atentos, que mantuviéramos el ojo abierto, que los perjudicados podíamos ser nosotros, y, sobre todo, que nadie hablara con extraños ni con forasteros.

El tiempo siguió corriendo. La guerrilla había dejado de cobrar el gramaje a cada colono y se lo cobraba todo al comprador, un hombre que recogía la mercancía en la miscelánea de don Anselmo, un viejo jodido que tumbaba a quien le perdiera el ojo. Don Anselmo era, como si dijéramos, el que recogía el gramaje; le pagaba menos a cada cultivador, pero la diferencia con el precio de venta la recogía la guerrilla. El hombre, como era tacaño y enamorado del billete, se apegó a lo que recogía y para quedar bien con los guerreros, les descontaba más a los chagreros. Ellos pusieron la queja, pero el comandante no les creyó porque el viejo era muy zalamero y chupamedias.

Por aquellos días, como le contaba, la voz de la entrada de los paramilitares corría y corría. La gente del pueblo comenzó a ponerse nerviosa. Todos los que habían colaborado con los

muchachos en una forma o en otra, pensaron en coger camino. Era mucho el pueblo que les había colaborado. La guerrilla organizaba todo: que un bazar para hacer una trocha, que un reinado de belleza para hacer un puente, que un campeonato de tejo para limpiar un camino. Cuando el acueducto se lo llevó el Fraguachorroso, tocó reconstruirlo y fue la junta la que organizó a la gente y volvió a ponerle el agua al pueblo. La gente colaboraba en esos festivales con plata, con una res, con unas gallinas, con un sancocho. Quién más, quién menos, todos daban algo. Pero la junta seguía las orientaciones que los guerreros daban, y eso todo mundo lo sabía. Así que cuando se volvió a decir que los paracos iban a entrar, los más colaboradores, que eran los más pudientes, se pusieron las alas y volaron para afuera. Quedamos los que no teníamos cómo ni para dónde coger. Llegó el día en que los paramilitares dejaron de amagar y entraron. Y entraron con todo. Venían por delante los dos muchachos del cuento, los que habían guiado al ejército, y un encapuchado nuevo. O por lo menos así lo creímos al comienzo. Llegaron al medio día y llamaron por megáfono a una reunión en la plaza. La gente no quería salir porque sabía lo que le esperaba. Y no se equivocaba. El encapuchado comenzó a señalar: éste sí, éste no, éste también, éste tampoco, así. Por fin dijo: faltan don tal, don fulano, doña perenceja y dos o tres nombres más. Los paracos destacaron cuatro matones y fueron a buscarlos a sus casas, donde encontraron sólo a dos, que de una amarraron a un botalón que había en la plaza y ahí mismo los quebraron. A mi padre lo mataron de entrada, acusado de ser el zapatero de la guerrilla, pues para los militares todo aquel que usa botas de caucho es guerrillero o amigo de la guerrilla. Mataron también al propietario de la droguería porque dizque era el que les vendía las pastas a las guerreras para no quedar preñadas. No valieron ruegos ni gritos; los tiros inauguraron un silencio que se debió de oír a kilómetros. Uno ni lloraba de ver tanta maldad, y sobre todo, de sentirla en cuerpo y alma. La vida de todos dependía de lo que el encapuchado con su dedo dijera. Pero al señalador se le olvidó que señalaba con el dedo que le faltaba y por eso todo mundo se dio cuenta de que era don Anselmo el que hacía el daño. Asesinaron ahí otros cinco y llenaron un camión con otros tantos que no quisieron matar sino que fueron matando en el camino y

una vez que los hubieran hecho hablar. El camino quedó sembrado de cadáveres destrozados todos con una motosierra; se salvaron los que habían salido primero, los más pudientes y los amigos de don Anselmo. El ejército llegó ya cuando habíamos hecho el novenario de todos los difuntos.

Elver me cogió de la mano y me llevó a donde mi suegro, un valluno de Tuluá. Viejo sí, pero entero. Yo no había acabado de llorar a mi padre cuando hicimos maleta y nos montamos en el carro. Llegamos a Belén los tres, después a Florencia. Allí dormimos. Mi suegro no habló ni una sola palabra. Para él todo era muy duro porque era ya la segunda huida grande de su vida. Para mí también. La diferencia era que yo tenía apenas veinticuatro años; él ya había cumplido los ochenta y había vivido dos vidas, una antes de salir de Tuluá y otra en el Caquetá. De Florencia para arriba comenzó a contarnos la historia de su llegada: dónde paró, dónde durmió, dónde se cayó. Era como si devolviera la película. Él había llegado a pie, cordillera abajo. De Tuluá salió para Cali y de Cali para Popayán, cruzó la cordillera y a Neiva fue a reventar. Ahora iba como despidiéndose de los caminos que había andado. Iba abatido el hombre, sentía que había perdido toda su vida y que había nadado en un charco de donde nunca había podido salir. El reverso lo fue acabando. Cuando llegamos a Cali, el hombre ya estaba muerto, y a Tuluá lo fuimos a enterrar. La muerte de mi padre fue muy jodida, pero la del padre de Elver fue muy triste. Yo me veía también en esa película, sin saber ya si iba para adelante o para atrás.

En Tuluá nos presentamos en la oficina de la Red de Solidaridad a ver en qué nos podían colaborar. Nos hicieron llenar papeles y papeles y hacer vueltas y vueltas. Pedían recomendaciones de personas prestantes y conocidas, gente —nos indicaron— de «conducta irreprochable», repitió el empleado. Nosotros salimos desconsolados porque nadie nos conocía en ese pueblo. El padre de Elver tenía un hermano que había dejado una hija, y allá fuimos a parar. Ella nos dijo que conocía el cuento y que había un cura que firmaba las recomendaciones a cambio de limosnas dizque para construir la iglesia del barrio, y un político, liberal él, muy bien puesto, que vendía las recomendaciones. A los dos había que llevarles la plata en rama.

Lo hicimos y conseguimos las dos cartas. Esos dos tenían que estar volviéndose ricos, porque era mucha la necesidad de la gente desplazada que bajaba de La Aurora, de Puerto Frazadas, de Monte Loro y toda esa cordillera. El negocio debía de ser completo, porque en los campamentos para desplazados que había montado la alcaldía, circulaban rumores de que los paras iban a bajar con el fin de terminar lo que habían dejado comenzado en las veredas. Así, todo el mundo se arremolinaba a conseguir esas cartas, y cuando las tuvimos, un doctor de la Red nos dijo que había una colonización nueva en el Guachaca, en la Sierra Nevada de Santa Marta. Pensamos en salirle al cuento, hasta que un muchachón que había estado mirándonos nos dijo:

—Ese es un programa de Hernán Giraldo, el hombre que ha hecho las masacres más grandes de la Costa Atlántica: el que hizo La Hondura, La Negra, Mejor Esquina, y quiere meter gente que le jure fidelidad para no dejarse ganar el pulso ni de las guerrillas ni de su enemigo jurado, Adán Rojas.

Lo pensamos poco. Meternos en guatepior no valía la pena, así que seguimos para Villavicencio hasta llegar por ese lado a Puerto Rico, Meta, donde yo tenía familia.

III

Puerto Rico era un pueblo hecho para Elver y para mí. A él le acomoda la selva porque ahí nació, y a mí la sabana. Queda al borde del río Ariari; por delante tiene las bocas del Guéjar y las de Caño Cuminía, y por detrás las Sabanas de La Virgen y las del Pororio. No fue sino llegar y acomodarnos. El cura Elvira, un español echado para adelante que yo había conocido cuando niña, ya no estaba, pero como yo sabía de él, alguien nos hizo campo para entrar con esa llave. Convinimos con Elver en hacer una socia: él ponía lo del carro para comprar ganado, yo lo administraba porque había nacido en eso y, como no teníamos tierra, lo dábamos en aumento. Conseguimos en arriendo una casita que daba a la sabana y desde donde se miraba el Hato de la Candelaria, pura

serranía. Y ahí pusimos el ganado a engordar: treinta reses de dos años, un ganado sano y bonito que fui yo misma a comprar a San Martín, pese al miedo que me daba volver a ese pueblo tuquio de paramilitares, como buen pueblo ganadero. Elver ha sido un hombre camellador, y para no aburrirse consiguió que lo contrataran como maestro en la escuela para hacer un reemplazo. Nadie podía decirnos esto o aquello y, como estábamos tranquilos, yo quedé embarazada y al año de llegar tuvimos el primer niño.

Por Puerto Rico salía la coca que venía del Guaviare, y la pasadera de camiones, de buses y de camionetas burbuja no dejaba dormir. Salía también la que se cosechaba en esas montañas del Guéjar y del Cuminía. A mí me daba desconfianza tanto movimiento, pero como yo trabajaba el ganado y él tenía sus clases, con nadie nos metíamos y en paz vivíamos. O eso creíamos. Trabajamos así hasta la primera cosecha de ganado y dobletiamos el plante. La guerrilla pasaba de largo y si alguna vez nos dio la cara, salió blanqueada porque nada le dimos, aunque sabía cuánto ganado habíamos metido una y otra vez. De seguro decidieron dejar engordar la polla. Pasó el tiempo, el ganado iba ganando lo que le tocaba y vivíamos a su ritmo. Creo que por esos días, Elver me volvió a preñar.

El cuento cruel fue cuando la guerrilla se metió al pueblo. Nadie lo esperaba. O si alguien lo sabía, nadie lo dijo. Era tardecito porque ya habían apagado la planta de la luz. Yo estaba cambiándole los pañales al niño para que durmiera cómodo, cuando en esas comenzaron a gritar en la calle:

—¡Todo el mundo afuera, todo mundo! ¡Va a haber una toma, todos como estén, al cementerio, todos allá! Ahí nada les va a pasar; desde que obedezcan, nada les pasará.

Era una guerrillera con un megáfono. Yo cogí al niño y me encomendé a María Auxiliadora. Le dije a él:

—Corramos para donde don Ricardo, porque va y no alcanzamos a llegar.

Don Ricardo era un negociante en ganado que mucho nos estimaba, pero cuando llegamos a golpear, nadie quiso abrir. Golpeamos y golpeamos, y a pesar de que se oía gente adentro, nadie nos socorrió y nos tocó pegar en últimas para el cementerio, cuando la balacera había comenzado. Yo saltaba por encima de

todos esos guerrilleros que ya estaban acostados y listos para entrar en el combate. El cementerio estaba lleno; cada uno cogió su tumba para guarecerse; las de los más ricos, por ser las más altas y estar construidas en material, eran las más apetecidas. Por primera vez en mi vida sentí más miedo de los vivos que de los muertos; uno hasta quería ser amigo de ellos, porque eran ellos los que podían protegerlo. De lejos, en la plaza y en el puerto se oía la quemazón. No sólo el ruido tan potente de los fusiles y de los cañones de cilindro, sino la luz de los incendios y de unas balas que rasgaban el cielo de lado a lado. Parecía el mismo infierno. Hasta ahí se sentían las vibraciones de las bombas que estallaban contra el cuartel. Lo que me pareció más raro de todo era que en el cementerio no se oía ni una mosca; todos estábamos cubiertos por el miedo y nadie se atrevía a respirar duro. Las explosiones seguían y seguían, la guerrilla desembarcaba tropa de unas lanchas grandes que habían construido y de camiones que llegaban por detrás desde la serranía. Así que a la policía la cogieron a dos fuegos. Daban candela que era un gusto. Hombres valientes. Se defendían como tigres cercados. No estaban preparados, pero lucharon hasta lo imposible, hasta lo imposible. Tenían unos túneles grandísimos y como unas peras en cemento con huequitos por donde asomaban los fusiles. Siempre por la noche mantenían luz, porque tenían miedo. Pero la luz los ayudó a joder mientras se dieron cuenta de que ella era su enemigo en lo oscuro. Ellos sabían salir al pueblo, pero siempre con el miedo. Se cuidaban el uno al otro cuando iban a llamar por teléfono o cuando iban a tomar gaseosa con las muchachas.

De pronto todo quedó en silencio. Sólo se oía el ruidito del avión fantasma del ejército. Fue peor, porque con ese aparato comenzó la guerra de verdad. Botaba ráfagas de ametralladora y bombas que caían donde los pilotos creían que la guerrilla se escondía, pero era una medio sospecha, porque los bombazos caían en cualquier parte. Se sentían los rafagazos, el taque-taque-taque y las llamaradas rojas que nos alumbraban las caras a los que estábamos escondidos debajo de los muertos. La verdad: le dispararon al pueblo, a las casas. Si los aviadores creían que la guerrilla estaba ahí, ahí disparaban; no les importaba que hubiera mujeres y niños. Ahí estallaban las bombas. El daño más grande lo hizo el avión, pero no sólo a la guerrilla sino a todo el pueblo; el gobierno fue el que más

daños hizo con el avión. Yo miraba esas balas y me preguntaba: «¿a qué horas nos pegan un balazo?» Pensaba en los niños y en los viejos. ¡Dios mío!, qué tal nos maten y los niños y los ancianos queden por ahí solos. Y para completar, la guerra nos había cogido sin plata y no teníamos con qué movernos.

Cuando clareó, volvió la calma. Fuimos saliendo del cementerio poco a poco a ver qué había pasado, cada cual a mirar y a contar el destrozo que le tocaba. La gente dio en aprovechar el respiro y organizó ollas en todas partes para hacer un sancocho. Estábamos comiendo, cuando de pronto sentimos otra vez la balacera, los timbos de gas contra el cuartel y, al rato, el avión fantasma. La guerrilla era mucha; venía gente del Frente 44, que era el que conocía la zona, pero se oyó decir que venían guerreros de Sumapaz, de El Retorno, del Vichada, todos forasteros que no sabían dónde estaban; preguntaban dónde quedaba el río, dónde quedaba la Caja Agraria, dónde vivía el médico. No sabían por dónde andaban. Creo que tampoco los del fantasma, que por poco acaba también con el cuartel de la policía; en una pasada se oyó una explosión adentro que nadie supo si fue una bomba que cayó del avión o que salió de los cañones de los guerrilleros. La policía seguía defendiéndose y no daba entrada. Pero la guerrilla había llegado a lo que venía y de un momento a otro la tierra volvió a temblar, esta vez no de un estallido sino de un rugido que llegaba como de una máquina grande. La tierra temblaba de arriba abajo, todo se estremecía, parecía que las casas se iban a desplomar. Nadie pensaba lo que se veía: un buldózer disfrazado, una tanqueta blindada desembarcada de un planchón; se la pusieron de frente al cuartel, rompió los muros y por ahí sí ya se le entró la guerrilla a la policía; nada pudieron hacer los agentes, más cuando ya estaban escasos de munición y de agua. Diario había unos cincuenta hombres; muchos vivían ahí con su mujer y hasta con hijos, pero aquella noche sólo había treinta y tres: cinco que murieron y veintiocho que finalmente se rindieron y se llevó la guerrilla.

Después supimos que a Puerto Lleras también se lo estaban tomando, pero allá sí alcanzó a llegar el gobierno el mismo sábado; en cambio a Puerto Rico sólo llegó el lunes, cuando ya los agentes estaban quién sabe dónde. De ellos sólo se conoce por los mensajes que las madres les mandan por la Voz del Llano.

Una vez que sacaron a los policías en fila, con las manos en la cabeza, y se fueron, gentes de civil, como gallinazos, entraron al cuartel a llevarse lo que los policías habían dejado: ropa, zapatos, radios, linternas. Eso no lo aprovechó la guerrilla sino la gente de civil. La batalla había comenzado el viernes 10 de julio a eso de las cinco de la tarde, y terminó el lunes por la mañana, cuando pudo entrar el ejército. Descontando el reposo del sancocho, fueron sesenta horas contadas de plomo y miedo. El gobierno ganó porque la guerrilla no tiene aviones. Hubo muchas, muchas bajas de guerrilla, muchas bajas, muchas bajas. Según los cálculos murieron más de cuarenta hombres, de los doscientos que pelearon. Había muchachas guerrilleras que uno las veía pasar llorando y diciendo que nunca les había ido tan mal en una toma. Era que casi todos eran, según dicen, primíparos, pelaos que nunca habían combatido y que no conocían dónde estaban. El gobierno no demoró en el pueblo sino una semana. Después regresó la guerrilla y nos reunieron frente a las ruinas de la estación de policía. Nos dijeron:

—Aquí van a venir los paramilitares, así que el que se quiera quedar va a tener que entenderse con ellos, y el que se quiera ir, es mejor que vaya desfilando. Nosotros sólo podemos defender al que se defienda, mejor dicho, al que coja un fusil y se venga con nosotros.

Algunos jóvenes se fueron con ellos, pero la mayoría se quedó, y la mayoría de esta mayoría fue a templar, como nosotros, a Villavicencio.

Allá llegamos al barrio La Reliquia, un terreno donde vivíamos más de tres mil quinientas familias, que dan, mal hechas las cuentas, veinte mil personas. Fue una invasión de esas que por mal nombre llaman Malvinas. Nos acomodamos como pudimos y volvimos a pensar en una nueva vida. Calculé que con la plata del ganado algo podríamos hacer, pero no era fácil venderlo porque cuando la situación se pone fea, el precio de todo se cae. A él lo organizaron como maestro de la escuela que el Comité de Impulso de la Asamblea del Meta había logrado construir. El alcalde de Villavo había prometido legalizar los lotes, pero los propietarios de la tierra protestaron y nos amenazaron. Los políticos nos atendieron viendo la necesidad de la gente y el problema de tener semejante cantidad de familias por ahí destechadas sin dónde guarecerse, y

más encima sin tener qué hacer. La pelea entre los propietarios y el alcalde seguro fue grande, y terminó en que un día aparecieron los paramilitares en el barrio. En la misma escuela asesinaron a Elver, de cinco tiros a boca de jarro, sin más. Estaba haciendo fama de dirigente y llevaba la voz en la protesta. Yo venía llegando de Puerto Rico de darle vuelta al ganado, y cuando me bajé del bus me tenían la noticia. Elver se fue a morir al hospital. Me lo entregaron ya con la autopsia hecha. No sabía qué hacer, si correr, llorar o gritar. Gracias a Dios me había llevado al niño y eso me dio valor para seguir viviendo sin él, y porque para ajustar mis desgracias, ya estaba sintiendo los mareos del otro niño.

No quise volver a la casa. Después del entierro, me vine a refugiar a Bogotá, a donde está llegando cada día más gente que viene derrotada de la derrota, es decir, que ya ha sido sacada de los barrios que se han organizado en Villavo, o en Granada, o en Acacías, porque ahí también están llegando los paramilitares. Me dio temor regresar a Puerto Rico a vender el ganado porque no podía correr el riesgo de que el niño quedara huérfano. Para mejor decir: el dinero del ganado se perdió. Quedé a merced de la corriente y la corriente me trajo a parir a Bogotá. El enfermero que me atendió me propuso comprarme el bebé para una familia de franceses que querían uno. Yo hice el negocio, pero después tocó destratarlo cuando la gente del barrio se opuso. Ahora vivo como una gallina clueca y sin nido, de aquí para allá y de allá para acá. Un preso de La Picota que yo había conocido en La Fragua y que negociaba en coca, se enamoró de mí y ahora él es el que me sostiene con mis hijos, mientras yo miro a ver qué rumbo tomo.

Nota

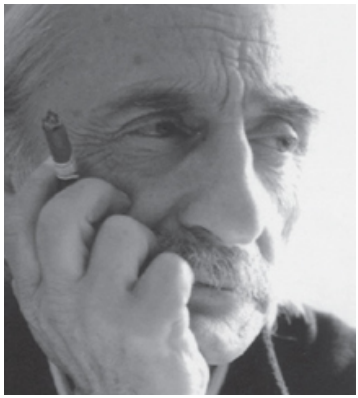
* Entrevista de Natalia Peña

«En 100 años o más, cuando los hechos y protagonistas de hoy sólo sean memoria, todo aquel que quiera conocer lo que sucedió en Colombia desde mediados del siglo XX al presente tendrá que leer al sociólogo, periodista y escritor Alfredo Molano Bravo».

Jorge Cardona Alzate

«Cuando mataron a Jaime Garzón admití que no podía regresar pronto, conseguí una mesa de trabajo grande, alé la pluma y comencé a escribir este libro. Al terminarlo comprendí —agachando la cabeza en señal de profundo respeto— que el drama de mi exilio, a pesar de sus dolores, es un pálido reflejo de la auténtica tragedia que viven a diario millones de colombianos desterrados, exiliados en su propio país. Creo, con ellos, que sólo un acuerdo político profundo permitirá echar las bases de una verdadera democracia; la guerra no tendría resultado distinto a la dictadura de los vencedores».

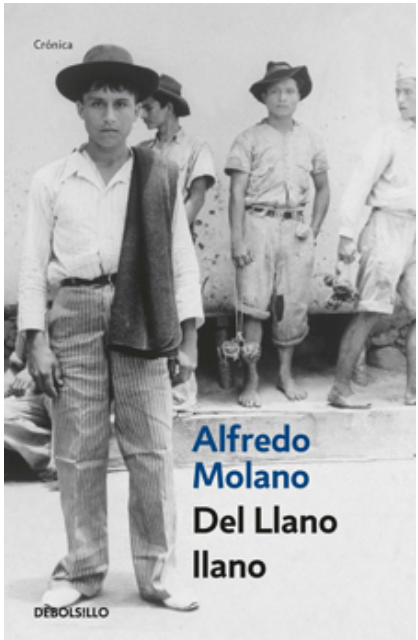
Alfredo Molano



ALFREDO MOLANO BRAVO

Nació en Bogotá en 1944. Cursó estudios de sociología en la Universidad Nacional, donde obtuvo una licenciatura en 1971, y fue alumno de la École Pratique des Hautes Études de París entre 1975 y 1977. Ha sido profesor de varias universidades; colaborador de revistas como *Eco* , *Cromos* , *Alternativa* , *Semana* y *Economía colombiana* , y autor de numerosos trabajos de investigación aparecidos en diferentes medios. Ha recorrido el país hablando con colombianos de los más remotos rincones, dando vida a libros que hablan como pocos de la realidad nacional. Ha sido director de varias series para televisión y ha obtenido el Premio de Periodismo Simón Bolívar, el Premio Nacional del Libro de Colcultura y el Premio a la Excelencia Nacional en Ciencias Humanas, de la Academia de Ciencias Geográficas, por una vida dedicada a la investigación y a la difusión de aspectos esenciales de la realidad colombiana. Entre 2001 y 2002 vivió exiliado en Barcelona y en Stanford, donde fue profesor visitante. En febrero de 2015 participó con el texto *Fragmentos de la historia del conflicto armado (1920-2010)* en la publicación del documento *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia* , de la Comisión Histórica del conflicto y sus víctimas; uno de los textos más importantes escritos en las últimas décadas para reconstruir el origen de la guerra en Colombia. En la actualidad es uno de los columnistas más leídos del diario *El Espectador* . En el 2016 publicó en el sello Aguilar, *A lomo de mula. Viaje al corazón de las FARC* .

Foto: © CAROLINA GUZMÁN



Otros títulos del autor en megustaleer.com.co

Título: *Desterrados*
Primera edición en Debolsillo: octubre, 2016

2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

© 2001, Alfredo Molano
© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S.
Cra 5A No 34A – 09, Bogotá – Colombia.
PBX: (57-1) 743-0700
www.megustaleer.com.co

Diseño: © Penguin Random House
Fotografía de cubierta: © Worn Soles Of Cowboy Boots, Jess Alford, Photodisc Verde.
Fotografía del autor: © Carolina Guzmán

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright* . El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-958-9016-46-6

Conversión a formato digital: Libresque

Índice

Desterrados
Dedicatoria
Epígrafe
1. Desde el exilio
2. La derrota
3. Ángela
4. Los silencios
5. El barco turco
6. El jardín
7. Osiris
8. Nubia, la Catira
Sobre este libro
Sobre el autor
Otros títulos del autor
Créditos